EMILIO ENCISO VIANA
Canónigo de Vitoria

¡MUCHACHA!

Reimprímase:
Vitoria, 28 de septiembre de 1950.
JOSÉ MARÍA, *Obispo de Vitoria*.

¡MUCHACHA!

Ya ha pasado la infancia, y tu juventud florece en plena primavera.

Ante ti se abre el porvenir con sus misterios sagrativos y sus atractivos deslumbradores.

Todo canta en tu derredor la alegría del vivir, cargando tu imaginación de sueños seductores, tu inteligencia de nobles ideales y tu pecho de dulces amores.

Escúchame: vas a dar el primer paso en el camino incierto por el que has de llegar a tu destino.

Escúchame; que te hablo en nombre de Dios, y quiero aleccionarte con la experiencia recogida de otras mujeres que, donde estás tú, estuvieron, y ahora por delante de ti caminan, unas con paso firme y otras de tumbo en tumbo.

Lánzate a la vida, con tu mirada pura fija en Dios, con ilusiones blancas, con anhelos de grandeza, con ansias de sublimación.

Que cuando, tras los soles radiosos del verano, llegue el otoño de tu existencia, puedas rendir cosecha espléndida y, apoyada en tu vivir, llegar hasta Dios.

Vitoria, 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, de 1939.

E. ENCISO.

ORIENTACIONES GENERALES

Capítulo primero

SUMARIO

I.- ¿Cuál es la mujer ideal?
II.- Los extremos se tocan.
III.- La misión de la mujer.
IV.- Influencia de la mujer.
V.- Para ser madre te hizo Dios.
VI.- ¡La madre!
VII.- Maternidad sobrenatural.
VIII.- Jesús y la mujer.
IX.- La Iglesia y la mujer.
X.- ¿Solteronas?

I.- ¿Cuál es la mujer ideal?

Un sol todo fuego ilumina la escena. El escenario lo constituye la plaza de España, en Tetuán, con sus jardinillos europeos y sus cafetines morunos.

Es viernes, día sagrado para los mahometanos, que en el descanso de la fiesta se han lanzado a la calle e inundan la plaza.

El Jalifa va a acudir a la mezquita, al rito de la purificación. Ya el almuédano, desde lo alto del alminar, ha llamado a los fieles del Profeta.

Un punto de corneta anuncia la salida de su alteza, y un momento después la comitiva comienza a desfilar entre las tropas de la mehala, que cubren la carrera, mientras la nuba toca el himno jalifiano, adormecedor y sugerente.

Rompen la marcha los gobernadores de las ciudades del Protectorado español, que aquel día han celebrado asamblea; tras de ellos van los ministros y palatinos, todos elegantemente vestidos, con sus trajes típicos de ligeros tejidos blancos; arrogantes, de ojos soñadores y barba bien cuidada. El último, rodeado de su guardia, caballero en magnífica mula ricamente enjaezada, bajo vistoso quitasol azul, el Jalifa, en toda la plenitud de su lozana juventud.

Al llegar frente a la mezquita, el Príncipe ha descabalgado, y rodeado de su séquito ha penetrado en el interior, cerrándose tras él las puertas.

Media hora más tarde han vuelto éstas a abrirse para que su alteza saliese, y con el mismo ceremonial regresase a su palacio.

Y fue en este momento cuando yo hice unas reflexiones sugeridas por la realidad que allí se palpaba, que jamás han podido borrarse de mi imaginación.

Por las puertas de la mezquita, de par en par abiertas, salían los fieles congregados en su interior: hombres, muchos hombres; ni una sola mujer. Asombrado de ello, pregunté a un amigo, mi compañero en aquella excursión:

—¿No han venido mujeres a la mezquita?

—¿Pero no sabes —me respondió— que para los mahometanos la mujer no es persona?

Entonces caí en la cuenta de la realidad allí perceptible en toda su crudeza. A mi imaginación vino una escena que había presenciado los días anteriores en los alrededores de Ceuta. Sobre un jumento cabalgaba el moro, fumando tranquilamente el *kif*, en larga pipa; a su lado caminaba la mora,

descalza de pie y pierna, cubierto el rostro con un velo, que le obligaba a respirar la fetidez de su aliento, llevando sobre su espalda un pesado envoltorio.

El Corán no reconoce personalidad humana a la mujer, incapaz de virtud y sólo apta para el serrallo o para el trabajo bruto.

Así era la mujer en los tiempos anteriores al Evangelio, en que el paganismo la degradó y arrastró por el barro. De ahí la sacó Jesucristo, que, igualándola con el hombre, la levantó sobre el pedestal de la virtud. Si el redentor no hubiese pasado por la tierra, la mujer continuaría siendo el juguete y la esclava del hombre.

En estas reflexiones estaba cuando levanté la cabeza y observe que en los andenes colocados a ambos lados de la portada de la mezquita habían tomado posiciones unos turistas ingleses. Entre ellos destacaban las mujeres elegantemente desvestidas; hombrunas, desenvueltas, alternaban con los hombres como si no hubiese diferencia de sexo.

Al verlas no pude menos de pensar: ésa es la mujer moderna, que se ha saltado a la torera el Evangelio, y vuelta de espaldas a Jesucristo, en su pretensión de igualarse con el hombre, no consigue sino rebajarse, y, creyendo dominarle, se convierte en su juguete.

Mi compañero me sacó de estas meditaciones para presentarme a un matrimonio amigo suyo. Vestía ella con sencilla elegancia, y en sus modales y palabras se reflejaba la señora. En los cinco minutos de nuestra conversación nos habló de su hijito pequeño, a quien había dejado en Ceuta, y nos mostró un sobrinito, al que había estado enseñando el espectáculo.

Las reflexiones anteriores se hilaron de nuevo en mi mente. Aquí está, me dije, la mujer cristiana, la encuadrada en el Evangelio, la dignificada por Jesucristo, la que no sólo es igual al hombre, sino que, empinada sobre el pedestal de la virtud, está más alta que él; por eso todos le habían cedido el mejor sitio para presenciar el desfile; todos la trataban con respeto, y para saludarla se descubrían e inclinaban ante ella. ¿Cuál de estas tres clases de mujeres constituye la ideal? No creo que es difícil responder.

II.- Los extremos se tocan.

Desengáñate de ello; es así. Los extremos se tocan.

Hoy no se usa la mujer del harén, ni la mujer esclava del hombre. La civilización moderna se revuelve contra estos tipos femeninos y los anatematiza como una lacra vergonzosa del pasado.

Hoy, la mujer que muchos consideran como el ideal a que debe llegarse es la mujer ultramoderna, de perfil amuchachado y proceder hombruno, que se esfuerza en todos sus actos por igualarse con el hombre, ocupar los mismos puestos, tener las mismas aficiones, las mismas costumbres y hasta los mismo vicios.

Esta mujer está colocada en el extremo opuesto a la esclava. A primera vista, entre una y otra media un abismo, y, sin embargo, si se las estudia detenidamente, entre ambas hay muchos puntos de contacto.

Un detalle resulta muy sintomático. En las poblaciones donde abunda más el tipo de mujer ultramoderna es donde existen más centros de corrupción, en los que las víctimas de las pasiones brutales del hombre se encuentran en una situación peor aún que las del harén.

Recuerdo que en una revista con pretensiones de literaria, aparecida en Madrid en tiempos de la República, uno de los *intelectuales* que en ella colaboraban hacía la apología de la mujer del *cabaret*, exaltando la gran obra social que, según él, realiza, y que él consideraba necesaria en la sociedad actual.

Yo pregunto: ¿qué diferencia existe entre la mujer del *cabaret* y la del harén? En muchísimas ocasiones, ésta no había descendido a donde aquélla ha llegado.

Además, la mujer ultramoderna, en esa *posse* que adopta de *supermujer*, ¿obra libre y espontáneamente, o sirve a otros?

¿Quién le impone la moda en el vestir? Los hombres. ¿Quién inventa su tocado y dicta su maquillaje? Los hombres.

¿Quién la ha llevado al bar, al deporte, al volante del auto, etcétera? Los hombres.

¿Por qué fuma, silba, y hace otras ridiculeces masculinas? Porque cree con ello agradar a los hombres.

Es decir, que esa mujer ultramoderna, que se las da de emancipada y libre, y mira con desdén a las mujeres que cultivan la feminidad, es una desgraciada esclava del hombre, a quien sirve absolutamente, llegando en su servilismo hasta sacrificarle la esencia de su sexo.

Este tipo de mujer no puede ser considerado jamás como el ideal a que ha de aspirarse. La mujer perfecta es aquella que mejor realiza la misión que Dios le ha dado en la Naturaleza, la que mejor conserva las cualidades más nobles, sublimes y bellas impresas en lo más íntimo de su ser, y su actuación se conforma siempre con ellas, sin tratar jamás ni de atrofiarlas ni de mutilarlas; es decir, la mujer cien por cien. Esta es la mujer cristiana, la encuadrada en el Evangelio, la colocada por Jesús sobre el pedestal de la virtud.

¿Quieres convencerte de ello? Vamos a verlo.

III.- La misión de la mujer.

Todo ser racional obra siempre por un fin determinado. Realizar una acción sin ordenarla a un fin es propio de irracionales o de inteligencias atrofiadas.

Vas de paseo y te encuentras con una amiga.

—¿A dónde vas? —le preguntas.

Ella contesta:

—No sé.

Y tú te quedas pensando: «Es tonta. Toda persona lista sabe a dónde va».

Dios, inteligencia suprema, cuando creó a la mujer sabía a dónde iba; le señaló un fin, una misión que cumplir.

¿Cuál? El mismo nos la ha historiado, por medio de Moisés en el *Génesis*.

En el principio de los tiempos creó el Universo, fundamentó los cimientos de la tierra, tendió sobre ella el toldo azul del firmamento, colgó de éste los focos luminosos que parpadean en la oscuridad de la noche; la luna, que nos regala su tamizada luz, y el sol, que alegra el día, y en los inmensos abismos espaciales arrojó esos innúmeros mundos, imperceptibles a nuestra vista, que constituyen un misterio para la inteligencia humana, que en los sucesivos adelantos de la ciencia va arrancándole sus secretos, pero siempre se estrella con un más allá, que no consigue explorar aun con la ayuda de los mayores inventos.

Ornamentó la naturaleza con la vida, que se manifiesta espléndida en la variada gama de vegetales y animales, y cuando ya todo estaba convenientemente preparado, entonces, como concentrándose en Sí mismo, pronunció esta frase, reveladora de la grandeza del ser que iba a crear:

«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que presida los peces del mar, y las aves de los cielos, y las bestias, y toda la tierra con sus reptiles». Y le creó a su propia imagen, y le creó *«varón y mujer»*.

A continuación, el texto sagrado nos transmite las palabras pronunciadas por Dios para bendecir al hombre y poner en su mano el cetro de rey de la creación, y no hace distinción de sexos, a pesar de que sus palabras se dirigían a ese hombre, de quien inmediatamente antes dice que lo creó *«varón y mujer»*[1].

El capítulo segundo nos describe más detalladamente la creación de la primera pareja humana, que en el anterior aparece de una manera sintética. Dios ha plasmado el barro de la tierra, y con él ha formado al varón, le ha infundido la vida con el soplo de sus labios divinos y le ha colocado en un edén de delicias, donde su vida debía transcurrir placentera y agradable hasta llegar el momento de pasar a la felicidad eterna.

Pero el hombre estaba solo; su multiplicación era imposible; su vida era incompleta, y a Dios no le pareció conveniente esta soledad: *«Hagámosle una ayuda igual a él»*—dijo.

Antes de llevarlo a cabo, hizo desfilar ante su presencia a todos los animales de la creación, y aun en medio de tanta vida, el hombre sentía el tedio de su soledad. Dios, entonces, le infundió un sueño, y mientras dormía, el que de la nada sacara a los seres y del barro tosco construyera el primer varón de una costilla de éste fabricó a la primera mujer.

Al contemplarla, Adán no pudo reprimir una exclamación satisfactoria, y decir lleno de entusiasmo: *«Es hueso de mi hueso y carne de mi carne»*.

Ahí tienes a la mujer recién salida de las manos del Creador. Ahí la puedes estudiar tal como es en los planes divinos.

Dios no la ha hecho directamente del barro de la tierra, como al hombre, sino que quiso crearla de una costilla de Adán, para que ambos fueran del mismo linaje, la misma raza, la misma naturaleza. No la formó de los pies del varón, para que no fuese su sierva; ni de la cabeza, para que en él no dominase, sino de la altura del corazón, para que con él estuviese igualada y con él caminase enlazada por el amor.

La creó para que fuese, con respecto al hombre, *una ayuda igual a él*.

---

[1] Génesis, I, 26-30

¡Ayudar al hombre! Esa es la misión de la mujer. El hombre no se basta, es débil, encuentra dificultad para vivir, para sostenerse, para caminar por el sendero que Dios le ha señalado; necesita una ayuda, y esa ayuda es la mujer.

¡Ayudar al hombre! Ese es tu destino en la vida. Destino importantísimo que en cierto aspecto práctico te da superioridad sobre él.

Algunas, que han estudiado este asunto muy superficialmente, al ver que en el *Génesis* se señala como fin de la mujer ayudar al hombre, se han sentido heridas, creyendo que con ello se les relega a un lugar secundario en la Humanidad.

¡Nada de eso! La ayuda del hombre, según el libro inspirado, es igual a él; pero por su eficacia resulta superior a él.

IV.- Influencia de la mujer.

Que la mujer tiene un valor trascendental en la Humanidad, está fuera de toda discusión. No hay programa religioso, político o social que no dedique una de sus secciones más importantes a la «cuestión mujer». Los teólogos, los moralistas, los sociólogos, los gobernantes, los médicos y los literatos se preocupan muchísimo de ella. ¿Por qué?

Desde el campo socialista nos contesta BEBEL: «Porque en la lucha social de nuestros días vencerá el contendiente por quien la mujer luche»[2].

El porvenir de los pueblos nos dirá NAPOLEÓN está en el regazo de las madres. Una causa que tenga el apoyo de la mujer, triunfa siempre; cuando la mujer está divorciada de una causa, esa causa sucumbe»[3]. Y un filósofo cristiano, VÁZQUEZ DE MELLA, añadirá: «El trato de la mujer afina al hombre. El trato de los hombres solos embrutece... El trato con la mujer, cuando conserva el sello cristiano y no ha sido manchado por el hombre, pule el sentimiento, aguza el ingenio, hace el gesto señoril, perfuma con la cortesía la vida y alimenta esas dos lámparas que ardían antes a la puerta del hogar y que se van apagando: el respeto y el honor»[4].

Hay un capítulo en la Sagrada Escritura que pone de relieve la influencia decisiva de la mujer en la sociedad humana.

---

[2] JULIO ALARCÓN, S. J.: *Un feminismo aceptable,* pág. 38.
[3] Delgado Capeans: *La mujer en la vida moderna*, pág. 18
[4] *Obras completas*, t. I, pág. 305.

Es el capítulo tercero del *Génesis*, lleno de ingenuidad y sencillez, que ha sido violentamente combatido por los enemigos de la Iglesia, porque en él se encierra la clave que soluciona multitud de problemas de palpitante actualidad en todas las épocas.

En la cuna misma del género humano, Adán y Eva acaban de salir de las manos del Creador y viven tranquilamente en el Paraíso de delicias que les ha dado por habitación; pero un día la tranquilidad se quiebra, y es una mujer la que pierde para siempre la dicha de los hombres.

Adán es la cabeza jurídica de la Humanidad. Dios, al crearlo, ha querido elevarlo a un plano superior al correspondiente a su naturaleza, en el que vivirá dichoso hasta el momento de pasar a la felicidad eterna. Sólo una cosa le exige: que le muestre su fidelidad. La prueba a que le somete es sencilla. En el Paraíso hay multitud de árboles; de todo puede comer, excepto de uno, el del bien y del mal. Si Adán muestra su fidelidad a Dios, cumpliendo bien este precepto, conservará la felicidad paradisíaca por toda su vida terrena, y la transmitirá en herencia a sus descendientes; pero si es infiel, todo el plan sobrenatural se hunde, y de sus beneficios quedan privados el prevaricador y los que de él procedan.

La felicidad del Paraíso se perdió. ¿Por qué? Porque Eva prestó oídos a la sugestión del demonio, comió del fruto prohibido y sedujo a su marido, haciéndole caer en el pecado.

El pecado original es el primer acto trascendental del hombre que registra la Historia, y en él obra influenciado por la mujer.

Pero la influencia de la mujer no ha de ser siempre mala. En la misma página se insinúa otra actuación femenina importantísima para la Humanidad; tan importante, que determina la reparación de la primera falta.

No bien se había obrado el pecado, cuando la misericordia divina dibujó en el horizonte el perfil atrayente de otra Mujer, sosteniendo en sus brazos al futuro Redentor. Por medio de ella, Dios descendería hasta el hombre, quebraría las cadenas que le sujetaban en virtud del delito adámico y le levantaría de nuevo a un plano sobrenatural, camino del cielo perdido.

Eva y María son la síntesis de toda actuación femenina en la sociedad. No hay en la Historia acontecimiento grande ni pequeño en el que no intervenga una de estas dos figuras: Eva, seduciendo al hombre y derribándole en el barro, o María, levantándole y elevándole hasta Dios.

Se ha dicho muy bien que el mundo, o es de las almas, o es de las faldas. Uno y otro sector está centrado por la mujer; el primero, por la mujer toda espíritu, cuya concreción es María; el otro, por la mujer toda carne, simbolizado por Eva. ¿No te parece que tu destino en la vida es más importante de lo que a primera vista parece?

V.- Para ser madre te hizo Dios.

¿Qué niña ha habido que no haya jugado a ser mamá? Observa los juegos del niño, y le verás encaramado sobre las sillas, haciéndose la ilusión de que guía un automóvil, o cruzado el pecho con una cuerda, que se le antoja correaje militar, manejando un palo, al que llama fusil, o corriendo tras de otros en ambiente de conquista, o dando patadas a un balón, o acaso imitando las ceremonias de la Misa. ¡Qué pocas veces le verás jugar a ser papá! Y cuando a esto juega, lo que se trasluce al exterior, más que otra cosa, es el afán de mando.

Pero observa a la niña... Juega con su muñeca, a la que llama su hija. Ella es la mamá, y como tal la cuida con esmero, la acaricia, la besa y le habla con ese lenguaje tierno y delicado que sólo las madres saben usar.

¿Quién se lo ha enseñado? No podemos dudar que en la niña influye lo que ve en su madre; pero no es menos cierto que en los juegos de la niña habla mucho su corazón.

¿Quién ha enseñado a jugar así a esa niña arisca y concentrada, criada en uno de esos hogares desarticulados por el proceder de una mujer que no sabe realizar su papel?

No lo ha aprendido de su madre, pero lo ha aprendido de su propio corazón.

Toda mujer tiene dentro de sí una madre, se ha dicho, y es cierto. Es que Dios ha destinado a la mujer a ser la ayuda del hombre por medio de la maternidad.

Es Dios quien habla. Adán y Eva comparecen ante El después de su pecado. Dios les sanciona poniendo en el oficio propio de cada uno la nota del dolor.

Se dirige al hombre y le dice: *«Maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el decurso de tu vida.*

Espinas y abrojos te producirá... Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra..., pues polvo eres y en polvo te has de convertir»[5].

«Según la voluntad de Dios —dice TIHAMER TÓTH, comentando estas palabras—, el hombre es el obrero del mundo»[6]. A él le corresponde ganar el sustento de la vida con su trabajo; él es el que ha de cavar la tierra, y con el sudor de su esfuerzo la ha de regar para fecundarla; él ha de realizar los demás trabajos complementarios, que suponen desarrollo de grandes energías físicas y sin los que el laboreo de la tierra resultaría poco eficaz o menos útil para la sociedad.

También éste era el oficio del hombre antes del pecado, que el *Génesis* nos muestra a Dios colocando a Adán en el Paraíso para que lo trabajase[7]. El castigo no ha cambiado el destino del hombre; tan sólo en su realización ha mezclado la amargura del dolor.

Lo mismo sucede en el destino de la mujer. Ahora es ella a quien Dios se dirige. *«Multiplicaré tus trabajos en tus preñeces: con dolor darás a luz a tus hijos y estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará*[8]*»*.

Las palabras son claras: si el oficio del varón es ser el obrero del mundo, el oficio de la mujer es ser madre; y este oficio ha de realizarlo unida al hombre por el matrimonio y a él sumisa. Tampoco aquí el pecado ha modificado el destino primitivo; tan sólo en él ha descargado la sanción del dolor.

El hombre, en los planes divinos, es el rey de la creación; los peces que surcan los mares, los pájaros que vuelan por los espacios, los animales que pueblan la tierra y los reptiles que se arrastran por los suelos fueron puestos a su disposición; como lo fueron los vegetales, que alfombran su morada y le proporcionan la base de su sustento.

El hombre, el ser mimado por las divinas bondades, era grande; pero necesitaba multiplicarse y perpetuarse, y este oficio se lo encomendó Dios principalmente a la mujer, igual al varón en categoría, pero superior a él en su destino.

Para cumplir su misión, el hombre y la mujer se unirán en contrato indisoluble, y este contrato, el más noble de cuantos existen, se llamó

---

[5] *Génesis*, III, 17 al 19
[6] TIHAMÉR TOTH: *Cristo Rey*, cap XXII, pág 240
[7] *Génesis*, II 15
[8] *Génesis*, III, 16

matrimonio, *matris munium*, *oficio de madre*. SANTO TOMÁS[9] nos da la razón de este nombre. En él corresponde el oficio principal, no al padre, sino a la madre. «De ella toma principalmente su razón de ser el matrimonio». Su base es la mujer.

El matrimonio es algo tan grande, tan importante, que cuando Dios bajó a la tierra para salvar a la Humanidad, el contrato matrimonial, el contrato fuente de la vida natural humana, el contrato cuya base es la mujer, lo elevó a la categoría de Sacramento; a la misma categoría que el Bautismo, que nos incorpora a la Iglesia y nos hace hijos de Dios; a la misma categoría que la Penitencia, que quiebra las cadenas del pecado y nos reconcilia con el Altísimo; a la misma categoría que la Eucaristía, que nos une en estrecho e íntimo abrazo con el Infinito.

La clave de ese Sacramento es la madre. A eso te destina Dios, mujer que me lees. Por eso te hizo como te hizo.

Vamos a prescindir de la constitución fisiológica de la mujer; vamos a fijarnos en su psicología.

Analiza tu corazón. Su característica es la emotividad, la dulzura, la ternura, la delicadeza. La emotividad juega un papel muy importante en su proceder. Su delicadeza suma la hace más sensible y capaz de ponderar detalles que para el hombre, más frío por naturaleza, pasan completamente inadvertidos. Un mismo acontecimiento, una misma palabra, excita en la mujer una reacción mucho más fuerte que en el hombre.

Oprime suavemente con el dedo un bloque de mármol, y en él no quedará señal alguna; oprime con la misma suavidad una masa de cera, y en ella quedará impresa la huella dactilar. Para impresionar al mármol hace falta el golpe del martillo sobre el buril; para impresionar la cera basta el contacto suave de la mano.

Al hombre sólo impresionan los acontecimientos fuertes; a la mujer impresionan aun los más suaves. El hombre es como las básculas de las alhóndigas, destinadas a medir pesos fuertes; la mujer es como las balanzas de precisión: coquetonas y relucientes en sus vitrinas de las reboticas, que sirven para apreciar milésimas de gramo.

---

[9] *Suma Teológica*, suplemento, q. 44, a. 2, ad. 1.

En el corazón de la mujer, los sentimientos y las impresiones se agolpan con facilidad, y, como ha dicho muy bien GRIMAUD, «el diamante de la idea se ve muy pronto rodeado de gran cantidad de metal»[10].

Esta emotividad, que le carga de sentimiento, hace a la mujer más tierna y delicada en sus razonamientos, y, como consecuencia, más delicada también y más dulce en su proceder; más detallista y más previsora, ve más lejos; más paciente y de más resistencia moral, es más abnegada. Cualidades todas ellas esenciales en la maternidad.

Pon en una madre un corazón de hombre, con psicología masculina, y la familia será un fracaso. Para que ésta se desarrolle normalmente hacia su felicidad, se necesita una madre con corazón de mujer; que el corazón de la mujer es corazón de madre; que Dios hizo a la mujer para ser madre, y por eso en su misma constitución psicológica la ordenó hacia la maternidad.

VI.- ¡La madre!

¿Has caído en la cuenta de lo que es la madre?

Es la obra maestra de la naturaleza. En su corazón, Dios volcó los tesoros de su belleza moral. Yo creo que Dios, al organizar a la madre, la hizo tan grande, la dotó de tantas y tan nobles exquisiteces afectivas, precisamente porque una de ellas había de ser su propia Madre.

¡La madre! Yo querría decirte lo que es, y no sé.

Un colegio de niños. Es el día de la primera Comunión. La capilla luce todos sus esplendores; el altar, resplandeciente de luces, cubierto de flores; los bancos y tribunas, repletos de familiares, que se apiñan, todo ojos, para contemplar a los suyos. En lugar preferente, entre adornos simbólicos de inocencia, ellos, los niños que por vez primera se acercan al altar.

Ha terminado la ceremonia; el órgano preludia una marcha; la gente se lanza presurosa a la puerta a esperar a sus niños; éstos, lentamente, al ritmo de la música, abandonan sus puestos y van saliendo al exterior. En la puerta misma el ritmo se pierde, la formación se deshace y cada niño se abalanza a su grupo familiar. Movimientos nerviosos, gritos de emoción, chasquido de besos...

---

[10] *Futuras esposas*, cap. I, pág. 14

Un niño ha salido con todos los demás; en el umbral de la puerta ha visto correr a sus amigos y él ha quedado clavado en su sitio; ha paseado sus ojos por los grupos, se ha movido indeciso, sin saber qué determinación tomar, y mirando, siempre mirando a los otros, se ha internado por un pasillo desierto, se ha ido a un rincón solitario, y allí, pegadas sus naricitas a la vidriera, ha roto a llorar. Este niño no tiene madre.

¡La madre! Yo querría decirte lo que es, y no sé. La madre se siente, pero no se define.

Recuerda los días de la infancia. Tu vida era un capullo que comenzaba a abrirse; tus ojos todo lo veían de color de rosa, tus labios no abandonaban la sonrisa, la ilusión era el dictado de tus acciones. Días bellos, sin preocupaciones que te atormentasen. En medio de este paisaje de ilusiones y sonrisas, la figura simpática de tu madre.

Sobre sus rodillas, entre besos y caricias, aprendiste las nociones elementales de la vida; sus labios, labios dulces, labios rebosantes de amor, te aleccionaron en lo que había de constituir el núcleo de tu personalidad: la fe religiosa, la moral cristiana, la educación social. Pendiente de sus ojos se desarrollaron tus juegos. Así fue deslizándose tu niñez.

Creció tu cuerpo, se perfeccionó tu alma; la niña se transformó en adolescente primero, en joven después. ¡Cuántas preocupaciones las de tu madre! Tu porvenir le inquietaba, tu educación le absorbía. Unas veces la viste radiante de alegría por tus triunfos; otras la contemplaste intranquila por tu proceder. Más de una vez la sorprendiste con la frente contraída por las arrugas y la mirada abismada en el misterio, tratando de resolver problemas complicados contigo relacionados. Acaso, acaso más de una vez, la viste llorar o escuchaste de sus labios palabras recriminadoras, y tus pretensiones se estrellaron contra la barrera broncinea de su actitud.

¿Por qué te reprendió tu madre? ¿Por qué te miró con dureza? ¿Por qué te llevó la contraria? ¿Por qué deshizo tus proyectos? ¿Por egoísmo? El egoísmo no cabe en el corazón de una madre.

Un acontecimiento te abrió los ojos y te hizo ver claro. Tenías un hermano mayor que tú. ¡Cuántos sudores costó su educación a tu madre! ¡Cuántas preocupaciones, cuántos insomnios, cuántos sacrificios! Por fin, tu hermano terminó su carrera y se colocó en un buen puesto. Era un chico de porvenir, simpático, instruido, culto, de brillante posición, religioso, virtuoso.

Le ha llegado a la madre la hora de las compensaciones; ahora podrá gozar de él, ya que por él tanto sufrió. Acaso para educarlo tuvo que someterse a estrecheces económicas; ahora el hijo gana con abundancia y ella podrá ensanchar el círculo en que se mueve su presupuesto.

Nada de esto sucedió; y un día, recién conseguida la colocación, tu madre, retorciendo de nuevo el corazón, pero con los labios sonrientes y su mirada satisfecha, abrió de par en par las puertas de la casa para que por ellas saliera su hijo a compartir su amor con otra mujer, a la que desde aquel momento tendrá obligación sagrada de amar más que a ella; a constituir un nuevo hogar, que para la madre siempre será el de su hijo, pero en el que ella será la suegra. Ella lo sabe, y, sin embargo, cumple con su deber, y por amor al hijo, a quien desea feliz, se sacrifica. Así es la madre.

No hay en la naturaleza nada como ella. Es la imagen natural más bella de Dios, que crea los seres para hacerlos felices y por ellos sacrificarse. También la madre, en esfera inferior, engendra los hijos, no para su propia utilidad, sino para darse a ellos y por ellos sacrificarse.

Su dignidad está por encima de toda dignidad humana. Ni las artes, ni las ciencias, ni la política, ni las armas pueden dar al hombre una categoría semejante a la de la madre. Podrá un hombre consagrarse como artista consumado, escalar los primeros puestos universitarios, deslumbrar como inventor o autor, ocupar las más altas magistraturas o sujetar bajo su espada a los pueblos; ese hombre, por grande que sea, tendrá siempre que inclinarse reverente ante su madre. Por pundonoroso que sea de su honor, no tendrá más remedio que encogerse humillado cuando el bofetón recibido haya partido de la blanca mano de su madre.

Pues bien; a esa dignidad te ha destinado Dios. Siendo madre llenarás tu misión en la vida; y digan lo que digan los hombres, tu naturaleza te dirá constantemente que para ser madre te hizo Dios.

VII.- Maternidad sobrenatural.

Jesús recorría la Palestina enseñando su moral salvadora, con que desarrollaba, perfilaba y completaba la moral natural; sus labios divinos, reveladores de sabiduría infinita, desgranaron esta sentencia, que tan profundo surco había de abrir en la humanidad:

«Si alguno viene a Mí y no está dispuesto a sacrificar por Mí a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun su misma vida, no puede ser mi discípulo»[11].

Al conjuro de estas palabras, en la Judea y en la gentilidad, en Bizancio y en Roma, en las orillas del Indo y en las del Ebro, entre los pueblos septentrionales y en los africanos surgieron legiones de vírgenes que a Jesús consagraban por entero su más puro amor, y hacían de Él su esposo, y le sacrificaban todos los lazos familiares, apartándose del matrimonio. ¿Qué es esto? ¿Qué contradicción se encierra aquí? ¿Se frustran los fines de la naturaleza? ¿Se impide el verdadero fin de la mujer: la maternidad?

Pero ¿quién ha dicho que las vírgenes de Cristo no son madres?

El pecado ha introducido el mal en el mundo. La injusticia y la maldad son sus torpes engendros. El resultado práctico son multitud de hijos sin madre.

¿Ves ese edificio grande, que parece un pueblo? En él se albergan centenares de niños que no tienen padres. Los que les dieron el ser les abandonaron, no dejándoles otra herencia que la soledad, la miseria, el raquitismo y la enfermedad. Unas mujeres santas les recogieron, les cuidan, les prodigan cariño, les capacitan para la vida. Son sus verdaderas madres. Se llaman Hijas de la Caridad, Josefinas, Hermanas de Santa Ana...

Hay muchas madres que por sus ocupaciones no pueden dar a sus hijos una educación completa. Muchas no saben educar, y con sus mimos y sus abandonos crían pequeños salvajitos, que, para ser útiles a la sociedad, necesitan ser domados en una difícil e ingrata labor educativa. Ahí tienes a las Carmelitas de la Caridad, a las Ursulinas, a las Teresianas, a tantas otras, que consagran todas sus energías a la educación de la infancia y de la juventud.

Los enfermos necesitan especiales cuidados, que no pueden dárseles si no es con gran sacrificio. Para atenderles bien precisa una persona que, con abnegación y cariño, se les dedique en absoluto.

¡Qué desagradable es la labor de la enfermera! Constantemente ha de estar en contacto con el dolor, curando frecuentemente llagas repugnantes, envuelta en ambiente de amargura, en el que siempre ella ha de ser la sonrisa que aliente optimismo y la mano que alivie dolores. Pues ahí está la monjita,

[11] San Lucas XIV, 26

cualquiera que sea su nombre, que de la cabecera del enfermo no se mueve, si no es para ir a endulzar la pena de otro doliente.

¿Y quiénes son esas mujeres que en las casas míseras de pobres jornaleros, mientras el matrimonio se gana la vida fuera del hogar, cuidan a sus hijos, les arreglan para que vayan a la escuela, hacen la limpieza doméstica y preparan la comida? Las Religiosas Asuncionistas.

¿Y quién cuida de esos pobres viejecitos gruñones y malolientes, que, en el ocaso de su vida, cuando las fuerzas les faltan, se encuentran sin un cariño, sin un pedazo de pan, sin un pobre cobijo? ¿Quién les hace sonreír satisfechos y da calor a sus corazones, que la vida de contrariedad o de vicio ha enfriado? Las Hermanitas de los Pobres.

¿Quién ha dicho que las vírgenes de Cristo no son madres? ¿Quién ha dicho que no llenan su cometido maternal, que no cumplen con el destino impuesto por la naturaleza a la mujer? Cierto día, en un centro de Juventud Femenina, se me acercó una muchacha diciéndome:

—Padre, yo quiero irme religiosa

—Pero ¿sabe usted lo que dice? —le respondí, para probarla—. Lo que nos hace falta no son monjas, que ya tenemos abundantes; hoy nos hacen falta seglares bien formadas, que lleven a Jesús a los centros sociales en que ellas viven.

—Sin embargo, Jesús me llama a mí al estado religioso.

—Mucho lo dudo. Le ha dado posición social, fortuna, simpatía, costumbre de alternar en sociedad. Todo esto induce a creer que la destina a la misión difícil, pero sagrada y trascendental, de madre. ¡Cuánto puede hacer una buena madre!

—Pues seré madre —me dijo, clavando en mí los ojos, centelleantes de viva energía—. Seré la madre de las almas de los niños que sólo tienen madre para el cuerpo.

¡Qué bonita frase! ¡Qué espíritu maternal tan sublime encierra! Sí; las vírgenes de Cristo son madres; muy madres, madres de hijos ajenos, de los hijos que no tienen madre, de los hijos del dolor, de la miseria, del abandono, del desamparo. Y la monja de clausura, ¿es también madre? Encerrada en su convento, separada de la sociedad por doble reja, vive tan sólo para Dios y para sí, sin relación alguna con las demás.

Pero dime: ¿cuándo la figura de la madre te parece más venerable, en los momentos alegres en que nutre con su propia sustancia al hijo que engendrara, o cuando con el rosario en las manos y las lágrimas en los ojos reza por el hijo calavera que, ya mayor de edad y fuera del hogar paterno, se arrastra por el lodo y ofende a su Dios?

El mundo está lleno de hijos pródigos que con su vida de reptil encienden en el cielo la ira divina. ¿Quién hace que, a pesar de los crímenes humanos, no se seque la fuente de las misericordias divinas? ¿Quién empuja con sus oraciones a los pecadores hacia una conversión? ¿Quién atrae hacia ellos las gracias sobrenaturales? La Carmelita Descalza, que, pegada a la reja oscura del coro, ora incesantemente ante el Sagrario; la Clarisa, que entre las desnudas paredes de una fría celda mortifica sus carnes para expiar los excesos de los que sólo viven para la carne.

También ellas son madres; espirituales, que no carnales.

Las religiosas son la más bella floración de la Iglesia. Desligadas de todo afecto carnal, unidas al hombre tan sólo por el puro amor de Dios, desempeñan para con él oficios maternales, cumpliendo así de una manera sublime la misión que trajeron a la vida.

Su maternidad es tanto más excelente cuanto más desprendida está de las satisfacciones terrenas, para poner toda su esperanza e ilusión en los goces celestiales.

Esa muchacha de veinte años que, cubierta con un tosco hábito, lava la carroña de un viejo, encorvado más por el vicio que por la edad, no espera en la tierra nada de nadie. Sabe que ningún ser humano agradecerá su sacrificio; pero sabe que así se aumenta exteriormente la gloria de Aquél que por ella se sacrificó haciéndose hombre.

Abrazado con la cruz en que por ella va a morir, Jesús le dice:

«Lo que hicieres a ese ancianito, sucio y repugnante, a Mi me lo haces».

VIII.- Jesús y la mujer.

Lo expuesto hasta aquí exige como complemento este artículo.

Cuando Dios quiso sancionar el pecado original, impuso a la mujer un doble castigo: el dolor en su maternidad y la sujeción al varón, que la dominaría.

Y no es —ya se ha dicho— que Dios cambiase el destino de la mujer, sino que en el ya anteriormente asignado descargó la pena del dolor.

Al quedar constituida la familia en el momento de la creación de Eva, exigiendo el orden natural que en toda sociedad bien organizada haya una cabeza, a la cual todos los miembros sociales se sometan, la mujer quedaba subordinada a su marido. Sin embargo, Dios, al castigarla, le dice: *«Estarás bajo la potestad del varón y él te dominará»*. ¿Por qué? ¿Es que amengua su dignidad y la reduce a la categoría de esclava del hombre?

No; en esa natural subordinación, que desde la creación tenía, el pecado introduce con toda lógica una modalidad desagradable. Sencillamente, la palabra divina pone de relieve las consecuencias naturales de su propio pecado para la mujer.

Ella ha arrastrado a Adán a quebrantar el mandato divino; le ha rebelado contra Dios; y en ese mismo momento el complejo psíquico del hombre se ha desequilibrado, y las concupiscencias hasta entonces sumisas a la razón, se han rebelado contra ella; el apetito sensual, que enfrenado tenía como fin la multiplicación del género humano, se ha desatado y, cada vez más irritado y sobreexcitado, se ha cebado en la mujer, rebajando el verdadero concepto de su dignidad, hasta reducirla a ser la hembra del animal. Ya no es la compañera del hombre, igual a él, sino su sierva, el juguete de sus pasiones groseras, aun en medio de los esplendores de la fastuosa civilización de Atenas y Roma.

Se experimenta una pena hondísima, al par que una repugnancia horrible, cuando en los historiadores de su época se lee el estado de abyección en que cayó la mujer romana y griega. En lo más profundo de la charca de lo carnal, de lo grosero, de lo abyecto, se revuelca impotente en la más vergonzosa y repugnante de las servidumbres.

De ella le sacó Jesús, que eligió para Madre a una mujer, a la que asoció a la Redención.

Aun cuando para ennoblecerla no hubiese hecho más que esto, la mujer quedaría obligada a un agradecimiento eterno.

La que hasta entonces era sierva, de repente se ve encumbrada por encima de todos los hombres hasta escalar las alturas de la divinidad. Un ángel le trae del cielo sublime embajada, y para saludarla la llama *«la llena de gracia»*[12]; los

[12] San Lucas, I, 28

hombres, cuando buscan a Dios y miran hacia arriba, se encuentran con Ella, y doblando ante su imagen la rodilla le dicen: «Más que Tú, sólo Dios».

Nunca pudo soñar la mujer tal exaltación, y, sin embargo, Jesús se la concedió.

En el paganismo se fingieron diosas; pero aquellas mujeres no eran otra cosa que la divinización del vicio o, lo que es lo mismo, la autorización de la degradación de la mujer.

María no es así. Es la sublimación de la virtud; es la cristalización de la santidad en el grado más grande que la puede practicar una persona humana.

Ha habido hombres muy santos[13]; pero ninguno como María, Hombres que se han elevado sobre todos sus contemporáneos; ninguno como la Madre de Dios. Hombres que han influido en la Historia; ninguno como la Medianera de todas las gracias. Hombres extraordinarios; ninguno como la Virgen Madre. Hombres que han hecho beneficios enormes a los pueblos; ninguno como la Corredentora de la humanidad.

María es la mayor exaltación de la mujer que puede darse o imaginarse.

Mucho fue esto; pero no lo fue todo. Jesús, en su vida por la tierra, predicó indistintamente su doctrina salvadora a los hombres y a las mujeres; a unos y a otras enseñó el camino del cielo, les prometió sus gracias y les consideró capaces de virtud hasta en sus grados más heroicos. Tanto igualó a la mujer con el hombre, que San Pablo pudo decir en una de sus epístolas: «Ya no hay distinción de hombre ni mujer, porque todos sois una cosa en Jesucristo»[14].

Con solicitud paternal esperó junto al pozo de Jacob a la Samaritana, defendió en casa del fariseo a la pecadora arrepentida, veló por la adúltera, frecuentó en Betania el trato de María y Marta en casa de su hermano Lázaro y recibió los cuidados de un grupo de piadosas mujeres, que con su Madre le seguían en sus correrías apostólicas.

Al establecer los Sacramentos de su Iglesia, incluyó entre ellos el matrimonio, en el que la mujer deja de ser la sierva del hombre; para ser, como en el momento de la creación, su compañera y su sostén, y volvió a establecer la jerarquía del amor, en la que el hombre es la cabeza de la familia, pero obligado a cumplir el precepto que el sacerdote impone, al bendecir en nombre de Dios el pacto matrimonial: «Compañera te doy y no sierva; ámala como

[13] Téngase en cuenta que Jesús no es mero hombre, sino Dios-Hombre.

[14] *Epístola a los de Galacia*, II, 8

Cristo amó a su Iglesia» y como Cristo la amó hasta el sacrificio de su vida, hasta el sacrificio propio está obligado a amar el cristiano a su mujer.

Y abolió para siempre el amor libre y la poligamia, origen de la degradación femenina, y la figura sublime de la madre quedó asentada sobre la base granítica de la indisolubilidad, en la que está esculpida esta leyenda sagrada: *«Lo que Dios ha unido, jamás separe el hombre»*[15].

Reveló al mundo la virtud de la virginidad, que a la mujer coloca en alturas propias de los ángeles, y espiritualiza su cuerpo y le desprende de las ataduras de la tierra, a fin de que viva una vida de superior grandeza, tan sólo para su Dios y para el prójimo por Dios.

Yo reto a cualquiera de esos sistemas religiosos, filosóficos, políticos o sociales, que tanto nos hablan de la emancipación de la mujer y tanto alardean de defender sus derechos, a que me muestren un ejemplar de mujer por ellos producido, tan digno, tan sublime, tan espiritual, tan lleno de bellezas morales como es una virgen cristiana.

No podrán. Sabrán denigrarla, ridiculizarla, censurarla, pero nada más; porque la virgen cristiana está tan elevada, es tan divina dentro de lo humano, que no puede caber en el cerebro de los que sólo son capaces de concebir a la mujer tanto más perfecta cuanto es más fácil para el placer.

IX.- La Iglesia y la mujer.

La Edad Media fue, en general, la época de un culto refinado a la mujer; pero no a la mujer paganizada, juguete de las pasiones del hombre, sino a la mujer cristiana.

«Dios y su dama» era el grito de los caballeros, prototipo de una galantería que, aunque llevada hasta la exageración por las circunstancias especiales que rodeaban al caballero en la constitución feudal de la sociedad, no deja de ser expresión muy noble del espíritu religioso que le informaba.

La Edad Media fue una época de metamorfosis, en la que entre los últimos restos de la civilización romana y con la nueva vitalidad aún salvaje aportada por los pueblos norteños, se estaba incubando una nueva civilización animada por el cristianismo.

---

[15] SAN MATEO, XIX, 6.

Las tribus del Norte que durante largos siglos habían permanecido forcejeando junto a los límites del Imperio romano, cuando éste, por sus vicios y por los años, envejeció y se mostró débil y caduco, consiguieron romper los diques de contención, y como torrente desbordado, se precipitaron en sucesivas incursiones sobre casi todo un vasto territorio, arrollando a las legiones en otros tiempos victoriosas, abatiendo las águilas que habían simbolizado el dominio del orbe entero, haciendo saltar cuantas instituciones hallaron a su paso y reduciendo a escombros la fastuosa cultura de Roma.

Sólo una cosa permaneció en pie entre las ruinas: la Iglesia Católica.

En medio de las luchas sangrientas, en las que triunfaba y se imponía la fuerza de las armas, cayó la organización imperial de Roma, se deshizo la malla tupida de su gobierno político, se cerraron las academias, se olvidaron las termas y los teatros, se abatieron las fortalezas; pero permanecieron en pie, regadas a veces por la sangre de la persecución, las iglesias y monasterios.

Pasados los primeros momentos de la conquista, en que el flujo y reflujo de pueblos que se empujaban mutuamente contribuía a sembrar la confusión, los conquistadores asentaron sus tiendas en los países dominados.

Guerreros, de espíritu combativo, acostumbrados desde niños a la lucha, y muchas veces lucha sin cuartel, eran duros y arbitrarios. Los jefecillos se multiplicaban, y a medida que se extendían por más vastos países, sus relaciones con sus reyes y jefes superiores se aflojaban. No tenían ley escrita; ellos eran los intérpretes de la ley consuetudinaria y, por tanto, prácticamente, los legisladores.

¿No es cierto que en aquellos momentos corría gran peligro la mujer? ¿Qué podía detener a aquellos hombres apasionados e incultos, acostumbrados a que nadie les pidiese cuenta de sus acciones, para que respetasen las mujeres de los vencidos y no saciasen en ellas sus apetitos torpes?

Desde el refugio de sus templos y monasterios, la Iglesia se lanzó a la conquista espiritual de aquellas tribus feroces; poco a poco pudo ir limando su aspereza, templando su bravura, neutralizando sus pasiones y, en medio de la organización feudal, que hacía de cada señor un pequeño omnipotente, establecer el freno de su moral. Así salvó a la mujer.

El señor veía a diario las bellas hijas de sus rendidos vasallos. Nada en la tierra le impedía apoderarse de ellas; pero frente a su pasión encendida y ardiente se levantaba la voz de la Iglesia: *Non licet. No te es lícito*,

Desde su castillo roqueño escuchaba constantemente la campana del monasterio, en que las vírgenes de Cristo vivían dedicadas a Dios, después de haber renunciado a todos los halagos de la carne: en su casa contemplaba, desde que su inteligencia comenzó a despertar, la figura santa de la madre; cuando en el templo se arrodillaba ante el altar, sus ojos tropezaban con la imagen excelsa de la Madre Virgen...

No; la mujer no está en el mundo para que de ella abuse el hombre, aunque sea su señor. En la mujer hay algo sagrado.

Y el caballero joven de imaginación exaltada, de corazón ardiente, de fe intrépida, ponía sus ojos en una hija del castillo vecino, la constituía en reina de sus amores, y revestía este amor de cierto carácter religioso exaltado que ahora no acertamos a comprender.

Después de la religión, para él lo primero era su dama, símbolo a la vez de la patria y de la familia. Y pensando en su dama, él, guerrero por nacimiento y por educación, iba a la guerra, luchaba como un bravo y realizaba hazañas inverosímiles, con la mira siempre de cumplir con su Dios y hacerse digno de la señora de sus pensamientos, que mientras tanto en el retiro de su castillo desgranaba oraciones, vestía cilicios y ayunaba, en espera del ansiado día en que desde el adarve del castillo le contemplaría venir a galope sobre brioso corcel, para rendirle su empenachada cimera, después de haber colgado los trofeos enemigos del altar de la Virgen.

«Dios y su dama» era el lema del caballero medieval, y tan alta había colocado a la mujer, que se juzga por muy dichoso cuando, al regreso de la guerra, ve desde lejos dibujarse sobre la alta almena la sonrisa embriagadora del rostro amado o, a lo sumo, desde el pie de la muralla recoge la flor que ella cuidara en su jardín o en las macetas de su ventana.

¡Qué lejos se halla esta galantería noble de la plebeya conducta de los jóvenes de hoy, que, sin haber realizado acto alguno meritorio, como testimonio de su afecto, se atreven a enlazar su brazo con la que dicen que aman, y que muchas veces no es más que su entretenimiento!

Y no es que yo apruebe en toda su amplitud la conducta caballeresca de los tiempos medievales, que aun rebajándola mucho de como nos la presentan romanceros y juglares, encierra exageraciones, dignas de aplauso por el espíritu que las anima, sin que en manera alguna deban constituirse en modelo a imitar;

pero entre aquella nobleza, que sublima a la mujer, y esta plebeyez, que la rebaja, prefiero aquélla y rechazo ésta.

Ni tampoco pretendo que la historia femenina medieval no tenga sus lunares. Los tuvo, y grandes. Hubo épocas en que la corrupción hizo descender el nivel de la mujer, y con crímenes, que la denigraban, manchó incluso altas jerarquías; pero no es menos cierto que, aun en aquellos momentos, la fuerza defensiva y salvadora de la mujer fué la Iglesia, que la sacó a flote, manteniéndola siempre sobre su pedestal de virtud. Un ejemplo entre muchos lo constituye Felipe Augusto, rey de Francia, héroe de la tercera Cruzada, de la que ha vuelto cubierto de laureles.

Acaba de morir su mujer y se ha casado en segundas nupcias con Ingerburga, hermana del rey de Dinamarca.

Pero el monarca francés es una veleta y se cansa muy pronto de su esposa, cuya virtud y belleza ponderan los historiadores de la época. No faltan cortesanos que aplaudan y justifiquen la actitud de su señor.

La pobre reina, sola en país extraño, recluida en un convento, se encuentra indefensa. Su hermano es impotente para arreglar el asunto, pues no puede meterse en una guerra con Francia, en la que necesariamente había de ser vencido. ¿Qué hacer?

Ingerburga no duda un momento; abandonada de todos, acude al Papa, y éste sale decididamente en su defensa. Felipe apela a todos los ardides que le sugiere su mala fe, para salir con su intento; incluso se casa con Inés de Merán, dama de la corte. El Pontífice Romano no ceja, hasta que, después de reñido forcejeo, consigue que Ingerburga, reconocida y respetada por su marido, vuelva a ocupar el trono francés y la intrusa sea desterrada de su país.

Estos casos en la Historia se multiplican, no solamente con respecto a reyes, sino a toda la jerarquía feudal, entonces tan desarrollada.

X.- ¿Solteronas?

Me encontraba predicando en una ciudad norteña; en los sermones había tratado diversos temas feministas.

Un día se me acercó una señorita, ya en su segunda juventud, y me dijo: «¿Por qué no habla usted de las tías? Siempre hablan los predicadores de las

madres y de las religiosas, y, sin embargo, también nosotras, las tías, desarrollamos en la vida una misión providencial».

Nunca olvidaré esta lección, porque la que así hablaba tenía muchísima razón. La actitud de la sociedad para con las solteras mayores es una de tantas injusticias como existen en el mundo.

No quisiera yo incurrir en este defecto, y para que mis orientaciones resulten completas, voy a dedicarles a ellas este artículo.

Yo clasifico a las solteras en tres categorías: unas lo son por virtud, otras por necesidad y un tercer grupo lo constituyen las que en la soltería permanecen por egoísmo.

La soltera por virtud es en la sociedad un verdadero ángel. Ella sabe llenar de una manera sublime, parecida a la religiosa, la misión maternal que toda mujer ha traído a la vida.

La habréis visto muchas veces por la calle acompañando a su padre anciano. El pobre quedó viudo cuando por la edad necesitaba más cuidados y mayor cariño. Pero el puesto vacío lo ocupó la hija, que con abnegación sin igual se ha consagrado a su cuidado.

Sus hermanos se han ido casando; uno tras otro han desfilado del hogar, donde si el *viejo* se quedara solo, se moriría de frío. Pero no; allí no hay frío; allí está ella para dar calor. Y cuando el ancianito querido cierra los ojos, ella se encuentra sola en el hogar que todos han abandonado, pasada ya la edad en que podía haber constituido el suyo. Lo supo ella a tiempo, pero, sin embargo, perseveró en su puesto.

¿Habrá en el mundo quien se atreva a llamarla, con desprecio, la solterona?

Otras veces la veréis en la casa de su hermana. Es la tía. ¡Dichosas las familias donde hay una tía! Identificada con su hermana, acostumbrada a considerar sus cosas como suyas propias, ha visto nacer a sus sobrinos y se ha dedicado a atenderlos con cariño maternal. La hermana tiene muchas ocupaciones, hay que ayudarle, y ha llegado un momento en que el centro de la familia es doble; junto a la llama sagrada del llar hay dos mujeres; la madre y la tía.

¡Cuántos somos los que tenemos que agradecer a Dios habernos dado una tía soltera! ¿Qué hubiese sido de nuestra madre y de nosotros sin nuestra tía?

Que nadie la llame con desprecio solterona, porque nos herirá de lleno en lo más íntimo del alma.

¿Y la que pasó su juventud llena de abnegación, absorbida por las ansiedades y negocios de su familia, sin poder preocuparse de tomar un estado, ni soñar con los sueños de ilusión de las muchachas de su edad? Cuando las dificultades familiares estuvieron vencidas, su juventud había desaparecido.

Como desapareció, sin sentir, la juventud de aquellas otras que, pletóricas de amor a su Dios, desde muy temprano se consagraron a obras de apostolado: Catecismos, Escuelas dominicales, Acción Católica, etc. Vieron a sus amigas y compañeras de colegio sonreír al amor, y ellas renunciaron a sus sonrisas; querían ganar almas para Jesús; era su ideal. No sintieron la vocación religiosa; acaso más, se sintieron llamadas por Dios a trabajar en el mundo; tal vez en la familia había un alma determinada que ganar, y ahí las tenéis... ¿Solteronas? No, solteras y madres espirituales a la vez.

¡Que Dios las bendiga! En la Iglesia Católica, ¡cuántas obras están sostenidas, impulsadas, animadas por estas mujeres abnegadas! Sin ellas hubiese sido difícil realizarlas; se realizaron, no obstante, porque ellas pusieron a su servicio su inteligencia, su actividad, su tiempo libre, y... hubo hambrientos que tuvieron que comer, y desnudos que recibieron vestidos, y desamparados que hallaron cobijo, y enfermos visitados, y tristes consolados, y delincuentes regenerados, y almas que encontraron a Dios, a quien habían perdido.

Y a la Patria, ¿cuántas ventajas no han reportado?

En nuestra guerra. en las diversas organizaciones femeninas, multitud de las llamadas solteronas han prestado servicios valiosísimos, que muchas veces, sobre todo a la larga, no podían prestarlos ni la mujer casada, llena de deberes, ni la jovencita, que todavía no tenía la experiencia de la edad.

Hay solteras por necesidad. ¿Quién ignora la historia vulgar de la muchacha que soñó con un amor, hizo todo lo posible por alcanzarlo, pero el amor se le mostró esquivo, le traicionó, o pareció reírse de ella, poniéndose al alcance de su mano y huyendo después, o pasó junto a ella despectivo, sin hacer caso a sus atractivos?

Siempre ha habido en el mundo solteras por necesidad; y continuará habiéndolas en adelante.

Las que, una vez convencidas de su fracaso, apoyándose en la virtud, se resignen a la soltería, acertarán. Dios, por medio de los acontecimientos, nos va

dictando nuestro destino. Ellas se ilusionaron con el matrimonio; pero, por lo visto, Dios no las destinaba a él. Deben acatar la voluntad divina, y, siguiendo la conducta de las solteras por virtud, encauzar su vida por la maternidad espiritual de las obras de apostolado, de beneficencia, sociales, patrióticas, religiosas, con lo que conseguirán llenar su vida, cumplir su misión femenina y tener la felicidad de que aquí somos capaces. Porque nuestra felicidad no está en seguir el camino de nuestro capricho, sino en ocupar el puesto que Dios nos ha señalado. Fuera de él, estamos dislocados.

Huesos dislocados son esas pobres mujeres que, después de haber fracasado en cuantos intentos han realizado por casarse, se ven precisadas a permanecer solteras, y no se resignan, y se vuelven furiosas contra su destino, sin acertar a mirar a lo alto. Son unas desgraciadas; su vida está llena de amarguras.

Sus nervios desequilibrados, su imaginación exaltada, su lengua cáustica, su proceder extravagante, han servido para crear la novela difamatoria. La novela la han creado entre ellas y *las solteras por egoísmo*.

Estas últimas, incapaces de sacrificio, o han huido del matrimonio porque, teniendo medios de vida, es más cómoda la soltería, o no han llegado a realizarlo, porque siempre se les ha interpuesto su espíritu comodón.

No he de ocuparme de ellas, porque no lo merecen, y no creo que ninguna de mis lectoras pertenezca a esta categoría. El mundo se ha fijado en estos dos últimos tipos, que por sus ridiculeces se prestan al chiste, y por su egolatría resultan repulsivas. A base de ellos se ha forjado la novela.

Frente a ella se alza ahora más que nunca una espléndida realidad: la soltera constituida en ángel de la sociedad. La he encontrado muchas veces junto a la cama del enfermo, en la buhardilla del pobre, rodeada de niños, tendiendo la mano a la desgraciada que en el camino de la vida dio un traspiés y cayó... La he encontrado así, porque la he encontrado también muchas veces junto al Sagrario de Jesús.

ALGUNAS NORMAS

Capítulo segundo

SUMARIO

I.- Cultura intelectual.
II.- Un gran error de educación.
III.- Las profesiones.
IV.- El criterio.
V.- Cruces y veletas
VI.- Una fuente de amargura
VII.- Obediencia
VIII.- Ángel de paz

I.- Cultura intelectual.

¿Debe estudiar la mujer? ¿Es conveniente que siga una carrera?

He aquí una cuestión muy debatida, en torno de la cual se ha escrito mucho y se ha hablado más.

Los unos opinan que la mujer, destinada a ser madre, no tiene nada que hacer fuera de las paredes de su casa, y que, por lo tanto, no necesita más cultura intelectual que la elemental recibida en la escuela.

Otros, por el contrario, suponen que la mujer tiene como fin inmediato y general, no la familia, sino la sociedad, y siendo, como el hombre, un instrumento de producción, ha de dedicarse desde la juventud a producir, desplazándose del hogar, que será para ella, a lo sumo, una cosa complementaria, algo así como una sociedad de carácter económico para atender a las necesidades materiales más perentorias. Por eso, si es obrera, deberá ir a la fábrica o al taller, y si goza de posición desahogada, deberá acudir a las aulas a obtener un título académico con que capacitarse para lograr un puesto lucrativo.

Una y otra opinión son erróneas, derivadas de falsos conceptos de la vida.

La primera, predominante durante largos siglos en los países meridionales de Europa, es indudablemente una de las reminiscencias de la influencia que ejercieron las costumbres árabes en los pueblos por ellos dominados o con ellos en contacto.

La muchacha que detrás de una vidriera, descorridos los visillos, se entretiene en la costura, mirando constantemente a la calle, en espera de que aparezca por la esquina inmediata la figura novelesca de un galán enamorado que la conduzca al tálamo nupcial y le asegure el porvenir, nos recuerda mucho la silueta de la mora cubierta con blanco albornoz, que a través de estrecho ajimez espera al ansiado libertador. Viene a nuestra imaginación la *Zoraida* de Cervantes y otras *Zoraidas* de nuestra literatura.

La otra opinión, que en el ambiente materialista de la sociedad actual va ganando terreno, parece incubada en los laboratorios comerciales de Norteamérica.

La verdad, como siempre, está en el medio.

Ni a la mujer se la ha de privar de una cultura intelectual esperada, ni en ella se le ha de igualar al hombre.

Que haya de instruirse, es evidente. Así lo exige el fin que Dios le ha señalado: la maternidad.

La cultura, en la mujer lo mismo que en el hombre, le perfecciona, le ennoblece y educa no sólo su inteligencia, sino aun la misma sensibilidad, poniéndola en mejores condiciones para ejercer sus oficios maternales en el hogar y en la sociedad. Por eso la Iglesia, en todos los tiempos, se ha preocupado de la formación cultural de la mujer, y cuando el Estado tenía completamente abandonado este campo, ya la Iglesia disponía de colegios para niñas y contaba con instituciones religiosas dedicadas a su enseñanza. En el siglo XII había fundado cátedras de profesoras en las Universidades de Salerno, Bolonia y Padua[16].

La cultura capacita a la futura madre para el mejor cumplimiento de sus deberes, y le será muy provechosa para la educación de sus hijos, para la instrucción de la servidumbre, a la que está obligada, para su actuación en las obras benéficas o sociales, a que debe pertenecer, y para prestar un apoyo más intenso y más eficaz a su marido.

Si la mujer es culta, puede sostener con su marido una conversación más amena y más variada, haciéndole más agradables las charlas domésticas, sin que tenga que añorar las del café; puede prestarle una cooperación valiosa en sus negocios y asuntos profesionales, y en los días de crisis financiera o industrial, en los momentos profesionales difíciles, puede no limitarse a alentarle con su sonrisa, sino sentarse junto a él en la misma mesa de trabajo y con él trabajar, con él luchar y con él vencer. Pero para que pueda llegarse a esto se precisa que sea culta

Además, la instrucción proporciona a la mujer otra ventaja muy personal suya: con sus estudios se hace independiente, social y económicamente. Ya no precisa mirar al matrimonio como única solución para el porvenir. Irá a él, porque a él le inclina la naturaleza, por amor al hombre que libremente ha elegido, sin necesidad de pensar en su bolsillo, para constituir un hogar de dicha en lo que en la tierra cabe.

Podrán bastardearse estos dos fines, que la flaqueza humana es grande; podrá aún buscarse un matrimonio de conveniencia; pero el peligro de este mal disminuye y, desde luego, la mujer queda libre social y económicamente.

---

[16] TIHAMER TOTH: Ob. cit., cap. XXII, pág. 237.

Acaso a alguno le parezca que esta libertad económica la aparta del matrimonio, y que, por lo tanto, debe rechazarse.

No lo juzgo yo así. La libertad económica aparta a la mujer del matrimonio forzoso, del considerado como único medio de vida; y la que al matrimonio acude buscando tan sólo resolver el problema de la vida, más vale que no se case, pues originará en la mayoría de los casos un hogar desgraciado.

Pero, en general, nunca apartará del matrimonio a la mujer sensata, que hacia él se sentirá inclinada por la propia naturaleza, que en ella ha depositado una tendencia sexual tan sólo susceptible de ser frenada por la virtud o por el egoísmo; y no podemos suponer egoístas a todas las mujeres, cuando tienen dadas tantas pruebas de sobrepujar en generosidad al hombre. No caben cálculos egoístas en esas cabecitas ingenuas de quince años que sueñan con un amor reprensible por prematuro, pero que es suficiente para avalar mi afirmación.

Sobre todo, no apartará jamás a la mujer cristiana, a la educada a base del Evangelio, a la que esté bien formada en el espíritu de Cristo. Esta sabrá muy bien sacrificarse y, consciente de su deber y llena de ilusión, ir al matrimonio elegido voluntariamente, sin presión alguna económica.

II.- Un gran error de educación.

En la educación de la mujer existe, en general, un gravísimo error. Se da a la niña, a la joven, la misma educación que a los muchachos, con lo cual se les capacita para intervenir como ellos en la sociedad; pero se olvida lastimosamente que la educación de la mujer ha de ordenarse necesariamente hacia la maternidad, y que desde este mismo punto de vista ha de encauzarse su actuación social.

La educación de las muchachas nunca podrá ser completa mientras se iguale con la de los muchachos. Muy bien que la mujer posea el grado de bachiller y se adorne con el birrete de doctora en Filosofía o en Ciencias; muy bien que sepa mucha Geografía y mucha Historia, que domine la Astronomía y manipule con destreza entre los recipientes de un laboratorio; muy bien todo esto, a base de que sepa coser, gobernar la casa y atender a esos pequeños detalles que son precisos para que el hogar sea un nido de felicidad y no

degenere en la frialdad de un hotel donde, por conveniencias económicas, se reúnen todos los días los mismos huéspedes.

La mujer, es indudable, tiene en los planes de la Providencia una misión que cumplir en el campo intelectual; pero de nada nos servirá tener mujeres que brillen en todos los ramos del saber humano si la sociedad se encontrase sin madres de familia. La Arquitectura, la Ingeniería, la Química, la Astronomía, pueden prescindir de la mujer y existir sin ella; lo que no puede subsistir sin ella es el hogar. La madre de familia no puede ni improvisarse ni sustituirse.

He aquí por qué la enseñanza primaria y media ha de tener planes y programas de curso distintos para los muchachos y para las muchachas.

Así, en las escuelas elementales deberá darse gran importancia a las clases de labores femeninas: coser, bordar, hacer punto, etc., procurando que esta instrucción no sea solamente de adorno, sino esencialmente práctica, descendiendo a enseñarles y perfeccionarles en zurcir, remendar y otras del mismo estilo, y acostumbrándolas al manejo de las diversas máquinas existentes para estos menesteres. Las clases de trabajos manuales deberán ordenarse hacia el hogar, de manera que lo que hoy aprenden en la escuela pueda serles útil el día que alcancen la categoría de amas de casa.

Esta formación, para las que no han de estudiar el bachillerato, deberá tener como complemento un curso de Economía doméstica, en que se perfeccionen en los conocimientos ya adquiridos y los completen con clases de corte, plancha, cocina, arreglo de habitaciones, elementos de Puericultura, amoldados a su edad, con otros conocimientos prácticos necesarios en el medio ambiente en que han de desarrollar su vida las alumnas, como Agricultura, Avicultura, etc., en las escuelas rurales.

De esta forma se conseguiría que, al salir de la escuela, la adolescente estuviese capacitada para, en unión de su madre, intervenir en todas las faenas domésticas, y que el día en que, pasados unos años, constituya un hogar, no haya de someterse a un aprendizaje tardío, que en muchas ocasiones no se realiza, y cuyo defecto suele dar lugar muy frecuentemente a un desgraciado desequilibrio familiar.

Y lo dicho con respecto a las escuelas, ha de aplicarse proporcionalmente al bachillerato.

Debe terminarse con esa lacra tan corriente de muchachas que han obtenido el grado con matrículas de honor y no saben coser su propio vestido cuando se rompe.

En el examen de ingreso se exigen conocimientos de Gramática, Aritmética, etc. También debe exigirse conocimientos de labores femeninas apropiadas a su edad; y en todos los cursos, junto a las otras asignaturas, deberán tener su puesto las clases formativas de la mujer. Y no un puesto secundario, sino tan importante como cualquiera otra[17].

Esto exigiría, desde luego, que el bachillerato femenino fuese de mayor duración que el masculino; pero ¿qué inconveniente hay en ello, si se consigue que la mujer resulte mejor capacitada para el cumplimiento de su misión?

Láncese más pronto al muchacho a la lucha por la vida; él, como hombre, debe ser el que gane, y con su ganancia sostenga el hogar. La mujer ha de ser la administradora y el corazón de ese mismo hogar. Capacítesele para ello.

Es su labor más difícil que la del hombre; por eso exige más preparación; es más trascendental, y por lo mismo ha de ponerse más cuidado en dotarla de elementos necesarios para su mejor realización.

No lo olvidemos: de ella depende toda una nueva generación. «Sobre sus rodillas —escribió José de Maistre— se forma lo más excelente que existe en el mundo: el hombre honrado y la mujer honesta»[18].

III.- Las profesiones femeninas.

Dios, ni en la naturaleza ni en ley alguna positiva ha excluido a la mujer de las profesiones liberales; ¿por qué la hemos de excluir los hombres?

Hay mujeres que tienen para ciertas carreras las mismas aptitudes que los varones, y para algunas, más; ¿por qué, pues, hemos de frustrar este don de Dios privando a la sociedad de la beneficiosa intervención profesional femenina?

Yo no admito, para la actividad de la mujer en el campo de las profesiones liberales, más limitaciones que las que Dios le ha puesto: su misión maternal y su psicología delicada y sentimental.

---

[17] Últimamente, en España se ha iniciado una sana reforma del bachillerato en el sentido que aquí se sostiene, creando en los Institutos femeninos de Segunda Enseñanza una sección especial para la formación hogareña de las alumnas. A la vez han surgido multitud de Escuelas del Hogar, con carácter más o menos oficial unas y otras de iniciativa particular.

[18] Carta a su hija Constancia, 5 de noviembre de 1808

Por eso, cuando el ejercicio de una profesión no se opone a ninguno de estos dos postulados, creo puede admitirse con conciencia tranquila; pero cuando una actividad profesional cualquiera obstaculiza a alguno de ellos, debe ser rechazada de plano.

Hay profesiones como, por ejemplo, la Medicina —sobre todo para hombres— que no pueden conciliarse bien con la psicología de la mujer, que necesita defender su pureza con el pudor, tan difícil de conservar con estos estudios, y que no se aviene con ciertas realidades demasiado groseras para una constitución psíquica naturalmente delicada y fina.

Por el contrario, hay otras que exigen su intervención, como la instrucción primaria de la niñez de ambos sexos, que debía confiarse exclusivamente a la mujer, porque reclama para su desempeño aptitudes sólo existentes en un corazón maternal.

Claro está que lo mismo en estas profesiones que en aquellas otras que de suyo son indiferentes a los dos postulados establecidos, la formación de la mujer, para ser completa, exige planes distintos de los seguidos por los hombres en los mismos estudios.

Cuanto he dicho referente a la enseñanza primaria y media debe repetirse proporcionalmente respecto a la profesional, y en las Universidades, Escuelas Normales Superiores o de especialización, femeninas no pueden faltar los cursos de Economía doméstica, Puericultura y demás conocimientos necesarios para que la maestra, la doctora en Historia o en Química, la farmacéutica o la enfermera sean buenas madres de familia.

Pero hay más: hemos dicho que las profesiones liberales deben admitirse sin reserva alguna para la mujer cuando no se oponen a los dos postulados, y de aquí se sigue una norma de conducta, a primera vista absurda, y que, sin embargo, se deduce en sana lógica y debe ser observada inflexiblemente:

Cuando la mujer que ejerce una profesión constituye un hogar, deberá cesar en ella si se opone lo más mínimo, y en general se opondrá, a sus deberes de esposa y de madre.

En otras palabras: la mujer casada, en general, no deberá ejercer profesión alguna, para dedicarse de lleno a su hogar, y en él, a su marido y a sus hijos. Sólo puede admitirse excepción a favor del Magisterio primario, por su índole maternal, de alguna otra profesión similar o de casos muy contados y apoyados por muy fuertes razones.

He dicho que esta norma de conducta, a primera vista, parece absurda. Si la joven, terminada la carrera y obtenido un buen puesto mediante reñida oposición, al contraer matrimonio con un muchacho capaz de sostener él sólo el hogar, ha de abandonar la profesión y cambiar la toga por el mandil, los libros por la bolsa de costura, las retortas del laboratorio por los utensilios de cocina, ¿para qué haber invertido los años de color de rosa de la juventud en el estudio y en la investigación? ¿Para qué haber sacrificado inútilmente el bolsillo paterno?

Este es el primer golpe de vista; pero si se reflexiona, si se profundiza en el asunto, toda persona culta estará conforme con mi teoría, que no es mía, sino del sentido común cristiano. La instrucción, en este caso, no será inútil a la mujer, sino sumamente provechosa —ya lo hemos dicho—, para mejor cumplir con sus deberes de esposa y de madre, para su independencia social y económica, y, además, para llenar una juventud completamente vacía de preocupaciones serias y destinada en la educación tradicional únicamente a labores de adorno, las menos útiles dentro del matrimonio; a la lectura de novelas, a las diversiones y a la vanidad[19].

IV.- El criterio.

Se dice constantemente que vivimos en el siglo de las luces y del progreso, y contadas épocas ha habido con más nieblas en el espíritu y más vacío en las inteligencias. El día de hoy abundan mucho las personas sin criterio.

Se tiene criterio cuando se posee conocimientos claros, precisos, bien fundamentados y bien razonados sobre una determinada materia; lo cual hace que acerca de esta materia se tenga un convencimiento pleno y una seguridad tan grande, que no hay nada que separe de ella. Es que se ha adquirido el convencimiento de estar en posesión de la verdad.

---

[19] Prescindo de la cuestión, tan debatida, de si la mujer es igual, superior o inferior al hombre en talento. Creo, sin embargo, que se pueden establecer las siguientes afirmaciones generales:
1. La inteligencia de la niña se desarrolla más rápidamente que la del niño.
2. Observando dos grados elementales paralelos, el nivel medio de talento es superior en las niñas; pero los primeros puestos los obtienen algunos niños.
3. Llegada la pubertad, los muchachos demuestran mayor talento especulativo; pero las muchachas les aventajan en talento práctico.
4. En estudios abstractos, el hombre, en general, supera a la mujer.

De aquí se sigue, como consecuencia inmediata, el sentido práctico. Tras del conocer viene el sentir. La persona convencida racionalmente, en cada uno de los casos que en la práctica se le ofrecen, intuye la verdad, la capta sin necesidad de raciocinio, la conoce separándola de lo erróneo, y en conformidad con su propio criterio, obra y procede sin vacilaciones, como instintivamente; y es, en realidad de verdad, como un instinto el que lanza y dirige su conducta.

Este instinto es ciego en sí, pero muy luminoso y racional en su principio motor, el criterio; y precisamente por él se diferencian las personas verdaderamente intelectuales de las que no lo son. En éstas el instinto que las arrastra no es más que la atrofia de la inteligencia, acostumbrada al procedimiento cómodo de dejarse llevar, o la ignorancia, que les impide ver la verdad y les obliga a buscarla en otros.

La diferencia entre estas dos clases de personas creo queda clara con este ejemplo.

El que tiene criterio es como el viajero buen conocedor del camino que, distraído y absorto por mil preocupaciones, avanza por el sendero sin equivocarse; llega a una bifurcación, y sin vacilar elige el ramal que debe; se encuentra ante un atajo y lo toma sin más; y todo ello como mecánicamente, sin reflexionar. ¿Por qué? Porque conoce muy bien el camino, y su conocimiento le ha dado una seguridad grande, en virtud de la cual intuye, por decirlo así, por dónde ha de ir.

El que no tiene criterio, o es como el niño, que no sabe ni puede saber, porque su inteligencia no se ha desarrollado y necesita que le lleve de la mano una niñera, o es como el ciego que vio, pero perdió la vista y se ha acostumbrado al lazarillo que le guía.

Lo malo es que en estos tiempos, en que tanto se habla de civilización, hay muy pocas personas de criterio.

Lo mismo entre los hombres que entre las mujeres, abundan mucho los niños perpetuos, y, por tanto, perpetuos analfabetos, que saben leer y escribir, pero no saben discurrir; es decir, se les ha enseñado lo que con un poco de constancia puede enseñarse a una cotorra o a un mono; pero no se les ha enseñado lo que debe saber un ser racional: ejercitar su razón.

También hay muchos ciegos. Vieron, pero su visión fue imperfecta y les resultó más cómodo que otros viesen por ellos y les guiasen. Siguieron estudios, ejercitaron su inteligencia en una carrera; pero logrado un puesto y, sobre todo,

en lo que no tiene relación con su profesión o modo de vivir, se dejan llevar sin preocuparse de discurrir. ¡Es tan cómodo que sean otros los que discurran y que la propia inteligencia vague sin esfuerzo por los renglones de un periódico o a impulsos de una conversación!... Y llega un momento en que la inteligencia está atrofiada para discurrir.

Hablará acaso mucho, pero siempre exponiendo pareceres de otros, sin que siquiera se dé cuenta de que son de otros. ¿De quién? No puede saberlo: ¡son tantos los que influyen en él!

¿No es verdad que tú conoces a muchas mujeres de este estilo? Sus efectos se observan no solamente en su vida privada, sino también en la familia y en la sociedad, en la que tanto influyen.

Un campo hay donde, sobre todo, resulta fatal la ausencia de criterio en la mujer: el religioso.

La religión no es algo accidental en la vida; no es una de tantas ocupaciones u obligaciones; es algo que lo llena todo, que todo lo informa y todo lo penetra; que con su ley moral comprende todas las acciones humanas.

Para proceder rectamente en religión, sin peligro de equivocarse, se precisa tener formado el criterio religioso. ¿Y cuántas son las mujeres que lo poseen? La inmensa mayoría carecen de él.

El criterio religioso se forma a base de la fe. Han de estudiarse las verdades en ella encerradas, sus fundamentos racionales, sus dificultades y misterios, y así es como se adquiere una seguridad absoluta con respecto a ella.

Pero gran número de mujeres jamás se ha dedicado a semejante estudio. Aprendieron allá en la infancia el catecismo de una manera memorística, y después toda su formación religiosa se ha reducido a una piedad muchas veces completamente al aire.

¿Instrucción? Ninguna. Los sermones no les gustan, si no es en ciertas solemnidades extraordinarias, en que ocupa el púlpito algún predicador de moda. En cuanto a libros, no leen nada formativo, y toda su biblioteca religiosa queda reducida a dos o tres libros de bonita encuadernación, regalo de alguna persona de su afecto.

Hay que estudiar la religión. La piedad sola no es suficiente; debe ir acompañada de un estudio serio.

Hay que tener en esta materia, tan importante y trascendental, ideas claras y fijas. Caminar entre brumas es siempre peligroso. Lo seguro es avanzar a plena luz.

La luz te la dará el estudio; pero no un estudio de fórmula, sino un estudio serio y reposado, bajo la dirección de una persona competente en la materia.

Con el criterio religioso adquirirás el sentimiento cristiano, que, según el padre Vilariño, «es la facilidad de conocer, juzgar, discernir y resolver en cada uno de los casos de la vida lo que se debe hacer o dejar, lo que es bueno o malo, de alguna manera conforme a la fe católica y doctrina cristiana»[20].

La muchacha que ha adquirido este sentimiento sabe discernir una película limpia de la que es inmoral, la amiga buena de la que puede corromper, el libro sensato del que con su lectura mancha; y mientras experimenta agrado en una diversión blanca, siente repugnancia y escozor en la de ambiente pagano.

Pero no tiene sentido cristiano la que, tras de tragarse una gran dosis de paganía o de semiherejía, todavía dice muy tranquila: «A mí no me parece que en esto hay nada malo».

V.- Cruces y veletas.

En lo alto del campanario se alzan unidas una cruz y una veleta. Apenas sopla un poco de viento, la veleta se mueve y muda de dirección; es difícil verla quieta. Por el contrario, la cruz siempre permanece en la misma posición, y por muy fuerte que se desencadene el vendaval, se conserva inalterable.

En la sociedad abunda mucho la mujer veleta, que se mueve siempre al ritmo de las demás y cambia de manera de pensar y de obrar en cuanto cambian las personas o cosas que la rodean.

Una conveniencia, una amistad, el qué dirán, la moda..., le hace cambiar de conducta. Son mujeres sin carácter.

El carácter es la energía de la voluntad y la voluntad podemos decir que es el poder que el alma tiene para determinarse con conciencia y reflexión a un acto libremente escogido»[21].

Por eso la mujer de carácter sabe buscar ideales nobles, y, una vez poseídos, permanecer en ellos y obrar en consecuencia

[20] REMIGIO VILARIÑO: Caminos de Vida, t. II-XIV, pág. 27.
[21] DR. GLANEUR D'EPIS: La educación de la voluntad, traducción española, pág. 14.

Es como la cruz del campanario. Siempre firme en su puesto, con los brazos extendidos en la misma dirección, sin que las circunstancias de la vida, las ventajas sociales o los sacrificios personales le hagan cambiar de postura.

Podemos, pues, definir a la mujer de carácter diciendo que es la «que tiene principios nobles y permanece firme en ellos, aun cuando esta perseverancia fiel exija sacrificios[22]».

Se cuenta que un ministro francés quiso obligar al cardenal Clermont Tonerre a faltar a su deber siguiendo la corriente social: pero el anciano purpurado respondió: «Señor, la divisa de mi familia, dada por un Papa el año 1120, es ésta: "*Aunque todos, yo no*". Esta es también la divisa de mi conciencia»[23].

«Aunque todos, yo no». Esta es la divisa de las personas de carácter.

Lo malo es que la divisa de un porcentaje enorme de mujeres es: obrar como los demás, como la generalidad.

Todos lo hacen; es la razón suprema que muchas aducen para justificar su conducta, y, sin hacer esfuerzo alguno para resistir, se dejan arrastrar por la corriente del mundanal ambiente.

Hoy se cuida mucho de la educación de la inteligencia; pero se abandona la de la voluntad, y no se tiene en cuenta que el valor de una persona no depende de su inteligencia, sino de su voluntad.

Mucho mayores servicios presta a la sociedad, a la Patria, a la religión, una mujer poco instruida, pero de carácter, que una doctora por Oxford o por Cambridge con una voluntad como una veleta,

Es más: una mujer sabia, pero débil de voluntad, puede ser muy nociva en la sociedad, y lo ha sido repetidas veces en la Historia.

La norma principal para la educación del carácter nos la enseña el Evangelio: *Negarse a sí mismo*.

Para obtener músculos fuertes se practica la gimnasia; también hace falta gimnasia para fortalecer la voluntad, y esta gimnasia tiene que ser a base de la negación propia.

La voluntad, acostumbrada a dejarse arrastrar de cualquier capricho o de un gusto cualquiera, se debilita, enferma y, en un momento determinado, no tiene fuerza para resistir el embate de una pasión o el peso de una contrariedad.

---

[22] TIHAMER TOTH; El joven de carácter, pág. 16.

[23] DR. GLANEUR D'EPIS: Ob. cit., pág. 39.

Cuando el caballo se encabrita al encontrarse en el camino con un automóvil, si el jinete quiere tenerlo bien domesticado, le obliga a pasar repetidas veces junto al vehículo que le asusta, hasta acostumbrarlo a marchar paralelo a él sin inconveniente alguno.

Nuestra voluntad es, por el pecado original, un caballo salvaje; se encabrita ante el sacrificio; hay que sacrificarla hasta habituarla a él.

La vida está llena de sacrificios; la convivencia armónica familiar y social nos está exigiendo a cada paso nuevos sacrificios; es imposible cumplir el propio deber y practicar la virtud sin violentarse muchas veces.

La muchacha que de joven no se ha acostumbrado a vencerse, a negarse a sí misma, de mayor, perdida la flexibilidad con los años, cuántas veces se estrellará con los que no se avienen a sus caprichos y sentirá el arpón de la contradicción; caerá en la lucha por el cumplimiento del deber, y dejará de practicar la virtud, que exige continuos y pequeños heroísmos, imposibles sin fuerza de voluntad.

Trazarse un plan de vida y ser fiel en observarlo contribuye también mucho a forjar un carácter.

Sin embargo, el día de hoy es corriente que las muchachas vivan sin plan alguno. Su horario lo regulan las circunstancias, el entretenimiento de momento, lo imprevisto, pero que agrada, y a veces ni agrada, pero arrastra.

Las sujetas a una profesión se someten con mayor o menor fidelidad al horario de su oficina o taller, pero fuera de él se dejan arrastrar de lo que ocurre en cada momento. ¿Hora fija para levantarse de la cama o para acostarse? Eso es mucho pedirles. Se acuestan cuando les viene bien y se levantan cuando no pueden menos.

Este desorden, que limita los extremos del día, se prolonga durante todo él. ¿Y qué sucede? Que la voluntad se debilita, se acostumbra a seguir su gusto, se incapacita para la lucha por la vida; la familia se desequilibra y se desarticula, porque se hace imposible la convivencia y la mutua influencia de sus diversos miembros; y en lo social se esterilizan multitud de energías.

Para lograr un carácter se necesita la *fidelidad en lo pequeño*. La constante observancia de detalles, al parecer nimios, contribuye a fortalecer la voluntad, como ciertos movimientos rítmicos, aunque a primera vista de poca importancia, contribuyen a la fortaleza física.

Hay muchachas que al contemplar a Santa Inés, a los trece años, sacrificando su fortuna, su envidiable posición, su familia y su vida prometedora por Cristo, se entusiasman y dicen: «Yo también estoy dispuesta a morir antes que renegar de Cristo». Sin embargo, no saben sacrificarle un centimetro de tela, cuya falta perjudica a la modestia.

Para esto no tienen fuerzas, y es precisamente este pequeño sacrificio el que se les pide para la práctica de la virtud y servicio de Dios, y no el martirio, que probabilísimamente nunca se les exigirá.

Finalmente, se requiere para formar el carácter convencerse de la verdad de esta frase: «Lo que quiero puedo».

Así es: la mujer puede todo lo que quiere, siempre, desde luego, que no se salga de los límites de la potencia humana.

No es esto soberbia, no. Sabe muy bien que su naturaleza es menguada y débil; pero, si es cristiana, no puede dudar de la cooperación divina, que jamás falta a ningún ser humano, cualesquiera que sean las circunstancias de la vida.

No puedo, dicen muchas, con respecto a multitud de deberes o empresas, y el noventa por ciento de las veces su frase equivale a «*No quiero*». Si quisieran, podrían[24].

«¿Lo que ésos y ésas han podido, no he de poder yo?» He ahí la reflexión que a San Agustín arrancó de la miseria, moral en que vivía y le puso en el camino de la verdad.

¿Lo que otras han podido no has de poder tú, muchacha que esto lees? Como tú eran. ¿Ellas pudieron? Tú también podrás.

---

[24] Los pedagogos que se ocultan tras el seudónimo «Dr. Glaneur d'Epis» trazan un termómetro para conocer los diversos estados del alma antes que ésta llegue a la actuación. Léase de 0 a 100:

100.- Hago.
90.- Quiero.
80.- Puedo.
70.- Creo que puedo.
60.- Podría si...
50.- Pienso que podría.
40.- ¡Si pudiese!
30.- ¿Cómo hacer?
20.- No sé cómo hacer.
10.- No puedo,
0.- No quiero.

¿En qué grado se encuentra tu alma? (Ob. cit., pág. 85.)

Reflexiona, determínate; sin esperar a mañana, comienza inmediatamente tu obra. Después, tesón, no desfallecer por nada, ni cambiar de plan por nadie. En las dificultades, en los desalientos, apóyate en Dios. Tú sola no eres nada; tú y Dios lo eres todo.

Adelante, sin retroceder jamás. El porvenir se abre delante de tu juventud; lánzate a él con paso firme, la mano en el corazón y la mirada en Dios.

VI.- Una fuente de amargura.

El espíritu de rebeldía es connatural al hombre. Lo encontramos en todas las biografías humanas, aun en las de los más grandes héroes y santos.

Cuando se trata de un santo, ese espíritu de rebeldía estará sujeto, mortificado, anulado; pero aun así y todo, subsiste y aparece al menor descuido.

Aún más; una de las mayores luchas que los santos tienen que sostener es precisamente para frenar y sujetar este espíritu anárquico.

La tendencia a la rebeldía no es una cualidad, ni siquiera una consecuencia de nuestra naturaleza, que Dios creó equilibrada y armónica; es el resultado fatal del pecado original. El hombre pecó y su naturaleza perdió el equilibrio; se rebeló contra Dios y las pasiones se rebelaron contra él. Desde entonces experimentó una inclinación a rechazar todo yugo, a sacudir toda soberanía, a romper cuanto le ata y sujeta.

Jamás se apetece tanto una cosa como cuando está prohibida.

Hay un alimento que no te seduce; pero te lo prohíbe el médico y lo apeteces.

Desprecias un cargo, un objeto, una amistad; pero te dicen que no te conviene, que te perjudica, y lo deseas.

Así somos y así seremos si no nos dominamos.

Siempre ha estado desarrollado el espíritu de rebeldía; pero en los tiempos que corremos, y por efecto de una pésima educación, que algunos seudopedagogos han dado en presentar como el *non plus ultra* de la Pedagogía moderna, el mal se ha agravado, y el espíritu de rebeldía, siempre desatado, se ha desbocado.

Los hijos pretenden desligarse prácticamente de la autoridad paterna; se creen como ellos, con ellos tratan de hombrearse y, poco a poco, abusando de

su cariño, muchas veces ciego, y de sus debilidades, se van convirtiendo en dictadores que imponen sus caprichos y sus intemperancias.

Constantemente nos encontramos en las familias con muchachas que experimentan desprecio o compasión por las costumbres y consejos de sus padres, a los que califican del siglo pasado, y discuten con ellos, como si tuviesen una prodigiosa ciencia infusa, que con sólo un par de lecciones recibidas de una novela frívola, de unas cabecitas tan hueras como las suyas, y de un coqueteo que no tiene nada de nuevo en la historia del proceder femenino, si no es la procacidad y la licencia, les permite saber mucho más que lo aprendido por ellos en las prolijas y duras lecciones que da la experiencia de un mayor vivir.

Esta misma conducta observan en todos los sectores de su vida y, si son estudiantes, ridiculizan a los profesores; si son oficinistas, murmuran de cuanto el jefe ordena o hace; si son obreras, protestan contra el patrono y los que ocupan puestos más altos; si pertenecen a una organización, hablan mal de la directiva; como ciudadanas, se atreven a juzgar a sus autoridades; como religiosas, piden cuentas del proceder de la Jerarquía. Critican de todo, se rebelan siempre. Son un hueso desencajado, al que todo cuanto toca produce dolor.

¿Resultado práctico? Que la Humanidad, teniendo más medios materiales de felicidad, es menos feliz. El espíritu d anarquía le mantiene en constante desequilibrio y en perpetua amargura.

Nada le agrada, nada le satisface, todo le parece mal, y con esta conducta no disfruta de muchísimas cosas de las que disfrutan los espíritus más disciplinados y más obedientes.

Cuando un hueso se ha salido de su sitio, el cirujano, después de haberlo vuelto a su lugar, lo sujeta fuertemente. No hay otro remedio: disciplina, obediencia.

Cuando se inició el Glorioso Movimiento salvador de España, los rojos contaban con muchos más elementos de guerra; más dinero, más hombres y más territorio que nuestro Generalísimo Franco. Sin embargo, éste ha vencido, y todos están conformes en que una de las causas de su triunfo ha sido que supo mantener la disciplina y todo su Ejército le obedecía ciegamente; mientras que las democráticas autoridades de Madrid-Valencia-Barcelona, en los momentos decisivos, no lograron disciplinar a sus huestes, ni éstas, en pleno estado anárquico, les obedecieron.

De tejas abajo, sin obediencia se va al fracaso. De tejas arriba, sin obediencia no se encuentra a Dios.

El Evangelio nos cuenta que unos sabios orientales contemplaron en noche despejada la luz de una nueva estrella, que conocieron anunciar el nacimiento del Salvador. Dejándolo todo, siguieron la estrella y encontraron a su Dios. Muchos contemplaron la misma noche la estrella; pero como les resultaba más cómodo continuar la rutina de su vida ordinaria, no siguieron al astro misterioso y no encontraron a su Dios. En Jerusalén, a pocos kilómetros de donde Jesús moraba, muchos se enteraron del viaje de los Magos y les criticaron; tampoco siguieron la estrella y tampoco encontraron a su Dios.

Conclusión práctica: sólo encuentran a Dios los que siguen la estrella.

Tu estrella es la voluntad de Dios. Síguela. Sólo la seguirás obedeciendo.

VII.- Obediencia.

La obediencia es la virtud que nos inclina a rendir nuestra voluntad ante Dios o ante quien en su nombre nos manda. Creados por Dios, de Él dependemos en cuanto al ser y conservación en la existencia, como el rayo de sol depende del astro en su ser y permanencia; por eso todo el compuesto humano, el cuerpo con sus sentidos y el alma con sus facultades, están esencialmente sujetos a Dios, cuyas leyes, han de acatar.

La voluntad, facultad nobilísima del alma, dotada del don precioso de la libertad, tiene, por lo tanto, que someterse a las leyes divinas, y al hacerlo libremente, da a sus actos carácter de mérito.

Pero Dios —dice SANTO TOMÁS[25]—, en el gobierno del Universo, ha establecido como norma que los seres inferiores sean gobernados por los superiores. Los hombres no pueden ser ajenos a esta regla general, y por eso los constituidos en categoría inferior han de ser gobernados por los de categoría superior, los cuales en tanto tienen autoridad en cuanto que representan a Dios.

Estas categorías no son precisamente las llamadas clases sociales, sino que para cada individuo constituyen categoría superior todos aquellos de los cuales depende legítimamente en un orden cualquiera.

[25] Suma Teológica, 2.a 2ae, q. 104, a. 1.a

De aquí se sigue que hayamos de reconocer la Jerarquía Eclesiástica, constituida por Dios para el gobierno espiritual de los hombres, y hayamos de acatar sus decisiones, empezando por obedecer incondicionalmente al Vicario de Cristo en la tierra, Maestro infalible en lo concerniente a la fe y a la moral, a quien Dios mismo dijo: «Lo que atares en la tierra, se considerará como atado en el cielo, y lo que soltares en la tierra, como suelto será tenido en el cielo»[26].

Hemos de reverenciar y obedecer a los Prelados, que son los pastores de nuestro espíritu, y a sus ministros los sacerdotes; que a todos ellos Jesús dijo: «El que os escuchare, a Mí me escucha, y el que os rechazare, a Mí me rechaza»[27].

Hemos de acatar la autoridad civil y cumplir sus leyes; que SAN PEDRO nos dice: *«Obedeced a las criaturas, por Dios; ya sea el rey como quien está sobre todos, ya sean los gobernantes por él enviados para castigo de la maldad y alabanza de los buenos»*[28]. Y hay que obedecer, aun cuando los que ejercen la autoridad sean malvados. ES CRISTO quien lo enseña: *«Sobre la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos; haced lo que os manden, pero no los imitéis»*[29]. La razón de esto nos la da SAN PABLO: *«No hay autoridad que no provenga de Dios»*[30].

Los obreros han de obedecer a sus patronos y los criados a sus señores; que también el PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES, en el lugar citado, ha escrito: *«Siervos, estad sumisos a vuestros señores, no sólo a los buenos y amables, sino también a los de dura condición»*[31].

Y los hijos han de obedecer a sus padres y han de reconocer en ellos, no sólo a sus progenitores, seres abnegados que continuamente se sacrifican por ellos, sino a los participantes de la paternidad divina; tras de la figura venerable de los padres carnales han de ver elevarse la del Padre Eterno.

«*Honra a tu padre y a tu madre*»[32], escribió en el Sinaí el dedo de Jehová[33] en las tablas de piedra presentadas por Moisés; y teniendo en cuenta

---

[26] SAN MATEO, XVI, 19.
[27] SAN LUCAS, X, 16.
[28] Epístola I de San Pedro, II, 13 y 14. Bajo la palabra rey se entiende todo jefe de Estado.
[29] SAN MATEO, XXIII, 1 y 2.
[30] Epístola a los Romanos, XIII, 1.
[31] II, 18.
[32] Éxodo, XX, 12.
[33] Este término era utilizado antiguamente, incluso se puede ver grabado en templos católicos, sin que por ello tenga relación con la secta fundada en el siglo XIX (Nota del transcriptor)

este precepto, SAN PABLO exhortaba a los de Éfeso: «*Hijos, obedeced a vuestros padres en Dios, que esto exige la justicia*»[34]. «*Obedeced a vuestros padres* —repetía a los Colosenses—, *que esto es lo que agrada a Dios*»[35].

La obediencia a los padres es un postulado de la naturaleza; por eso, el hijo ingrato, el que no les ama, el que no sabe leer en sus ojos las inquietudes que por él sienten y en las arrugas de su frente las amarguras y congojas de su educación, y en la blancura de sus cabellos los trabajos por él soportados, y en la dulzura de sus labios la ternura de un corazón, que sólo puede encontrar igual en el de otro padre..., el que nada de esto sabe apreciar, el que los desprecia, disgusta o maltrata, no es un hombre, es un monstruo, sobre el que cae de lleno el anatema divino: «*Maldito el que no honra a su padre y a su madre*»[36].

Dos limitaciones pone SANTO TOMÁS[37] a la obligación de obedecer: 1.ª Cuando el revestido de autoridad, cualquiera que sea su categoría y la índole de su potestad, ordena algo contra la ley de Dios. En ese caso, la norma nos la han dado los Apóstoles: «*Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*»[38]. 2.ª Cuando se extralimita, saliéndose de su jurisdicción. Fuera de esos casos, ha de obedecerse siempre.

La obediencia ha de ser la estrella que guíe nuestros pasos con seguridad por el camino de la vida. Podrá equivocarse el que manda, que de ello habrá de responder ante Dios, y a veces ante los hombres; pero el que obedece no se equivoca jamás.

El ejemplo nos lo ha dado nuestro Redentor, cuya vida en la tierra resume SAN PABLO diciendo que «*se hizo obediente hasta la muerte*»[39].

Jesús obedeció siempre. Obedeció a María y a José, a quienes estuvo sujeto; obedeció a la ley judaica, con respecto a la cual decía: «*No he venido a quebrantar la ley, sino a cumplirla*»[40]; obedeció a las autoridades sanedríticas, aun en los momentos en que de su obediencia podía seguírsele gran perjuicio, como en su Pasión; obedeció a las autoridades civiles, aun a las que le

---

[34] Epístola a los de Éfeso, VI, 1.
[35] Epístola a los Colosenses, III, 20.
[36] Deuteronomio, XXVII, 16.
[37] Suma Teológica, 2ª, 2ae., q. 104, a. 5.
[38] Hechos de los Apóstoles, V, 29.
[39] Epístola a los Filipenses, II, 8.
[40] SAN MATEO, V, 17.

atropellaban, como Pilatos; y obedeció, finalmente, a sus mismos verdugos, cumpliendo cuanto le mandaban en orden a su propio martirio.

Otro ejemplo nos lo proporciona María. Ella también obedeció siempre. Por eso el nacimiento de Jesús le sorprendió en Belén, apareció confundida con las mujeres pecadoras en la ceremonia de la Purificación y secundó tan admirablemente a José en la huida a Egipto.

Pero no he de alargarme; toda su vida fue un acto ininterrumpido de obediencia. El momento culminante fue cuando en la Encarnación aceptó plenamente los designios de Dios, contestando al ángel enviado con aquel «*Fiat*», «Hágase», que la constituyó Madre de Dios.

Tú también, muchacha, tienes que obedecer. Desprecia esas teorías absurdas que consideran la obediencia como una bajeza; no prestes oídos a las que alardean de seres autónomos, que no se doblegan obedeciendo, que presumen de independencia dentro del hogar y de cierto criterio personal dentro de la religión y de la moral; déjalas, que mientras hacen alardes de independientes, obedecen ciegamente los dictados de la moda y se rinden ante las arbitrariedades y caprichos de amigos y de amigas, que nunca podrán igualarse ni en dignidad ni en cariño con los padres.

La obediencia cristiana no rebaja la personalidad humana. Podrá rebajarla una obediencia racionalista y naturista, que no ve en el superior más que a un hombre; pero jamás la obediencia cristiana, que, por encima del hombre, ve a Dios.

VIII.- Ángel de paz.

En el momento de comenzar a escribir este artículo tengo ante mí, sobre la mesa de trabajo, los libros de dos ilustres pensadores, que de una manera categórica exponen su opinión sobre la intervención de la mujer en la política.

El uno es *El gobierno de las mujeres*, del venerable patriarca de las letras españolas DON ARMANDO PALACIO VALDÉS. Según él, no hallará el mundo su equilibrio hasta «que la política sea confiada íntegramente al sexo femenino». «Las escasas veces que las mujeres han tenido en sus manos las riendas del Gobierno, las han manejado mejor que los hombres». Es que toda

mujer tiene aptitudes especiales para la política, porque «el sexo femenino es el sexo moral»[41].

El otro es *Cristo Rey*, de TIHAMÉR TÓTH, en el que se afirma: «La mujer, en el campo político, no realiza el puro y auténtico ideal cristiano... ¡Que esté el hombre en la vida pública: es su campo de lucha! ¡Que esté la mujer en el hogar: ésta es su misión! Y el que pervierta este orden, adultera, no sólo el pensamiento del Creador, sino que conmueve también los cimientos de la vida social»[42].

¿Quién de los dos tiene razón?

Nunca he creído yo que la mujer estuviese destinada por Dios a las luchas políticas; siempre me pareció que su psicología, dulce, amable y delicada, reclama para ella ministerios de paz. Su corazón, formado para ser asiento de todas las ternuras, se aviene mal con la aspereza, la rudeza, la fiereza de la lucha; necesita amar, y está dislocada cuando odia. Su misión en la vida es la maternidad. Casada, soltera o viuda, religiosa o seglar, la mujer, si no quiere degenerar, tiene que ser madre, y el sentimiento de madre se aviene mal con la lucha. La admite cuando es redentora, y entonces, si llega el caso extremo, sabe ella ser Isabel de Castilla, que conquista Granada, o Agustina de Aragón, que defiende Zaragoza.

Pero fuera de este caso, es un absurdo llevar a la mujer a la lucha. En ella juega un papel importantísimo el sentimiento, que, al menor descuido, domina su inteligencia y la ciega apasionándola; y a través de la pasión lo ve todo, lo juzga y lo resuelve; la pasión impulsa sus obras, y, como es natural, la lleva a los extremos más ilógicos, arrastrando con su influencia a los demás, a los que hace perder el equilibrio.

Y no es que yo crea que la mujer no pueda tener opinión política, o no deba nunca estar encuadrada en un partido; no. Estando dotada de una inteligencia como la del hombre, puede, como él, opinar en política; siendo la educadora de sus hijos, debe estar capacitada para orientarlos en este terreno, evitando posibles y muy lamentables extravíos; y compartiendo la vida de su marido, debe poder compartir también con él los ideales políticos, y en ellos sostenerle y alentarle.

---

[41] Páginas 5, 207 y 89, respectivamente.

[42] Página 242.

Es más: en ocasiones convendrá, y ella deberá tener «cierta» actuación en política, que también los partidos y sus organizaciones necesitan influencias maternales, inyecciones de delicadeza y grandes reservas de energías morales incansables en el trabajo, de que tan pródiga se muestra la mujer.

Lo que no puede admitirse jamás es que se lance a la lucha política, porque se apasiona, pierde el equilibrio, desciende del pedestal de superior grandeza, donde debe permanecer siempre como ángel de paz, y pasa a ser tentación fuerte de odios y origen de ruindades e intrigas.

Nunca creí yo que la mujer estuviese destinada por Dios a la lucha política; pero, al ver el fracaso de los hombres, llegué a creer que aquí, como en otros terrenos, la salvación estaría en la mujer; y vi con gusto que acudía a las urnas, y ocupaba tribunas, y reclutaba secuaces, y participaba muy activamente en los afanes electorales. Acaso la mujer, me decía, sepa triunfar donde el hombre ha fracasado.

Pero duró poco mi esperanza. A medida que observaba su actuación, fue dominándome la desilusión, y cuanto más actuaba, más me desilusionaba. Las elecciones de febrero de 1936 fueron una lección tan dura, que acabaron de convencerme.

La mujer trabajó como nunca, pero el sentimiento la dominó y la arrastró al fanatismo por su partido, que antepuso a los mismos intereses de la Patria. Muchos hombres también lo hicieron; pero la mujer les superó, y odió a los otros partidos afines, en los que otras mujeres, fanáticas como ella, odiaban al suyo y a los otros. Y en la casa influían con su odio en sus maridos, en sus padres y en sus hijos, y en el centro electoral eran dinamita, que explotaba en rencores, preferentemente contra los partidos afines, y en la campaña, reguero de pólvora de antipatías y divisiones.

Que no, que la mujer no está destinada a la lucha política. Tiene razón PALACIO VALDÉS, y ésta es la mejor condenación de su propia teoría, al afirmar que «la mujer trae del cielo la consigna de la misericordia. Cuando falta a ella, debe ser fusilada por la espalda, como soldado traidor»[43].

[43] Obra citada, pág. 98.

HACIA DIOS

Capítulo tercero

SUMARIO

I.- ¿Piedad o frivolidad?
II.- La verdadera piedad.
III.- ¡Reza!
IV.- Organización de las devociones.
V.- ¿Qué oración es la mejor?
VI.- Marta y María.
VII.- ¡Tu madre!
VIII.- El guía.
IX.- Vacaciones del espíritu.
X.- Un abuso intolerable.

I.- Piedad o frivolidad.

Corren por el mundo muchos tópicos que, a fuerza de manoseados, la gente ligera los acepta como dogmas de fe, sin detenerse a estudiar sus puntos de apoyo, fijándose tan sólo en algunas apariencias engañosas. Hay algunos muy vulgares entre la gente joven y no joven.

—Yo no voy mucho a la iglesia, porque, sabe usted, las que van mucho a la iglesia no se casan.

— ¡Ay, Padre! A mí no me mande usted rezar mucho —dicen otras—; yo, católica, y buena católica, sí; pero ñoña, no. Eso de rezar para todo es de monjinas y de cursis.

— ¿Yo piadosa? —añade una tercera—. ¡Pero si las piadosas son las peores! Yo tengo una amiga que se las da de muy piadosa, tanto, que comulga todos los días, y después es la más *tranquila* con la muchachada.

Todos estos tópicos, y otros muchos por el estilo, provienen de que se tiene un concepto muy errado de la piedad. Ni es cierto que las piadosas no se casan, ni la piedad consiste en rezar mucho, ni puede considerarse como verdaderamente piadosa la que mucho reza, si sus obras no responden a su oración.

La mujer, cualesquiera que sean sus aspiraciones, si desea ser buena y cumplir con su deber, tiene que ser piadosa. Esto es axiomático.

Procede de Dios por creación; de Él ha recibido cuanto es y posee; Él le ha dotado de esas bellas cualidades morales que le dan categoría sobre el hombre; luego si toda criatura ha de adorar a su Creador, si todo siervo ha de servir a su señor, si todo beneficiado ha de mostrar agradecimiento a su bienhechor, si todo vasallo ha de obedecer a su soberano y acatar las leyes de su legislador, la mujer no puede, sin incurrir en una falta imperdonable, dejar de adorar, servir, agradecer y obedecer a Dios, su Creador, Soberano Señor, Supremo Legislador y el más grande de sus bienhechores.

El corazón de la mujer, tan sensible al amor, no puede permanecer insensible ante el amor purísimo e infinito de su Dios. Es más, está en cierto modo más obligada a ser piadosa que el hombre, a pesar de que el hombre está también muy obligado a la piedad.

Ella, por su constitución afectiva, su ternura, su delicadeza y su emotividad, tiene una capacidad religiosa superior al hombre; y si no quiere

traicionar a su naturaleza, si no quiere inutilizar sus bellas cualidades, si no quiere atrofiar fuertes imperativos, que radican en los fundamentos mismos de su ser; si no quiere bastardear su sexo, ha de ser piadosa.

Más aún: la mujer tiene que ser piadosa si no quiere mancharse o ponerse en grave peligro de mancharse con degradaciones repugnantes. En ella, ya lo hemos dicho, ejerce una influencia decisiva el corazón, que con facilidad se sobrepone a la inteligencia; y si todo ser humano es aquello que ama, la experiencia nos demuestra que la mujer, cuando ha amado la tierra, se ha manchado de barro, y cuando se ha vuelto de espaldas a Dios, ha venido a dar de cara en el suelo.

Por eso, jamás una mujer buena puede ser despreocupada en religión. Por eso, cuando veo a esas pobres desgraciadas que, alardeando de ultramodernas y adoptando una *posse* de mujer que no quiere tener nada de mujer, sino ser idéntica al hombre, se las echan de despreocupadas en materia religiosa, siento frío, y me cuesta mucho creer que por una educación defectuosa o errada no haya que lamentar en ellas algo neurótico. Sin embargo, es muy corriente el error de creer que la piedad ha de reservarse a las llamadas al estado religioso, o a las que por su voluntad o por las circunstancias de la vida han de permanecer en la soltería.

Así lo afirma el mundo, que en esto, como en tantas otras cosas, se equivoca. La piedad es, hasta cierto punto, más necesaria a la mujer que aspira al matrimonio que a las otras.

Ella está destinada a ser la clave del hogar, y mediante el hogar, de la sociedad; ha de limar la aspereza del hombre con su dulzura, ha de neutralizar la vehemencia del varón con su bondad, ha de tener energías morales suficientes para, siendo más débil, sostener la fortaleza del marido, aunque esto parezca una paradoja. Para poder cumplir bien con estos deberes. precisa ir a beber dulzura y delicadeza del cáliz eucarístico; aprender a vivir la bondad en la vida del infinitamente bueno Jesús y de su Madre Inmaculada, y en la de aquellos que, siendo de nuestro tosco barro, se elevaron al nivel de los ángeles; y en la cruz de Cristo encontrará alientos para llevar la suya, y de sus llagas sagradas recogerá el bálsamo que ha de cicatrizar las suyas propias, y de los pies del Sagrario se levantará fuerte en los desfallecimientos, paciente en las contrariedades y virtuosa en los peligros.

Ella está destinada a formar una nueva generación. Por su voluntad traerá a la vida nuevos seres, y a esos seres tiene que educar y poner en condiciones de salvarse. Ella ha de ir plasmando las tiernas almitas de sus hijos, y ¿cómo podrá formar seres virtuosos, si ella no es la encarnación de la virtud? ¿Cómo podrá encender en sus niños la llama del amor divino, si ella no arde en el mismo fuego? ¿Cómo llevarlos a Dios, si ella no está con Dios?

Precisa ser piadosa, intensamente piadosa; porque su labor de educadora le ha de lanzar con demasiada frecuencia a un mar de amarguras, en el que, si no es piadosa, naufragará fácilmente, arrastrando en su naufragio al resto de la familia. Que es su misión muy difícil y el mundo ha entenebrecido el ambiente que le rodea y necesita una luz. ¿Quién se la dará? No puede dársela el mundo, que sólo sabe derramar tinieblas sobre el problema de la educación; porque se empeña en considerarlo desde un punto de vista meramente naturista, sin tener en cuenta que en el hombre se encierra un ser espiritual con destinos eternos; porque todos los sistemas pedagógicos «sin Dios» forman una larga cadena de fracasos, capaz de desorientar al observador más diligente con sus contradicciones e inconsecuencias. Necesita una luz, y esa luz sólo puede dársela Cristo, y la piedad es la que le hará vivir a Cristo, y a través de Él ver con claridad.

Pero es el caso que, por una incomprensión lamentable, a las muchachas que tienden al matrimonio se las aparta de la piedad y se las educa en la frivolidad.

Mucho «cine» y mucho teatro, muchos deportes, bailes y playas, mucha novela y lectura ligera, mucho callejeo y mucho flirteo, mucha vistosidad en los trajes, mucha procacidad en los ademanes y mucha pintura en el rostro. ¿Qué puede salir de ahí? Todo menos una madre; y, sin embargo, para eso se les educa, para ser madres.

II.- La verdadera piedad.

— ¿Ya sabes cómo has de ir a comulgar? —pregunté a una niña que me anunciaba su dicha de recibir por vez primera a Jesús.

— Sí, Padre, sí. Iré con las manos juntas, la cabeza un poco inclinada y los ojos entornados.

—Pero, mientras tanto, ¿en qué vas a pensar?

—En guardar, con respecto a la anterior, una distancia como de medio metro.

— ¿Y en nada más?

—Sí, Padre; en arrodillarme con cuidado para que no se arrugue el vestido.

—¿Y no vas a pensar, mientras te acercas al comulgatorio, en Jesús, a quien vas a recibir?

La niña abrió mucho los ojos, y con toda ingenuidad me respondió:

—De eso no me han dicho nada las señoritas.

Así es la piedad de muchas gentes: exterior, de cabeza inclinada, ojos entornados y manos unidas; pero nada de inteligencia abismada en meditación profunda, de corazón ferviente de afectos, de voluntad forjadora de propósitos.

¿En qué consiste la verdadera piedad?

SAN FRANCISCO DE SALES, tan conocedor del corazón humano, sobre todo del femenino, en su obra maestra *Introducción a la vida devota*, trae un capítulo admirable[44] acerca de la devoción, cuyas enseñanzas me voy a permitir resumir.

Se queja de los que se pintan la devoción a medida de su pasión y fantasía, y dice que hay quienes llaman devoto al que ayuna, aun cuando su corazón esté lleno de rencillas; al que reza muchas oraciones al día, aunque después desate su lengua en palabras duras, arrogantes e injuriosas; al que hace limosnas, aunque no perdone a sus enemigos, y al que perdona, aunque no pague a sus acreedores.

Todos éstos son considerados como devotos, y, en realidad, de verdad no lo son.

La verdadera devoción presupone amor de Dios; pero no un amor cualquiera, sino el que nos hace obrar el bien con cuidado, con frecuencia y prontitud.

El Santo nos aclara esta definición con un ejemplo: «Los avestruces nunca vuelan; las gallinas vuelan, pero con pesadez, muy bajo y raras veces; las águilas, las palomas y las golondrinas vuelan muchas veces con gran velocidad y muy alto. A este modo, los pecadores jamás vuelan a Dios, porque hacen todo su camino en tierra y por la tierra; los buenos que todavía no han llegado a la

[44] Se trata del capítulo I de la 1. parte.

devoción vuelan alrededor de Dios con sus buenas obras, pero pocas veces, con lentitud y pesadez; las almas devotas vuelan a Dios muy a menudo con prontitud y elevación».

De aquí que la verdadera devoción puede definirse: la agilidad y viveza espiritual que nos mueve, por caridad, al cumplimiento de los Mandamientos con prontitud y complacencia.

Pues bien: esto que SAN FRANCISCO DE SALES llama devoción, es lo que nosotros llamamos piedad. Su fundamento es el amor de Dios, y como este amor se obtiene por la oración, y se nos comunica por medio de los Sacramentos, principalmente de la Eucaristía, la persona verdaderamente piadosa ha de acudir constantemente a la oración y ha de frecuentar los Sacramentos. Pero como sólo es verdadero amor el que se traduce en obras, el que es piadoso conforma con su afecto su conducta, y no sólo por un momento, sino a través de toda su vida.

¿Podrá decirse que ama a su madre el que cuando está en casa la acaricia y besa, pero en cuanto se aleja del hogar dilapida su fortuna y mancha su apellido, sin importarle nada el disgusto que con ello a su madre ha de causar? Pues tampoco ama verdaderamente a Dios, ni merece el dictado de piadosa, la que le invoca con los labios, y hasta le da el ósculo eucarístico, y fuera del templo dilapida los intereses morales, pone en quiebra los valores del espíritu y arrastra por el fango su apellido de católica y hasta otros apellidos de selección dentro del catolicismo, como es el de Hija de María, Joven de Acción Católica, etc.

«La piedad —decía el SEÑOR OBISPO DE MADRID en ocasión solemne[45]— es actualmente sentimental en un noventa por ciento de las que se llaman católicas, y por eso no tiene nada de particular que con frecuencia se derrumbe cuando choca con otro sentimiento contrario. Para evitarlo, es preciso que la fe arraigue en la inteligencia y no sea superficial».

Efectivamente, la piedad tiene como base el amor; pero este amor ha de estar guiado, encauzado y fundamentado en la razón, y ésta, a su vez, guiada, encauzada y fundamentada en la fe.

---

[45] Discurso del excelentísimo señor don Leopoldo Ello y Garay, en la clausura de la Asamblea Diocesana de la Confederación de Mujeres Católicas de Madrid, el 8 de noviembre de 1935, según *El Debate* del 9 de dicho mes y año.

La piedad debe ser racional, reflexiva; pero no quiere decirse con esto que vaya a ser una cosa fría, desarrollada tan sólo en las regiones del raciocinio, sino que, correspondiendo a un ser humano completivo de inteligencia y corazón, abarque ella también las actividades de ambos, y consista en sentimientos y raciocinios, y los afectos radiquen en los discursos, y los fervores sean floración externa de la cultura interna. De aquí que ha de excluirse:

1.° Esa piedad superficial y meramente externa, que se cuida de las apariencias más que de las realidades, que gusta de lo espectacular y convierte los cultos religiosos en funciones profanas, el canto sagrado en dulces musiquillas callejeras y los retablos severos en arquitectura de chocolate con imágenes de confitería.

2.° Esa piedad ilógica, que pone todos sus fervores en sacrificar un dulce o una pequeña comodidad, pero no sacrifica ni el vestido inmoral, ni la amistad peligrosa, ni el espectáculo torpe, ni la diversión pagana; que permite llevar un hábito religioso de corte inmodesto, tener juntos el Kempis y una novela de color subido, adornar con una medalla un escote deshonesto.

3.° La piedad sin razón alguna, que degenera en superstición, como esas cadenas de oraciones, que siempre han circulado, pero mucho más ahora con motivo de las circunstancias actuales. Se dice en ellas que quien las rece y propague obtendrá del cielo un gran beneficio, y, en cambio, si no lo hace, le vendrá un gran castigo. ¿Por qué? ¿En qué se fundan las promesas y la amenaza? En nada.

Pues bien: en la verdadera piedad todo debe tener una razón de ser; toda eficacia atribuida a una devoción debe tener su porqué. Si de esto carece, debe rechazarse.

III.- ¡Reza!

La oración es otro de los postulados de nuestra misma naturaleza. El pobre que no tiene qué comer llama a la puerta del rico en demanda de limosna; el enfermo recurre al médico en busca de salud; el ciudadano, necesitado de mil cosas para su vida social, constantemente acude a la autoridad pidiendo ayuda, y el hombre reza.

Es pobre, comparado con Dios; padece multitud de miserias físicas y achaques morales; es ciudadano; más aún, criatura suya; ¿por qué no ha de acudir a Él en demanda de limosna, salud y socorro?

La florecilla que se abre en el campo necesita un rayito de luz que le permita vivir; sin él se marchita. No se abren las flores en la noche, sino en el día. Tu alma es una florecilla en el campo de la humanidad; sin la luz de la oración no puede vivir, se marchita, se lacia.

«La oración —dice TIHAMÉR TÓTH— es para el alma humana lo que es la gota de rocío de una mañana de mayo para la naturaleza: la refresca, la hace más hermosa, más fuerte, más fecunda».

«Sin lluvia no hay cosecha; sin comida no hay vida, y... sin oración metódica no hay cosecha y vida espirituales. La oración hecha con orden y puntualidad es la lluvia refrescante, es la comida que alimenta el alma[46]».

¿Quieres vivir? Reza.

En una mañana fría de invierno encontré en la catedral de Calahorra a una muchachita alumna del inmediato Instituto. Delante de una imagen de Santo Tomás de Aquino oraba con los brazos en cruz, arrodillada sobre sus libros, que la defendían de la frialdad de las baldosas.

Como ella, debes orar tú, levantándote por encima de tus ocupaciones y preocupaciones.

Muchas veces dices: —Padre, yo no tengo tiempo de rezar. ¿Tienes tiempo de comer, de dormir?... Por muchas que sean tus ocupaciones, nunca te falta tiempo para estas necesidades materiales; y si no comes o no duermes, tu salud se resiente. No dejes de rezar, que es el alimento y descanso de tu alma.

Aun siendo sobria, al año inviertes lo equivalente a ciento veintiún días en dormir y treinta en comer; ¿y en rezar?

La inmensa mayoría de las que dicen que no tienen tiempo de rezar se contradicen a sí mismas, pues no les falta ni para la vanidad ni para las diversiones.

Acaso a ti misma te parezca que el día no da de sí para poder atender a la oración; reflexiona un poco y observarás que tal concepto procede de que tienes desarreglada tu vida y desorganizada tu piedad.

Tu corazón, en un solo año, ha dado 36.792.000 latidos.

---

[46] TIHAMER TÓTH: El joven creyente, cap. II, XVI, pág. 160.

¿Cuántos de ellos has dedicado a Dios?[47]

Cuando el 28 de marzo de 1939 la «radio» comunicó la toma de Madrid, me hallaba yo en Palencia. Inmediatamente me lancé a la calle en busca de detalles, y al salir por la puerta me encontré con una señora joven, que, radiante de júbilo, decía a sus amigas: «Me voy a las Reparadoras; es tan grande mi alegría, que necesito arrodillarme.»

Del lecho, aún caliente, de su madre muerta separaron a la hija. La muchacha se arrodilló, y, desentendiéndose de los que pretendían consolarla: «Dejadme —les dijo—; necesito rezar».

Fue en la Cruzada Nacional, en uno de los magníficos avances de nuestro Ejército por tierras de Teruel. Un soldado recogió las bombas de mano halladas en el cadáver de un miliciano rojo, que no había utilizado ninguna. En una de ellas, cuidadosamente vaciada, se encontró este documento, que encierra toda una lección:

«Unas letras en prueba de que soy amigo de los nacionales y estoy deseando que se haga la retirada para quedarme con mis hermanos.

Y tengo ofrecida al Señor una Comunión por cada día de guerra que llevo.

No me he pasado antes porque no martiricen a mis padres, que desde que ganaron las elecciones no les daban trabajo.

Y por eso me vine voluntario al frente, que no ha sido por mis ideas; pero ahora, si se enteran que me quedado, les harán sufrir mucho. Me quedo porque soy católico, apostólico y romano.

Tengo sed de confesar y comulgar, y tengo el alma limpia de todo pecado y todo crimen.

Día 15 de mayo de 1938. —Joaquín A...» (Ilegible)[48].

No creo que necesites más argumentos para rezar; pero para confirmarte en tus propósitos te ofrezco todavía un doble testimonio.

Dos grandes mujeres ha habido en nuestra patria, cuya memoria perpetúa la Historia y permanecerá indeleble mientras España exista: la una es Isabel de Castilla, la que fundió la España una y creó la Hispanidad. ¿Cómo se templó su espíritu para que fuese la mujer fuerte que con la misma mano firme cose las camisas de su marido, Don Fernando, mece las cunas de sus hijos y empuña el cetro de un Estado anárquico, convirtiéndole en el más grande del mundo?

[47] TIHAMER TOTH: Ob. cit., pág. 163.

[48] Documentos archivados por el capitán Caño

En su juventud se ve amenazada su virtud. WILLIAM THOMAS WALSH nos dice cómo triunfó: «Cada día pasaba mucho tiempo en oración, pidiendo a Dios que les guardase a ella y a don Alfonso, su hermano, libres de todo pecado; y especialmente invocaba en su ayuda a la Bienaventurada Virgen, a San Juan Evangelista y a Santiago Apóstol, el Patrono de Castilla[49]».

Siendo reina, su práctica de oración no sufrió mengua. En la guerra con Portugal terminaba todas sus arengas con una plegaria, y resumiendo su actuación en los días más duros y más definitivos, dice THOMAS: «Comía menos que nunca, y cada día rezaba más[50]». Así fue toda su vida.

La otra gran mujer española fue Teresa de Jesús, reformadora del Carmelo y escritora mística. Pocas mujeres habrán producido una revolución espiritual tan profunda como ésta, y acaso ninguna otra haya influido como ella en la posteridad.

Pues bien: TERESA DE JESÚS decía de sí misma que «ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos[51]».

A su padre le recomendaba la oración, porque le parecía «que en esta vida no podía haber mayor bien» que éste[52], y en *Las Moradas* comparaba al alma sin oración con el paralítico que no se puede mover[53].

IV.- Organización de las devociones.

Acaso la primera impresión que en algunas produzca mi afirmación sea la de una herejía, y, sin embargo, es verdad. En pocas cosas se pierde tanto el tiempo y se gastan inútilmente tantas energías y valores estimables como en rezar.

Tenemos obligación de rezar, y la oración es sumamente provechosa y útil cuando se hace bien; pero ¡son tantos los que rezan mal o con prolijos rezos chiquitos se apartan de la oración fructífera y principal!

Para que nuestro rezo nos resulte provechoso y de él saquemos todo el partido que debemos, creo conveniente tener en cuenta las siguientes normas:

---

[49] Isabel de España, primera edición española, pág. 47.
[50] Obra citada, pág. 158.
[51] Obras de Santa Teresa de Jesús, edición segunda, del P. Silverio de Santa Teresa, pág. 50.
[52] Idem, pág. 41.
[53] Idem, pág. 504.

1.ª *La obligación es antes que la devoción*. —De aquí la gente despreocupada y frívola ha querido deducir un argumento contra las prácticas religiosas, sin tener en cuenta que, si bien el cumplimiento del deber es anterior a las devociones no obligatorias, hay, sin embargo, prácticas religiosas que son una verdadera, positiva y concreta obligación para todo cristiano, como son la confesión y comunión anual, la misa de los días festivos, etc., y rezar.

¿También rezar? Sí; JESUCRISTO lo ha dicho: «*Vigilad y orad para que no entréis en tentación*[54]». «*Orad y orad constantemente*», añadía SAN PABLO[55].

Es de suponer que a cuantas esto leen no se necesita insistir en esta materia; pero sí hace falta inculcarlas bien que antes son las prácticas religiosas obligatorias que las de devoción, y que más vale oír misa un día de fiesta que hacer una costosa peregrinación a Tierra Santa, si la tal peregrinación supone no cumplir con el precepto dominical.

Preguntaba yo a un soldado andaluz: «¿Tú ya oyes Misa los domingos?» Y él, con la mayor ingenuidad, me contestó: «No, Pare; pero voy a la procezión en Zemana Zanta». Por más esfuerzo que hice para convencerle de que no pecaba no asistiendo a la procesión, pero que, en cambio, cometía un pecado mortal cada vez que omitía la Misa dominical, no lo logré.

Rebajando un poco, hay muchos devotos que proceden como este soldadito. No dejan por nada en el mundo la comunión de un primer viernes; pero un ligero catarro les sirve de disculpa para no oír la Misa de un domingo; son incapaces de comer carne el Miércoles de Ceniza, pero no les importa no ayunar en un día de precepto; no dan ni una sola puntada el día del Santo Patrono del lugar, pero no tienen inconveniente alguno en pasar el domingo siguiente entero cosiendo para recuperar el trabajo perdido.

Lo obligatorio es antes que lo de mera devoción, y de nada sirve oír Misa todos los días de la semana si no se oye los domingos; hacer los Primeros Viernes si no se cumple con Pascua.

2.ª *Lo secundario se ha de subordinar a lo principal*. —Lo habréis observado muchísimas veces. Un grupo de muchachas entra en la iglesia, y sin detenerse para nada a saludar al Santísimo, y acaso sin hacer la genuflexión al

[54] SAN MATEO, XXVI, 41

[55] Epístola I a los de Salónica, V, 7.

pasar ante el Sagrario, se van al altar de San Antonio, y allí, en actitud muy devota, tal vez con los brazos en cruz, se están haciendo su oración. Cuando ésta termina, se marchan sin más.

Otras, estando el Santísimo solemnemente expuesto, hacen el Via Crucis, poniéndose con la mayor naturalidad de espaldas al altar. Otras, durante una función religiosa, no tienen inconveniente en cruzar, taconeando fuertemente, toda la iglesia, hasta aproximarse al retablo donde está el Santo de su devoción. Otras hacen apresuradamente novenas y *novenicas* para todas y cada una de las necesidades que les afligen, que, como es natural, son muchas.

Más de una vez, al recomendar la meditación diaria, he recibido esta contestación: «Pero, Padre, si no tengo tiempo. Usted no sabe lo mucho que tengo que rezar». Y al preguntar qué rezos son ésos, he encontrado que consistían en Padrenuestros y novenas a todos los santos de la corte celestial.

Esto es perder el tiempo y apartarse de la verdadera piedad. En el mundo suele llamarse con desprecio beatas a las que frecuentan el templo; en el léxico sacristanesco, el nombre de beata, con tono sarcástico, se reserva para las que acabo de describir; en el Evangelio, la palabra beata tiene un significado más noble, y en materia de prácticas religiosas corresponde a las que, mediante una buena organización de la piedad, saben unirse con su Dios y saturarse de Él.

Si queremos obtener del Señor el remedio de nuestras necesidades, hemos de procurar pedírselo con una oración que le sea grata, y la oración más grata a Él es la que más contribuye a aumentar la gracia en nuestras almas y más nos estimula y empuja por el camino de la virtud. Esta no es, desde luego, la que se hace en montones de *devocioncicas*, como en serie, apresuradamente, para terminar pronto, maquinalmente...

Entre los indios existen máquinas de rezar, que consisten, con más o menos variantes, en cilindros giratorios, donde está escrita una oración. El devoto no tiene que molestarse sino en dar un empujoncito al cilindro, que comienza inmediatamente a dar vueltas. Cada una de éstas es un rezo.

Ridículo, ¿verdad? Supone una idea muy baja de Dios. Pues muchas jóvenes católicas, de devociones chiquitas, no son más que eso, máquinas de rezar, que pueden agradar a una falsa deidad india, pero jamás a nuestro verdadero Dios.

V.- ¿Qué oración es la mejor?

Ya no podía más; el constante huir con precipitación por caminos extraviados, con la zozobra de poder caer en manos de su hermano, le habían rendido. Buscó un sitio a propósito, escondido y menos incómodo, y se echó a dormir. Muy pronto sus párpados cargados se cerraron y el sueño se apoderó de él. Pero este sueño le resultó muy grato; en él vio una escala que, asentada sobre la tierra, llegaba hasta el cielo, y por ella subían y bajaban los ángeles.

Como la escala que vio Jacob en sueños, es la oración. Mediante ella nuestros corazones se elevan hasta Dios, y las mercedes de Dios descienden sobre la tierra.

Pero ¿cuál de las oraciones es la mejor? El Catecismo nos responde sin titubeos: «El Padrenuestro, porque lo dijo Jesucristo, por su boca, a petición de los Apóstoles». No hay duda; para el cristiano, la mejor oración es ésta, que se la enseñó su divino Maestro; pero el Padrenuestro está incluido en multitud de prácticas de devoción. ¿Cuál de ellas es la mejor?

La Santa Misa. Es la devoción básica en la primitiva Iglesia, cuando aún vivían los Apóstoles que del mismo Dios recibieron la doctrina de la verdad. A través de los tiempos, todos los Santos Padres, teólogos y maestros de vida espiritual la consideran como la primera y principal práctica religiosa; la oración litúrgica gira siempre en torno de ella.

¡La Santa Misa! No nos damos cuenta muchas veces de lo que es. ¡Cuántas peregrinaciones a Tierra Santa para visitar los sitios santificados con la Pasión y muerte del Señor! Para que estas peregrinaciones fuesen posibles, se luchó durante la Edad Media en aquellas gestas magníficas que se llamaron Cruzadas, y después se ha luchado constantemente en el terreno diplomático y, a veces, en el militar. ¡Tan grande es el empeño de los católicos en poder visitar las reliquias del augusto Sacrificio del Gólgota!

Pues bien: en la Misa se nos proporciona ocasión, no sólo de visitar las reliquias de aquel supremo Sacrificio, sino de reproducirlo.

La Misa es eso: la reproducción incruenta, mística, pero a la vez real, del Sacrificio divino del Calvario. Como Jesús fue inmolado en el altar de la Cruz, con esa misma realidad, pero de manera incruenta, es inmolado en la Santa Misa. No es ésa, sin embargo, una reproducción escénica de lo que allí sucedió, como algunos, con más imaginación que buen sentido, han pretendido; pero sí la reproducción esencial de aquella muerte trágica y gloriosa a la vez.

Como en el monte Calvario, la sangre de Jesús, derramada para la redención del mundo, al escurrir de las heridas, roció a los que al pie del sagrado madero se encontraban, así también ahora, en la Misa, es de nuevo derramada y cae sobre las almas de los fieles en lluvia benéfica y fertilizadora.

El sacrificio de la Misa es de un dramatismo imponente, que pasa inadvertido a la mayor parte de los fieles, porque asisten a ella, o en actitud pasiva, como uno de los muebles del templo, o preocupados en *devocioncillas*, que les embargan la atención, apartándosela de lo principal.

La mejor manera de oír Misa es seguir las oraciones y ceremonias con uno de esos misales para los fieles que, gracias a Dios, se están vulgarizando. Así es como mejor se unen los fieles con el sacerdote y participan más activamente en el Sacrificio divino; así es como se acostumbran a rezar, no con oraciones sensibleras y carentes de meollo, sino con las oraciones litúrgicas, serias, hermosas, de reciedumbre espiritual.

El complemento de la Misa es la *Comunión*. Jesús instituyó la Misa en orden a la Comunión. No sólo quiso quedarse con nosotros, sino que quiso alimentarnos. «*Yo soy el pan bajado del cielo; el que comiere de este pan no morirá jamás... Si no comiereis la Carne del Hijo del hombre y bebiereis su Sangre, no habrá vida en vosotros... Tomad y comed... Tomad y bebed*[56]».

Muchacha que esto lees: ¿quieres tener vida? Comulga. Estás precisamente en una edad crítica; lo habrás oído decir mil veces: a tu edad hay que alimentarse bien, pues de lo contrario se apoderará de ti la debilidad. Esto te lo dicen respecto a tu cuerpo, pero lo mismo ocurre con tu espíritu; si en esa edad crítica no lo alimentas bien, se debilitará y enfermará.

El alimento del alma hemos dicho que es la oración; pero el más rico, el más lleno de vitaminas, el más sustancioso, es la Comunión. En ella se te da no sólo toda clase de gracias sobrenaturales, sino al Autor de la gracia, Cristo Jesús.

¡Cuántas anémicas y tuberculosas del alma andan por esos mundos por no comulgar o no hacerlo con la frecuencia debida!

Todos los días alimentas tu cuerpo; alimenta también tu alma. Comulga diariamente, y si por justa causa, o por no sentirte con las debidas disposiciones, no lo haces con tanta frecuencia, hazlo al menos los domingos.

---

[56] SAN JUAN, VI, 50 y 54; SAN MATEO, XVI, 26 y 27.

Prepárate bien; no seas de las que de la calle van al comulgatorio. Cuanto más grande es el acto, tanto mayor debe ser la preparación. En la Comunión se nos entrega Jesús y llena nuestra alma de gracias; pero éstas son tanto más abundantes cuanto mayor es la disposición del espíritu.

Prepárate bien y acércate a la mesa eucarística con alma pura. En los tiempos que vivimos, de farsa y de mentira, abundan demasiado las que se acercan a Jesús pretendiendo engañarle, como lo hacen con el mundo. No se acuerdan de lo que dijo SAN PABLO: «*El que come o bebe indignamente la Eucaristía, come y bebe su propia condenación*[57]».

Prepárate bien, y la mejor preparación es la Santa Misa, oración y sacrificio a un tiempo. Jesús las instituyó unidas; en la intención de la Iglesia continúan unidas; unidas deben estar también en tu vida religiosa.

Una práctica te servirá para comulgar con devoción y evitar la rutina: *la meditación.*

La experiencia me ha demostrado que las personas de Comunión diaria que no meditan, o han sido inconstantes, o han caído en la rutina. De la misma manera, cuando no se practica la oración mental, la vocal degenera fácilmente en mecánica.

Tenemos cuerpo y alma, y ambos elementos hemos de emplear en la oración; pero, sobre todo, jamás hemos de omitir la actuación del espíritu, porque es la principal y la que da valor a la otra. Toda oración vocal debe participar de la mental.

VI.- Marta y María.

Durante sus permanencias en Jerusalén, en sus excursiones por Judea, Jesús acostumbra a frecuentar la casa de su amigo Lázaro.

En cuanto a ella llega, le salen a recibir las dos hermanas del propietario, Marta y María, que le hacen los honores y le agasajan.

Aquel día ha sucedido como de costumbre, y una vez que las dos han recibido a su huésped y a los acompañantes, Marta, habituada a su papel de ama de casa, les ha dejado con María y se ha retirado a preparar los aposentos y la comida.

---

[57] Epístola I a los de Corinto, XI, 29.

Deseosa de obsequiarles, no perdona detalle alguno. Se cansa; no llega a todo... Se acerca la hora de comer, y la cocina está atrasada. ¿Qué hace María que no le ayuda?

Sale a la sala donde se encuentra Jesús. Allí está María, sentada a los pies del Maestro, escuchándole con la boca abierta, embelesada, olvidada de todo cuanto le rodea. Pero, ¿qué hace allí? ¿Por qué no va a ayudarle?

—Maestro —dice Marta a Jesús, sin poder contenerse—, ¿por qué no te preocupas de que María no me deje sola en el trabajo? Dile que me ayude.

Jesús ha escuchado la querella de aquella mujer sencilla e ingenua, y con mansedumbre, pero a la vez con energía, le ha respondido, reprendiéndola:

—*Marta, Marta, andas demasiado solicita y te embarullas con muchas cosas; sin embargo, una sola es necesaria: María ha elegido la mejor parte, que jamás le será arrebatada*[58].

¡A cuántas muchachas que frecuentan la iglesia se les podrá repetir la frase de Jesús! Quieren servirle y se afanan con multitud de devociones chiquitas, sobrecargándose a veces de rezos, que acaban por resultarles muy pesados. Lo que les hace falta es postrarse a los pies del Maestro y escuchar de sus labios la doctrina de salvación.

Obsérvate a ti misma. ¡Qué frialdad en tus comuniones! ¡Qué indiferencia en tus rezos! Estás en la iglesia con una desgana espiritual enorme. ¿Qué haces tú para enfervorizarte? Nada. Al día siguiente repites las mismas devociones del día anterior, con idéntica rutina.

Un sermón, una lectura, un consejo del confesor te enfervoriza por el momento; leve lucecita de Bengala, que se apaga en seguida, El fervorín dura dos o tres días, y desaparece.

En tu vida moral te ocurre lo mismo. El espíritu del mundo te domina y te arrastra. Quieres ser buena, pero te dejas llevar. De cuando en cuando das un viraje y enderezas tu marcha por el camino del bien. Ha pasado una semana cuando todos los buenos propósitos se han esfumado, y tú continúas siendo una de tantas arrastradas por la corriente mundanal. ¿Por qué esta desorientación?

Desde luego, por falta de energía, de voluntad; pero también por falta de ideas fijas y de ese empujoncito diario hacia el bien que nos hace falta.

---

[58] SAN LUCAS, X, 37-42.

Ponte a los pies del Maestro, pídele que te hable. En sus palabras encontrarás luz, fuego e impulso. El Maestro te hablará por medio de la meditación.

¿Meditación? ¿Pero la meditación no es para las religiosas? Estás equivocada; la meditación hace falta a todo buen cristiano que quiere empaparse en el espíritu de Cristo y vivirlo en el mundo; San Francisco de Sales la recomendaba a las damas de la corte de Francia; Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola, a cuantos seglares se ponían a su alcance; San Francisco de Borja, a sus antiguos compañeros de aristocracia; yo te la recomiendo a ti: medita.

Ya sé que meditar te parece muy difícil, y, sin embargo, es mucho más sencillo de lo que a ti te parece. Cuántas veces, con las agujas de hacer punto en constante movimiento, tu imaginación va muy lejos de donde estás, y piensas y discurres, y trazas planes, y enderezas proyectos, y cambias normas seguidas con respecto a vestidos, a amigas, a diversiones... Pues bien; en el lugar de cualquiera de estas bagatelas pon una verdad evangélica, una escena de la vida de Jesús, y revuélvela en tu interior, como revuelves lo que te dijo aquel muchacho la otra tarde, o lo que sucedió en la reunión a que asististe; planea, resuélvete, trázate normas y... ya está la meditación. ¿Ves cómo no es tan difícil?

Medita, que la meditación sujetará tu imaginación y caldeará tu corazón para que comulgues con fervor.

Medita, que si meditas bien, poco a poco irás retocando los detalles de la vida y plasmando tu conducta en conformidad con el espíritu de Jesús.

La escena evangélica que encabeza este artículo nos da también otra lección. Marta necesita, para enmendarse, que Jesús ponga de relieve su falta. También nosotros necesitamos que ante nuestra conciencia aparezcan desnudos nuestros defectos, para que, conociéndolos, nos enmendemos de ellos.

En el rodar diario de la vida, envuelta en ocupaciones y preocupaciones, distraída con sueños e ilusiones, no te das cuenta de ciertos defectos que se van connaturalizando contigo y pasan para ti completamente inadvertidos. ¿Cómo te vas no aprecias su importancia? a corregir de ellos, si no sabes que los tienes o, por lo menos,

Se dice que un filósofo griego se hacía todas las noches estas tres preguntas: ¿Qué he hecho de bueno que puede contribuir a mi dicha y

perfección? ¿Qué he hecho de malo que no volveré a hacer jamás? ¿Qué he dejado de hacer que debería haber hecho?

Este filósofo pagano, guiado por la sola luz de la razón, creyó necesario para su perfeccionamiento el examen diario de su conciencia. Es que esta práctica nos la dicta nuestra misma inteligencia.

El comerciante que no hace diariamente la caja corre peligro de arruinarse; el enfermo que necesitando cuidados especiales no se observa diariamente (temperatura, etc.), con facilidad se agrava y muere, y el hombre que no examina frecuentemente su conciencia, es lo más probable que se vaya dejando arrastrar por sus pasiones y hábitos contraídos, cada vez más fuertes y arraigados, hasta el fondo del precipicio, perdiendo el negocio del alma, que es el más interesante de la vida.

Muchacha: todas las noches haz un alto en tu vida, y de rodillas, a la luz de Jesús, encárate con tu conciencia y pídele cuentas. Todos los días se la pides a tu criada, y juzgas que no es buena ama de casa la que no lo hace; pídesela también a tu alma, que puede dilapidar tus intereses espirituales más que tu sirvienta los materiales; pídesela, porque al fin de la jornada de esta vida se la pedirá el Señor y, si no la tiene preparada, se expone a que le condenen por malversación.

VII.- ¡Tu madre!

Doña Beatriz de Ahumada acaba de morir, y Teresa siente en toda su magnitud el vacío de su orfandad. Apartándose del resto de la familia, se ha encerrado en una habitación, donde da rienda suelta a su pena. Ella, la niña mimada, se siente sola, muy sola; ¡no tiene madre! En movimiento nervioso levanta su cabeza hacia lo alto, y sus ojos tropiezan con una imagen de María.

Teresa se va hacia Ella, cae de rodillas y, dejando escapar por los labios su alma acongojada, entre lágrimas y sollozos suplica a la Virgen que sea su Madre.

«Paréceme —escribe ella misma en su autobiografía— que, aunque se hizo con simpleza, me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella»[59].

[59] Obras de Santa Teresa de Jesús, edición segunda, del P. Silverio de Santa Teresa; Vida, cap. I, núm. 7.

Esta misma Virgen es también tu Madre. A ella te encomendó la otra madre, la de aquí, la de la tierra. ¿Te acuerdas?

Eras aún muy pequeña; apenas tus labios balbucían alguhas oraciones y tu inteligencia despertaba del letargo en que vino a la vida. Un día... —recuerda bien—, un bello día tu madre te tomó de la mano, te llevó al templo, te acercó a un altar, te hizo arrodillar junto a él, y, mostrándote una imagen de María, te dijo:

—Hija mía, ésa es tu Madre; es más madre que yo. Quiérela más que a mí, porque, queriéndote yo mucho, Ella te quiere aún más. Cuando yo no exista, cuando yo no esté a tu lado, cuando sufras, cuando estés preocupada, acude a Ella, y Ella probará que es tu Madre.

Eso te dijo; y tu madre no te pudo engañar. Tienes una Madre en el Cielo más eficaz que la de la tierra, que constantemente vela por ti.

La de aquí abajo muchas veces te ve sufrir, y no puede consolarte; desearía hacerte feliz, y se siente impotente para ello; te observa amenazada por un peligro, y nada puede hacer en tu ayuda. Tu Madre del Cielo es casi omnipotente, porque es a la vez Madre de Dios.

¡La Madre de Dios es mi Madre!, decía entusiasmado SAN ESTANISLAO DE KOSTKA; y ciertamente que es para entusiasmar esta verdad. Dios y yo tenemos la *misma Madre*. Luego somos hermanos; luego tengo asegurada su protección, luego no estoy solo, cuando me abruma la soledad; ni estoy desahuciado, cuando me ahoga la pena; ni he de desconfiar, cuando la empresa se muestre difícil. En medio del dolor, lacerada por la pena, desilusionada por el fracaso, abrumada por la desgracia, zarandeada por la tentación, caída en el camino de la vida, no desesperaré, levantaré mi frente a lo alto, llamaré a mi Madre y me arrojaré en sus brazos Nada ni nadie me podrá derribar; y si estoy caída, la mano maternal de mi Virgen me levantará. Tú, muchacha que esto lees, tienes una razón especial para vivir unida con María. La Virgen no es una diosa como las que fingió la gentilidad; es una mujer como tú, elevada a la categoría de Madre de Dios.

Dios quiso hacerse hombre y, para ello, tomar la naturaleza humana de una mujer. Esta mujer elegida por el Altísimo desde la eternidad es María, igual, enteramente igual a ti en naturaleza. La única diferencia que existe entre Ella y tú es que Ella, por razón de su destino, fue preservada del pecado original y llena de gracia desde el principio de su existencia; por lo demás, vivió como tú

y luchó como tú, sufrió como tú y estuvo sujeta a toda clase de miserias humanas, que no repugnaban con su plenitud de gracia.

Reflexiona: esa mujer trajo, como tú, a la vida el destino de la maternidad; pero no de una manera vaga; no en principio que puede no ser realizado; no de una maternidad corriente, no; desde el principio, sin comienzo, de la eternidad. Dios, en sus planes, la destinó a ser su propia Madre.

María, que está en la cumbre de la feminidad, está también en la cumbre de la maternidad; Ella es la Madre por antonomasia; la Madre con mayúscula; ¡¡la Madre!! Siempre que los hombres quieran honrar la maternidad, se verán precisados todos a arrodillarse ante la Virgen Madre, y la encontrarán tan grande, que tendrán que repetir la exclamación encomiástica de todas las generaciones: «*Más que tú, sólo Dios*».

Es la maternidad más pura; una aureola de santidad la nimba: no se da en ella la pequeñez humana de una unión corporal. Es Madre, pero a la vez Virgen; el Espíritu Santo descendió sobre Ella y la virtud del Altísimo la fecundó.

Es el único caso de Madre Virgen; sin dejar de ser virgen, fue madre, y después de su maternidad permaneció tan virgen como antes.

Muchacha que aspiras a ser madre: tu destino es el de María, aun cuando en su realización no se dé el mismo privilegio. Ella es Madre y Virgen; tú deberás ser virgen hasta el momento de ser madre, y desde ese momento, madre y casta. Siempre que pienses en el camino que ha de conducirte hacia la maternidad, piensa en la Madre Virgen; siempre que des un paso por él, hazlo con la cabeza erguida, el corazón levantado y los ojos puestos en María.

Toda mujer debe sentirse hija de María; tú más que nadie; la vas a imitar, aunque sin el privilegio sobrenatural, que a ti no te ha sido concedido, en lo que fue básico en Ella: en su maternidad. ¡Cómo tienes que trabajar para unirte y asemejarte a Ella!

Te saldrán al paso multitud de dificultades; habrá momentos en que la tentación se te muestre tan sugestiva, que te parecerá imposible resistir; entonces, precisamente entonces, acude a María, llama a tu Madre.

«En uno de los combates de la guerra mundial —cuenta TIRAMÉR TÓTH[60]—, luchando cuerpo a cuerpo los dos ejércitos enemigos, un soldado bávaro iba a clavar la bayoneta en el pecho de un oficial francés. Este le gritó

[60] El joven creyente, cap. II, XXVII, pág. 203,

en un mal alemán: "¡No matar! ¡Tengo madre!", y a estas palabras desfallecieron los brazos del soldado bávaro; no pudo matar al enemigo».

En la lucha con las dificultades de la vida, en la lucha con el mundo, con la carne, tú también tienes una Madre a quien invocar: María. Llámala en tu ayuda. Rézale, pero no por rutina, porque tienes costumbre, porque los otros rezan, sino con el corazón puesto en los labios y tu inteligencia abismada en su amor.

Rézale por la mañana, para que te bendiga en el nuevo día; por la noche, para darle gracias y que te acompañe en el sueño; durante la jornada, para que siempre esté protegiéndote, Rézale el Rosario, la devoción española, que probablemente la misma Virgen reveló al canónigo de Burgo de' Osma, Santo Domingo de Guzmán.

De todas las oraciones marianas, dice el Catecismo que la mejor es el Avemaría; y el Rosario no es otra cosa que la repetición de esta hermosa plegaria, engarzada por medio de los misterios en una corona de espirituales rosas (rosario).

Rézale y ten su imagen siempre ante los ojos, presidiendo tu habitación, ante tu tocador, en el cuartito de estar... Más aún: llévala siempre sobre ti, lleva el escapulario de María; mejor en tela que en medalla; pero de una de las dos maneras, llévalo. En los momentos difíciles, apriétalo contra tu corazón e invoca a tu Madre con esa plegaria, que, sin duda alguna, te es muy familiar:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen Sagrada María,
te ofrezco desde este día
alma, vida y corazón;
mírame con compasión,
no me dejes, Madre mía.

VIII.- El guía.

En la montaña próxima al pueblo en que esto escribo hay una gruta subterránea de gran profundidad, dividida en multitud de compartimientos que la convierten en verdadero laberinto. Muchas veces, en mi juventud, me he internado por aquellas galerías con sólo la ayuda de una cuerda, sin ir acompañado por un guía; y siempre el resultado ha sido el mismo: que he visitado menos departamentos que otros excursionistas guiados por un práctico.

Se cuenta que en una ocasión, uno de los excursionistas se separó de los demás y se internó en una galería cuajada de estalactitas. Cuando quiso unirse de nuevo a la comitiva, no supo. Vagó errante de sitio en sitio, metiéndose cada vez más adentro, sin conseguir dar con la salida. Cuando, después de mucho tiempo, los compañeros notaron su falta, fue en su busca un guía, que dio con él y le sacó al exterior.

Más difícil es caminar por la vida que por las galerías de una caverna subterránea. Tiene tantos cruces, tantos aspectos parecidos, tantos espejismos y tantos misterios, que sin un guía es muy fácil perderse.

Esta facilidad de extravío es mucho mayor en la Juventud, en que, por un lado, la avidez de saber lanza constantemente hacia lo desconocido, y, por otro, la falta de experiencia acrece los misterios.

Se necesita un guía; ¿quién? Los guías naturales de los hijos son los padres. Nadie les ama como ellos; ningún otro les puede observar tan de cerca y conocerlos mejor. Ellos han pasado por aquella misma etapa que a los hijos les toca ahora recorrer, y con una psicología muy parecida.

Sin embargo, en la práctica hay muchas cosas que les impiden ser guías completos de sus hijos. El cariño les ciega en multitud de ocasiones, impidiendo que sean observadores imparciales de una realidad que se les muestra velada; las ocupaciones de la lucha por la vida les absorben, robándoles el tiempo necesario para la educación; el alma de los hijos con frecuencia se les cierra y se les muestra arcánica.

Es una realidad triste, pero muy corriente. En la edad más difícil, de los catorce a los veinte años, la muchacha, desbordada fácilmente al exterior, fuera de casa, excesivamente comunicativa en la vida social, transparente para la amiga, se repliega en sí misma al entrar en el hogar, procura disimular sus sentimientos y ocultar sus pensamientos.

Este proceder es sumamente peligroso y hace necesaria, muy necesaria, la intervención de otro guía: el director espiritual, a quien esté patente el estado

del alma, y que en nombre de Dios, con bondad, pero a la vez con mano firme, la conduzca a través del laberinto de la vida, bordeando los peligros, salvando las dificultades y triunfando de las pruebas.

El director espiritual es el que, investido de la autoridad y de la gracia de Dios, pulsa el alma, la ausculta, la estudia detenidamente, aprecia con imparcialidad sus buenas cualidades y sus malas tendencias, sus virtudes y sus vicios, y luego va señalando las hierbas que hay que arrancar y las flores que hay que sembrar; las ramas que se han de podar y las que, por el contrario, se ha de procurar desarrollar; los caminos que se han de abandonar, los que se han de seguir y los que se han de enderezar; los desbordamientos que se han de frenar y encauzar para trocar el vicio en virtud...

Esto es muy difícil de realizar a solas, o bajo la influencia de una persona cualquiera; esta labor, en extremo delicada, ha de realizarla la persona constituida por Dios y que de Él ha recibido para ello especiales gracias: el sacerdote.

El sacerdote no es divino, ni un ángel, ni siquiera un superhombre; es un hombre de la misma naturaleza que los demás y con un complejo pasional parecido al de los otros; pero está escogido por Dios y por El constituido en su representante y revestido con su personalidad. En el ejercicio de su cargo es otro Cristo que comunica a los hombres la vida divina.

No es impecable. Puede apostatar como Judas, prevaricar como Pedro en el atrio del palacio pontifical, huir de su puesto como los otros Apóstoles en el huerto; pero, en general, en un porcentaje inmenso, lo verás más elevado, más virtuoso, más santo que el resto de los hombres, como nos presenta la Historia a los Apóstoles después de Pentecostés.

En el sacerdote no veas jamás al hombre; ve siempre al ministro de Dios. No mires su persona humana; mira su personalidad divina. No detengas tu atención jamás en él; levanta siempre tus ojos por encima de su cabeza y contempla por encima de él a Dios. Él no es más que el instrumento, el delegado, el ministro, y lo que interesa es el actor principal, el representado: Dios.

Si te sientes tan ruin que te empeñas en ver al hombre, su categoría moral y divina no te aprovechará lo más mínimo, y, en cambio, su condición humana te podrá ser perjudicial y la tuya a él. Si sabes mirar al cielo y buscar a Cristo, le encontrarás personificado en un hombre que para ti dejará de ser hombre para ser exclusivamente Cristo.

No tengas inconveniente alguno en manifestarle tus miserias; es Cristo, el médico divino que sanó tantas enfermedades y prodigó tantos consuelos e iluminó tantas inteligencias e incendió tantos corazones. Ahora también realiza todas esas obras, no personalmente, sino por medio del sacerdote.

Cuando tu alma esté turbada, cuando tengas dudas, cuando te encuentres agitada de sentimientos confusos, o desorientada, o deslumbrada, cuando te sientas incomprendida, cuando luches, cuando te amargue el desaliento o te abrume el fracaso, acude al sacerdote, desahógate con él, vuelca ante su ministerio tu corazón y verás erguirse inmediatamente ante ti al que dijo: «*Yo soy la luz... Yo soy el camino, la verdad y la vida*»[61].

IX.- Vacaciones del espíritu.

Todo trabajador anhela las vacaciones; es más, tiene necesidad de ellas. El trabajo manual, y sobre todo el intelectual, produce a la larga cansancio, desgaste, agotamiento, que es preciso reparar, suspendiendo la labor, poniéndose al margen de la vida ordinaria y entregándose al descanso. Si a esto se añade cambio de ambiente y de paisaje, la reparación de las energías gastadas es más rápida y más eficaz.

Lo mismo sucede con nuestra vida interior. En el constante rodar de los días de nuestra existencia, nuestra alma sostiene una continua lucha con las concupiscencias depositadas en los bajos fondos de nuestro ser y con las pasiones desatadas por el pecado original. Es aquella lucha que nos describe el Apóstol San Pablo[62], cuando nos pinta nuestro interior como un campo de batalla en el que riñen en cuerpo a cuerpo constante y sangriento la ley de la carne (pasiones, apetitos, concupiscencias y sugestiones del mundo exterior) y la ley del espíritu (la razón ayudada por la gracia).

En la lucha, muchas veces el alma sucumbe ante los asaltos de la ley de la carne, y cae; pero acude en su ayuda la ley del espíritu, y se levanta.

Estas oscilaciones entre caídas y elevaciones más o menos graves, más o menos pequeñas, constituyen la historia íntima del ser humano.

El desgaste que en todo esto sufre el espíritu es grande; se fatiga, se cansa, se agota. Necesita vacaciones; hacer un alto en la vida interior ordinaria,

[61] SAN JUAN, VIII, 12, y XIV, 6

[62] Epístola a los Romanos, VII, 23 y sigs.

colocándose al margen del ajetreo exterior, cambiando de ambiente espiritual, fuera de los motivos de lucha, en un plan en el que la ley de la carne no pueda turbar la tranquilidad, y, en cambio, la ley del espíritu influya con toda plenitud de su poder. Estas vacaciones del alma son los que llamamos *Ejercicios espirituales.*

Suelen hacerse de dos maneras: incompletos y completos. Los incompletos consisten en unos días de vida espiritual un poco más intensa que la ordinaria; por regla general, con dos meditaciones diarias, una por la mañana, antes de comenzar el trabajo, y otra por la tarde, al acabar las ocupaciones de la Jornada. Por lo demás, durante el día se sigue la vida corriente. Estos Ejercicios son muy poca cosa; no pueden llamarse vacaciones del alma; quedan reducidos a una especie de inyecciones del espíritu que alivian el cansancio y tonifican, pero no bastan.

Cuando no se puede más, cabe conformarse con ellos; pero cuando se dispone de tiempo, deben hacerse los completos.

Estos consisten en apartarse absolutamente de toda ocupación y preocupación; sumergirse en la soledad, sin más compañía que la de Dios; abismarse en la meditación de las verdades eternas y de la vida de Jesús; examinar la propia conducta y trazarse el plan para el porvenir.

Reformar, confirmar, promover, perfeccionar: he ahí en síntesis el fruto de los Ejercicios. En ellos el alma ahogada por el vértigo de la vida mundana se esponja, se desase de toda clase de lazos, se encara con las realidades del cielo y de la tierra y adquiere esa indiferencia que le capacita para poder discernir, juzgar y resolver objetivamente.

Cuando en la vida tengas que tomar resoluciones trascendentales, haz Ejercicios, y te irá bien.

Los debes hacer todos los años, que estas vacaciones interiores te son más necesarias que las exteriores. Con esta práctica conservarás el alma joven, remozada; llevarás la piedad bien organizada y articularás más fácilmente tu vida cristiana a través de las diversas situaciones y circunstancias que te corresponda vivir.

Hay muchachas que desaprovechan los Ejercicios, haciéndolos de *cumplimiento*, porque ahora están en boga o acaso por satisfacer su necesidad, pero sin quererse sacrificar ni aun molestar lo más mínimo. Tú no los hagas nunca así; hazlos bien, asistiendo a todos los actos con puntualidad; si te es

posible, permaneciendo durante ellos interna, y si esto no pudieres, con el mayor aislamiento y soledad.

Permíteme que te insista, porque tiene gran importancia: si puedes, hazlos interna.

X- Un abuso intolerable.

Las Cofradías y Asociaciones piadosas se multiplican en estos momentos de manera alarmante.

Mi alarma no procede del espíritu de esas organizaciones, no. Cuando la autoridad eclesiástica, que es la competente en el asunto, las permite, indudablemente tiene razón para ello y las juzga útiles al servicio y gloria de Dios.

Mi alarma procede del espíritu humano que a muchas personas piadosas informa en esta multiplicación exuberante.

Hay señoras o señoritas que no saben vivir la vida oscura del ejercicio de la piedad o del apostolado en una organización ya en marcha, y que la costumbre ha hecho mirar como cosa natural y corriente, y necesitan la aureola de fundadoras o impulsoras extraordinarias, y se lanzan a fundar, reorganizar o propagar entidades que, aun siendo de suyo buenas, en aquel lugar y circunstancias o no son necesarias o resultan poco oportunas y hasta son perjudiciales, porque se realiza allí el refrán: «que en ocasiones, lo mejor es enemigo de lo bueno», y si ya existían otras organizaciones que encauzaban bien la piedad, aun cuando la suya les parezca mucho mejor, resulta prácticamente que divide, disgrega energías y destruye sin necesidad lo que florecía y fructificaba.

En sus afanes de captación, estas personas urgen con machacona insistencia a todos los que juzgan piadosos, para que ingresen en su obra, que presentan como lo mejor, lo más santo y lo más del agrado de la autoridad eclesiástica, acogiéndose a las palabras de encomio de algún prelado, que les ha dado su bendición y concedido indulgencias sin suponer que con ello se va a comerciar humanamente.

Es más: para facilitar la entrada, se reducen todas las cargas de la Asociación al pago de un cuota de poca importancia, prescindiendo de las obligaciones espirituales; bastardeando en esta forma el espíritu de la entidad,

en la que lo primero y principal es lo espiritual, y lo secundario y accesorio lo económico, que, por tanto, siempre se ha de subordinar a lo otro, y de suprimir algo, debe ser lo primero en desaparecer.

Pero para estas personas lo primero es lo económico; porque en su concepto, lo principal es el novenario espectacular, con su altar de escenografía, la capilla musical brillante y el orador de campanillas con elocuencia de rompientes espumas y vaporosos celajes, entre los que parpadean las estrellas, voltejean las aves de armoniosos trinos y sueñan las flores sus idilios de perfume y belleza. Lo otro, el fomento de la verdadera piedad, la ilustración de la inteligencia con el conocimiento de las verdades religiosas, y el incendio del corazón con el fuego del amor reposado y sensato, o no les interesa, o se les pasa inadvertido.

Muchacha lectora, pertenece a pocas Asociaciones piadosas y cumple bien su reglamento. Antes de entrar en una organización cualquiera, estúdiala bien y después decídete.

Suele ser lo corriente que la invitada a dar su nombre en una entidad examine si podrá pagar la cuota o no. Tú no obres así; examina si podrás cumplir los deberes espirituales o no; si la obra te conviene para la formación de tu espíritu o te es indiferente. No te inscribas como asociada porque la sociedad está de moda o pertenece a ella la gente bien, tus amigas o personas cuya relación te conviene; ni por compromiso, porque se empeña doña X o doña Z. Los únicos móviles que en ti influyan deben ser el amor de Dios, la devoción a la Virgen o a un Santo determinado, el provecho de tu alma o el bien de la Iglesia.

Pertenecer a alguna Cofradía es muy conveniente, porque fomenta la piedad y ayuda a formar el espíritu. Pertenecer a muchas Cofradías es muy perjudicial, porque complica la vida de piedad en tal forma que crea deberes antagónicos y tan complejos que, no pudiéndolos cumplir, se habitúan los cofrades a serlo tan sólo de nombre; las Cofradías no influyen en absoluto o muy poco en su alma; la vida de la Asociación decae o resulta artificial, no se llenan sus fines, y. por lo tanto, se la hace inútil y sin razón de ser.

Tú necesitas una Cofradía hecha especialmente para chicas jóvenes, donde se os atienda a las de tu edad de manera particular, separadamente de las personas de otras edades, que tienen problemas distintos.

Muy a propósito para ti es la Congregación de Hijas de María. En ella se fomenta el amor y la imitación a la Virgen, cultivando de manera particular la virtud santa de la pureza, que tantos peligros corre en la edad juvenil, fogosa e inexperta.

Si en tu parroquia o, por lo menos, en tu localidad existe esta Asociación, te convendría ingresar en ella; pero para cumplir el reglamento, no tan sólo para poder llevar la cinta azul y asistir a las solemnes funciones.

Si no existe, pero hay alguna otra organización especial para las chicas jóvenes, pertenece a la que allí exista, sin pretender introducir nuevas. Si no existe ninguna, entonces es el caso de que las muchachas os organicéis por vuestro lado.

Otra entidad excelente bajo todos los aspectos, pero que exige selección, es la Asociación de las Jóvenes de Acción Católica. El fin que se propone es «formar a las jóvenes religiosa, moral y socialmente, preparándolas para la elección de estado, ejercitarlas en trabajos apostólicos propios de sus circunstancias[63]». Las que a ella pertenezcan han de ser «angélicamente puras, eucarísticamente piadosas y apostólicamente activas».

[63] Breve Catecismo de Acción Católica, núm. 36.

PUREZA

Capítulo cuarto

SUMARIO

I.- Dos páginas de la misma historia
II.- ¡Lucha!
III.- El mejor regalo de boda
IV.- Porque lo manda Dios.
V.- Una receta.
VI.- Lecturas.
VII.- Las amigas.
VIII.- Los amigos.

I.- Dos páginas de la misma historia.

CÉSAR CANTU, en su Historia Universal, al describirnos las costumbres degradantes de la corrompida Roma, nos ha legado una página que parece escrita en los tiempos modernos.

«La sencillez del pudor que se conserva por una ignorancia feliz, ¿cómo podía subsistir en Roma, donde los niños de uno y otro sexo iban juntos a las escuelas, donde se suspendían priapos —idolillos protectores del libertinaje — del cuello de las niñas; donde estaban adornadas la ciudad y las casas de figuras impúdicas y desnudas; donde se lavaban en los mismos baños, todos confundidos, jóvenes impúberes, ancianos, doncellas y matronas? No se temía poner en manos de los jóvenes los antiguos autores cómicos con sus impudentes obscenidades; asistía la madre con su hija a los indecentes bailes de las Lupercales, o a las danzas que las cortesanas celebraban en honor de Flora, así como también a los teatros donde representaban los mímicos la embriaguez de la prostitución y del adulterio y ostentaban las caricias lascivas de Dánae y Ariadna... ¿Qué pensamientos habían de acompañar a estos espectáculos? ¿Qué discursos hablan de seguirlos? ¿Qué actos habían de ser su resultado?[64]».

Si no supiéramos que César Cantú vivió en el siglo pasado, creeríamos que había pretendido describir las relajadas costumbres actuales, y si no me hubiese servido de una edición de 1854, hubiese sospechado que alguna mano moderna había interpolado el texto. Pero no cabe duda alguna, César Cantú nos ha transmitido la realidad de las costumbres degradantes que arruinaron el Imperio romano, y esta realidad coincide con la de nuestros días.

JACINTO BENAVENTE nos ha descrito con mano maestra a la muchacha moderna en su obra *De muy buena familia*, en Anita, la chica frívola y despreocupada que sostiene por teléfono una conversación nada versallesca y excesivamente familiar con un desconocido; que con el mismo baíla en el Palace sin preocuparse para nada de su personalidad; que proyecta excursiones en automóvil con unos amigos nada recomendables de su hermano; que critica al papá de sus amigas porque no deja a éstas volver a un baile muy elegante, pero donde tendrán que codearse con «unas que fueron de varietés y ahora hacen películas sonoras», amigas de sus amigos; y que, en expresión de su hermano

[64] CESAR CANTÚ: Historia Universal, edición J. Seix. Barcelona. Tomo III, pág. 210.

Enrique, procede con tanta despreocupación, «que más puede creerse que busca un amante que un marido[65]».

En estas dos descripciones realistas, la mujer actual y la romana coinciden, pero con una agravante respecto a la actual: que la romana era pagana y carecía de los auxilios de la verdadera religión; en cambio, la de ahora es cristiana y ha nacido y crecido iluminada por la luz salvadora de las doctrinas de Cristo.

«La plaga de nuestra época es la impureza», se ha visto precisado a declarar el eminente pedagogo moderno RENAULT, inspector general de Enseñanza, en Bélgica[66].

Las teorías utilitaristas que hoy dominan a impulsos de esa tendencia mercantilista que ha materializado la vida, han despertado en la humanidad y, sobre todo, en la juventud, una sed insaciable de placeres: gozar, siempre gozar, y como lo ya alcanzado hastía, se va avanzando cada vez más por el camino del placer, en busca de nuevas emociones y nuevas sensaciones; y se va adelante, de despreocupación en despreocupación, de desenvoltura en desenvoltura, de procacidad en procacidad, juzgando casi inocente lo que antes se creía pecaminoso, considerando como disculpable, y hasta natural, lo que en sí es verdaderamente criminal; como el ladrón, que a medida que avanza en la cantidad de su robo, se ríe de sus primeras raterias, que considera como cosa ingenua y disculpa sus desfalcos actuales con razones especiosas.

Así se ha avanzado en el desnudo del vestido, en la intimidad del trato con personas de otro sexo, en los espectáculos, en todo, y así hemos llegado a este ambiente de inmoralidad que se mastica en nuestra decadente sociedad, y del que no se reacciona a pesar de los castigos divinos.

En tocando la cuestión de placeres, parece que se pierde el criterio cristiano para dar lugar al espíritu del paganismo, y puede muy bien decirse que, a pesar de todos los adelantos materiales que nos han proporcionado la ciencia, la industria y el comercio, hemos retrocedido veinte siglos en la Historia, hasta colocarnos de nuevo en la Roma pagana; y hemos de tener en cuenta que lo que hace grandes a los pueblos no es el adelanto material, sino el espíritu, que supone costumbres puras basadas en principios religiosos sólidos.

---

[65] JACINTO BENAVENTE: *De muy buena familia*, comedia en tres actos y en prosa, estrenada en Madrid en 1931

[66] J. RENAULT: *Educación de la pureza*, pág. 17

Grande fue la cultura de Babilonia, Asiria y Egipto, que, no obstante su grandeza, cayeron arrastrados por la sensualidad. La sensualidad derribó a Grecia, la de los célebres artistas y eminentes filósofos, y la sensualidad arruinó el inmenso Imperio romano, cuya cultura material sobrepuja toda ponderación.

También la sensualidad está estragando nuestra caduca sociedad, que envejece agostada por el vicio[67].

II.- ¡Lucha!

Lo habrás pensado más de una vez y hasta acaso lo hayas oído a muchas personas: la sociedad moderna está tan envenenada de sensualidad, su ambiente es tan impuro, que resulta imposible no contaminarse; toda resistencia es inútil. La joven que atraviesa el dintel de la vida se encuentra ante este dilema: o apartarse de la sociedad, recluyéndose en el claustro o en una vida retirada y oscura, o lanzarse de cabeza al mundo y dejarse arrastrar de su corriente, que, naturalmente, es de impureza.

¿Verdad que así lo has pensado y lo has oído? Pues desecha tales pensamientos y rechaza a tan malos consejeros: ese razonamiento es un sofisma.

Desde luego, es cierto que la sociedad moderna está corrompida, y el ambiente que en ella se respira es de inmoralidad; pero no es cierto que no pueda resistirse a los halagos del libertinaje y no se pueda vivir pura en medio del ambiente impuro. Son muchas las personas que, en medio de la sensualidad imperante, se mantienen incontaminadas, practicando en diversos grados la virtud angélica. ¿Lo que otros pueden no has de poder tú?

La sensualidad reina en la vida social, pero esa sensualidad no es natural, no es la secuela necesaria de la evolución normal de la naturaleza humana, sino la corrupción producida por la degradación. En ella caen los degenerados y ruines, los que con la abulia y el egoísmo castran su espíritu para que no se perfeccione, y mutilan sus aspiraciones, para que no vuelen a lo alto; los que suicidan su alma, que yace cadáver dentro de un cuerpo a veces hermoso; y ese cuerpo, que puede ser bello, muy bello, digno de competir con la Venus de Milo o con el Apolo de Belvedere, convertido en el sepulcro de un alma impura, no

[67] En 1931, en un discurso pronunciado ante la segunda Comisión de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, decía M. Flandin, en aquel entonces ministro de Hacienda francés, que el afán de goces, impulsor del incremento de la inmortalidad, es causa de la crisis económica actual.

es otra cosa que un cuerpo animal que sólo discrepa de los irracionales en que éstos están al servicio de un instinto y aquéllos esclavizan un alma espiritual, poniéndola al servicio de un cuerpo de carne.

Por el contrario, la pureza es lo natural, es la resultante legítima de la influencia del alma en un cuerpo que, hecho carne, es el instrumento del espíritu. Es la virtud del alma; es la característica del ser racional creado por Dios, no exclusivamente para vegetar y sentir, sino también para pensar; no para que se revuelque por la tierra, sino para que se eleve hacia el cielo; no para que siga la orientación de los sentidos, sino para que los sentidos sigan las normas de la razón; no para que se imponga el señorío del cuerpo, sino para que brille con todo su esplendor el señorío del alma; y el esplendor de este señorío es la pureza, y cuando en alas de ella se eleva el hombre, se perfecciona y se asemeja a los ángeles, de los que no difiere sino en que su espíritu se halla aquí bajo lastrado de un cuerpo disciplinado y sumiso, del que aquéllos carecen.

Y como lo natural es la pureza y lo antinatural es la impureza, tú, muchacha reflexiva y consciente, tienes que luchar contra ésta y defender a todo trance aquélla.

Ármate con toda clase de armas espirituales y lucha con denuedo; ahí tienes el trofeo que te quieren arrebatar; defiéndelo.

Lucha sin desmayar, como lucharon las Inés y las Teresas, y muchas Inés y Teresas anónimas que pasean por las mismas calles que tú, llevando bajo sus trajes modernos un cuerpo puro y un alma blanca.

Lucha; que las que ante las dificultades del combate retroceden, son cobardes, y las que ante los halagos del enemigo ceden, son degeneradas.

Lucha y vencerás; porque Dios está interesado en tu lucha. Las dificultades son grandes; los enemigos, poderosos; tus fuerzas, flacas; pero el premio es muy rico, el tesoro que defiendes, sagrado, tus armas son terribles, y la ayuda interna que el cielo te presta, omnipotente. Lucha y vencerás, serás pura.

Observa cómo los mismos mundanos, que como gusanos se revuelven en medio de los montones putrefactos de la descomposición sensual de la sociedad, cuando levantan sus cabezas de la podre en que se ven sumidos, no pueden menos de alabar la pureza y concebirla como el más precioso ornamento que debe adornar a un ser racional.

Un botón de muestra: ROUSSEAU, que se hundió completamente en la inmoralidad, decía: «El joven que ha conservado hasta la edad de los veinte años su inocencia, es a dicha edad el más generoso, el mejor, el más amante y amable de los hombres[68]».

Pero levanta tu vista más arriba, levántala por encima de los hombres que se inclinan hacia la tierra y fíjala en Dios; no en Dios, en cuanto al eco de su voz va trayendo a la existencia a los seres, o en cuanto gobierna de manera misteriosa, pero admirable, el movimiento de los astros en los espacios y el movimiento de los hombres en la Historia, sino en cuanto que, hecho Hombre, se nos presenta como modelo a imitar, y, tomando de la masa pecadora un cuerpo de carne, va recorriendo con él el sendero de nuestra vida, lleno de baches de inmundicia, y pone sus pies junto a las charcas sucias y no se mancha; ni una sombra de impureza empaña la blancura impoluta de su alma santa y de su cuerpo virgen, fruto de la pureza de una Mujer Inmaculada.

Ese Dios-Hombre puro predicó la pureza, y en plena corrupción de una sociedad degradada, que había entronizado la deshonestidad en los altares de sus dioses, hizo brillar la doctrina austera de la virtud angelical. Y al conjuro de esta doctrina, en medio del ambiente general de impureza, floreció la pureza, y en aquella sociedad romana, donde tropezaban con gravísimas dificultades para hallar una docena de vestales que cubriesen las apariencias, surgieron millares y millares de hombres y mujeres de todas las razas y condiciones sociales, vírgenes los unos, y los otros puros en la juventud y castos en el matrimonio. Ahora yo te pregunto: ¿Es inútil resistir? ¿La inmoralidad actual ha llegado al extremo de la romana? Pues si entonces pudieron formarse mujeres puras, ahora también.

III.- El mejor regalo de boda.

Siendo la maternidad la misión que la mujer ha traído a la vida, según se ha dicho, hacia ella ha de enderezarse necesariamente toda la educación de la muchacha. Hay que prepararla para que sea una buena madre.

La maternidad exige pureza. Es ésta su virtud natural y necesaria. La virtud característica del militar es el valor; la del gobernante, la prudencia; la

[68] Citado por RENAULT en *La educación de la pureza*, pág. 110.

del juez, la imparcialidad; la del industrial, la laboriosidad...; la de la madre, la pureza.

Su cuerpo es un santuario en cuyo recinto sagrativo se realiza la obra humana de más importancia, la de mayor semejanza con la obra creadora de Dios: la producción de nuevos hombres. Que nada ni nadie profane ese santuario, que nada ni nadie amengüe los esplendores de la función cooperativa a la acción divina.

Entre los crímenes humanos, hay uno que causa en el ánimo de los más impíos, si no son degenerados, una impresión de horror que estigmatiza a sus autores para siempre. El que violenta las puertas de un templo para mancillar su interior, comete una falta que se califica de horrible sacrilegio; pero es mucho más espantoso el pecado del que, disponiendo del templo, abre sus puertas al violento asaltante para que lo profane. Para lavar la mancha de este sacrilegio no hay agua suficiente en los mares de la tierra; los hombres no lo pueden perdonar; sólo puede perdonarlo Dios.

Por eso la mujer que cae en la impureza queda deshonrada para siempre. Es el santuario profanado por la bestialidad humana,

La mujer impura es lo más triste y repulsivo de la vida social; nadie quiere tenerla por madre.

Todos concebimos a nuestra madre como el ser mejor de la sociedad, como una santa. Con qué satisfacción y con qué convencimiento dice todo buen hijo: ¡Mi madre era una santa!

Por el contrario, el insulto mayor que se puede hacer a un hombre, aun al más perverso y enviciado, es llamarle hijo de una mujer que perdió la pureza.

La madre tiene que ser pura, y la mujer que aspire a tal dignidad tiene que defender con esmero y cultivar con interés la pureza, que es la virtud maternal.

VICTOR HUGO, que tanta inmundicia había de verter sobre la literatura, escribía a su novia: «El deseo de hacerme digno de ti es lo que me vuelve severo con mis defectos. Todo te lo debo a ti, y me complazco en repetírtelo. Si constantemente me he preservado de los desbordamientos harto comunes entre los jóvenes de mi edad y que hallan fácil excusa en el mundo, no es que me hayan faltado ocasiones, sino que tu recuerdo me ha protegido siempre. Así que

por ti he conservado intactos mis únicos bienes que puedo ofrecerte, hoy por hoy: un cuerpo puro y un corazón virgen[69]».

¡Un cuerpo puro, un corazón virgen! Ahí tienes, muchacha, el tesoro más preciado que los jóvenes deben llevar al matrimonio. No importa que no puedan ofrecerse mutuamente belleza, riqueza, posición brillante; el mejor regalo de boda que los novios pueden hacerse es entregarse con el amor un cuerpo puro y un corazón virgen.

Pues prepárate para ello, y cuida mucho de no llegar al matrimonio, como es demasiado corriente, cresponadas las ilusiones por los fracasos de amores frívolos más o menos culpables, quebrado el pudor en los escollos de flirteos y diversiones peligrosas y manchada el alma y a veces también el cuerpo con salpicaduras de deshonestidad.

¡Un cuerpo puro, un corazón virgen! Tú no sabes lo que es esto. Es el mejor tesoro y la mejor garantía de fidelidad que los esposos pueden ofrecerse al jurarse para siempre amor.

IV.- Porque lo manda Dios.

Son muchas las razones de todos los órdenes que suelen alegarse para inducir a la juventud a la guarda de la pureza. Para ti, que eres cristiana, hay una razón suprema: *Tienes que ser pura porque lo manda Dios*.

No hay nada que influya en la conducta de un individuo humano como la persona amada; ni nada que mueva tanto a la razón en los momentos de indecisión como la autoridad de una persona de prestigio intelectual.

No hay nada que merezca tu amor como Dios, que te ha amado con amor infinito; ni hay prestigio alguno, ni autoridad intelectual superior a Él. Te habla, y por su sabiduría y santidad no puede ni engañarse ni engañarte. ¿Qué te dice?

En el documento más antiguo de la revelación escrita entregado a Moisés en lo alto del Sinaí, con su dedo omnipotente escribió este precepto categórico, que antes había impreso en los fundamentos básicos del ser humano: «*No fornicarás*».

En el Nuevo Testamento, el mismo Dios, convertido en modelo práctico de pureza, nos ha precisado más la Ley vieja. En el Monte Santo de las

[69] DR. GLANEUR D'EPIS: Ob. cit., pág. 177.

Bienaventuranzas, sus labios van desgranando una a una aquellas máximas sublimes, que, frente a las ideas erróneas entonces reinantes, restablecían la doctrina de la verdad. Una de ellas es ésta: «*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*».

Es muy verosímil que en esta limpieza de corazón estén incluidas también otras virtudes —así lo interpretaron los Santos Padres—; pero de lo que no hay duda es de que en esta frase se refería Jesús a la pureza. Para que no dudásemos, SAN PABLO nos lo aclara en su epístola a los de Éfeso: «La fornicación y toda clase de inmundicia o la avaricia, que ni se nombre entre vosotros... Entendedlo bien: que ningún fornicador, o inmundo, o avaro, tiene derecho a la herencia en el reino de Cristo[70]».

A los de Salónica les insiste: «*Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación; que os abstengáis la fornicación, de manera que cada uno sepa poseer el vaso de su cuerpo en santificación y honor…*[71]».

Este mismo Apóstol, exponiendo la doctrina de Jesús, nos dicta unas reflexiones en las que, sin duda, ya has reparado tú antes de ahora, y que vienen a confirmar lo expuesto en el artículo anterior[72].

Tu cuerpo, por la gracia recibida en el Bautismo y los demás Sacramentos, es el templo del Espíritu Santo; como tal, ha de ser tratado con todo respeto y decoro, de manera que siempre brille con los resplandores propios del sagrario del Altísimo.

Como habitación de un alma cristiana, es tesoro adquirido con la sangre preciosa de Dios. No se echan las perlas a los puercos; las joyas se guardan con cuidado y esmero. Conserva tu cuerpo puro como joyel de la diadema de gloria que la creación pone sobre la frente de Dios.

Para obtener esta pureza has de atender no solamente a las acciones externas, sino también a las internas. Es el mismo JESÚS el que lo ha dicho: *«Todo el que mirare a una mujer con deseo concupiscente, ha fornicado con ella en su corazón*[73]*»*.

Es que el interior del hombre constituye un mundillo real, donde en nuestro proceder hay advertencia y volición, que dan a nuestros pensamientos

---

[70] Epístola a los de Éfeso, V, 3-5.
[71] Epístola I a los de Salónica, IV. 3 y 4.
[72] Epístola I a los de Corinto, VI, 16-20.
[73] SAN MATEO, V, 28

y deseos categoría de verdaderos actos humanos con responsabilidad propia. Además, el acto interior es raíz de los exteriores, según la frase con que Cristo fustigó a los hipócritas fariseos: «*Lo que mancha al hombre no es lo que viene de fuera, sino lo que procede de la boca y del corazón...; y del corazón proceden malos pensamientos..., homicidios, adulterios, fornicaciones...*[74]».

Por eso tienes obligación, y obligación estrecha, de evitar cuanto pueda serte de cualquier manera ocasión de pecado, hasta tal extremo que «*si tu ojo derecho* —dice en lenguaje simbólico— *o tu pie derecho, te sirven de ocasión de pecado, has de arrancarlos y arrojarlos lejos de ti, porque más te vale entrar mutilado en el cielo que con un cuerpo perfecto ser sepultado en el infierno*[75]».

De ahí que SAN PABLO escriba: *«No os mezcléis con los fornicarios... Si el que se considera como hermano tuyo es fornicador, no te juntes con él a comer*[76]». Es decir: no tengas intimidad alguna con ese tal.

Tan importante considera el Apóstol esta materia, que a sus discípulos les exhorta con insistencia a que eduquen a las jovencitas, como a hermanas, en la castidad[77].

Conclusión práctica: Que has de ser pura.

¿Porque tendrás mejor salud?

¿Porque tendrás mayor prestigio?

¿Porque cumplirás mejor tu misión?

¿Porque contribuirás a la fortaleza de la Patria?

¡Porque lo manda Dios!

V.- Una receta.

Doña X estaba con todos los nervios de punta. En la población se había declarado, violenta, una epidemia gripal. Doña X acudió a su médico en consulta de lo que había de hacer para que su numerosa familia no se contaminase, y el doctor se había limitado a decirle, sonriente:

—Trabaje con todas sus fuerzas para que no contraigan la enfermedad.

—Pero, doctor, ¿qué es lo que he de hacer?

---

[74] SAN MATEO, XV, 11-20.
[75] SAN MATEO, V, 29 y 30.
[76] Epístola I a los de Corinto, V, 9 y 11.
[77] Epístolas I a Timoteo, V, 2, y a Tito, 4 y 5.

—Pues cuidarlos mucho.

—Pero, ¿cómo?

—Mucho cuidado, señora, mucho cuidado, que esta epidemia presenta mal cariz.

Doña X estaba enfadada, y con razón; casos como el suyo sólo se dan en la novela o en el sainete.

No quiero que digas que yo lo llevo a la realidad; por eso, después que te he aconsejado con insistencia que cuides de tu pureza, te voy a recetar:

1.° *Huye de las ocasiones*. —No te pongas en ellas sin verdadera necesidad. «*El que ama el peligro* —dice el Eclesiástico[78]—, *perecerá en él*»; y la experiencia de todas horas nos dicta que todo el que juega, con fuego, a la corta o a la larga, casi siempre a la corta, se quema; y los bailes, los «cines» inmorales, la promiscuidad y desnudez de las playas, la desaprensiva camaradería de la muchachada, las lecturas libres, los grabados pornográficos son fuego; no te quemes.

Corta radicalmente cuanto en ti produce excitaciones sensuales o sugerencias lascivas. Sé intransigente en esta materia, aun cuando te cueste sacrificios, aun cuando hayas de hacer podas dolorosas en tus afectos, aun cuando tengas que arrancar cosas tan íntimas como son, en el lenguaje simbólico del Evangelio, el ojo y la mano. Sujeta tu corazón cuando se te quiera escapar y mantenlo en su sitio, mientras tus labios repiten con fervor y fe la plegaria divina: «*No nos dejes caer en la tentación*».

2.° *En las ocasiones inevitables, convierte en remoto el peligro próximo*. —Te ocurrirá a veces que encontrarás el peligro en cosas que no está en tu mano evitar: en tu propia casa, en las amistades de tus familiares, que, aun queriendo tú, no puedes huir; en la oficina o taller en que trabajas en tu profesión. Renunciar a ella no te es posible. ¿Qué hacer? *Distánciate moralmente de lo que está junto a ti físicamente*. Procura estar prevenida a los atractivos de lo que para ti constituye tentación; prejuzga sus halagos.

Contrapón tu frialdad al fuego del que se muestre pasional; elévate con dignidad cristiana ante el que arrastre su ruindad; ni una sonrisa, ni una palabra cariñosa, ni un movimiento de afecto, ni una señal de beligerancia, aunque en ocasiones tengas que retorcer el corazón y sangrar con sangre del alma.

---

[78] Eclesiástico, III, 27.

Cortesía, educación, sí; confianza, intimidad, no.

Frente a frente el uno del otro, a un metro de distancia, abre entre los dos un abismo moral profundo, infranqueable; tú siempre más alta que él. Saltar una zanja, aun estrecha, de abajo arriba, no es posible.

3.° *Sobre todo, ármate con la oración.* —Te lo he dicho y te lo repito. Hay cosas tan trascendentales, que se precisa insistir en ellas constantemente. Sin piedad, difícilmente serás pura. Conocerás, sin duda alguna, quien, por su psicología fría o por el ambiente falto de peligros de que está rodeada, no reza, y se mantiene en pie. No la cambies de psicología o de ambiente; no la excites y pongas en peligro, que caerá.

En la confusión moral, inevitable, en toda guerra, que ha producido la nuestra, ¡cuántas chicas han caído! No rezaban, o sus rezos no eran de una verdadera piedad, y al tropezar con peligro... han caído. No caigas tú; reza.

Cuando vas a... —tú sabes dónde está el peligro—, y que no puedes dejar de ir, entra en la iglesia que encuentras a tu paso, y breve, brevísimamente, reza con fervor.

Cuando, sin poder evitarlo, tengas que ver o leer algo que no va bien con tu pureza..., recógete un minuto en tu interior y reza.

Cuando te sorprenda la tentación donde menos lo sospechabas, y menos preparada te encuentras, levanta con la velocidad del rayo tu mente a lo alto y reza intensamente un segundo.

Reza, que ésta es tu arma principal. La virtud es obra de la gracia, y la gracia se obtiene por la oración.

4.° *Apóyate en María*. —Ella es la Reina de la pureza. Nadie como Ella la ha practicado.

En todas las virtudes fue modelo; todas las poseyó, desde su Concepción sin mancha, en el grado más elevado, hasta poderse llamar la llena de gracia; pero entre todas una ha brillado con especiales fulgores, hasta sobreponerse en cierta manera a las demás: la pureza.

María es esencialmente la Pura, la Inmaculada; y su humildad es humildad pura, y su devoción de pureza, y su amor es amor casto y casta su prudencia, su fortaleza y su justicia, y pura y casta su belleza sin igual, pura y casta su sabiduría, pura y casta su maternidad, constituyendo el único caso de Madre Virgen.

En la pureza de tu Madre encontrarás la salvaguardia de tu pureza. Cúbrete con su manto azul. No apartando de Ella tus ojos, aun en medio del vértigo del mundo, se conservarán puros. Todos los días has de invocarla, todos los días has de pedirle que te sostenga pura.

5.° *Frecuenta los Sacramentos.* —La Penitencia no sólo perdona los pecados, sino que, al aumentarnos la gracia, nos fortifica, y al proporcionarnos un fiscalizador y consejero, nos hace más cautos.

¿No te ha pasado a ti que cuando, por pereza, has distanciado la confesión, te has hecho más ligera y de manga más ancha?

La Eucaristía alimenta nuestras almas con el Pan que engendra vírgenes, que es el mismo Dios de la pureza, o por mejor decir, la Pureza por esencia. Comulga con fervor, que una buena Comunión diviniza, y el que está divinizado necesariamente ha de ser puro.

6.° *Finalmente, ten confianza y sigue con fidelidad las orientaciones de tu director*.

Cuando el labrador poda el sarmiento inútil, la cepa llora, pero así es como únicamente da fruto. Cuando tu director poda tus afectos, tendencias, relaciones pecaminosas, tu corazón llora, pero así es como únicamente fructificarás en virtud.

VI.- Lecturas.

Allá por la lejanía del 1595, JUAN ESTEBAN escribía su Orden de bien casar y avisos a los casados, y entre otras advertencias hacía ésta: «La experiencia nos enseña, y los sabios escriben, que los hombres se hacen tales cuales los libros que leen». Otro clásico, HERNANDO ALONSO, precisó la misma idea en esta frase: «Las letras hacen las costumbres».

Estas palabras encierran una verdad axiomática. En nuestra vida ordinaria habremos podido observar en multitud de casos la transformación obrada en una persona por las lecturas. La mayor parte de las veces, oyendo hablar a un individuo, se sabe el periódico que lee.

La gota de agua que constantemente cae sobre la piedra acaba por horadarla; la lectura, a través del tiempo, va realizando la misma labor sobre la inteligencia, y acaba por influenciarla. Añádase a esto la falta de criterio que la inmensa mayoría tienen sobre la generalidad de las cosas que no son

estrictamente de su profesión, y aun a veces también sobre las que lo son, y se verá cómo la lectura arrastra completamente a los lectores.

Y si la lectura influye en las ideas, por lo mismo influye en las conductas. El hombre, como piensa obra. Si los pensamientos que le dominan son de pureza, pura será su conducta; pero si le absorben pensamientos de deshonestidad, no puede dudarse: obrará deshonestamente.

Siendo esto así, ¿cuáles son las lecturas a que más afición tienen las muchachas de nuestra sociedad?

Las novelas. Y lo malo es que a muchas de las novelas que andan en manos de nuestra juventud se les puede aplicar aquella frase de CERVANTES: «Que letras sin virtud son perlas en un muladar». Tienen como trama el vicio; como argumento, la pasión; están confeccionadas con retazos de adulterios, de aventuras pasionales, de intrigas sensuales, de evoluciones de amor libre.

Abundan, sobre todo, esas novelitas ligeras, carentes de todo valor literario, cuyo principal atractivo es la frivolidad, el constante rozar temas escabrosos o deslizarse por pendientes de picardía.

Su efecto principal es crear una ligereza y frivolidad de espíritu grande, estragar el gusto literario, exaltar la imaginación, excitar la sensibilidad y empujar hacia un mundo ideal que sólo existe en la literatura.

RENAULT opina que no conviene leer novelas antes de los veinticinco años, y que, aun así y todo, su lectura difícilmente será beneficiosa, mientras que es muy claro el perjuicio que puede causar[79].

El célebre novelista francés RENÉ BAZIN ha escrito: «El menor mal resultante para las almas demasiado jóvenes del estudio de las obras novelescas es la exasperación de la sensibilidad[80]». JORGE LEGRAND, comentando esta frase, decía: «Este mal menor es muy grave, porque crea y conserva, entre miles de hombres y mujeres —sobre todo en la juventud—, un estado anormal del alma, incompatible con la paz[81]».

Son muchos los casos de muchachas amargadas, de imaginación desbocada y nervios desatados, que no dan con su puesto en la vida, y que en ninguna postura se encuentra bien. Siempre están soñando y siempre criticando. Adoptan posiciones extrañas y tienen un punto de mira muy raro. Su

---

[79] J. RENAULT: *Educación de la pureza*, pág. 32.
[80] *Correspondant*, 15 marzo 1900.
[81] RENAULT: Ob. cit., pág. 219.

desorientación y sobreexcitación proceden, en gran parte, de una indigestión de, novelas.

La demasiada afición a las novelas está reñida con la vida de piedad, de la que aparta, llenando las cabezas de humo, de vanidad y de ideales inconscientes, opuestos a los que fomentan la piedad.

—Entonces —me preguntas—, ¿no podré leer novelas?

Te diré: Si no estás dispuesta a abstenerte, no hay inconveniente en que leas algunas, con tal que su lectura se ajuste a estas condiciones:

1. Que sea buena; es decir, que no fomente lo más mínimo la impureza; para lo cual has de tener en cuenta que no todas las novelas buenas han sido escritas para toda clase de personas, y que no todas las psicologías son iguales. Por tanto, antes de leerla debes enterarte si es a propósito para ti o no.

2. Que nunca dediques a la novela el tiempo que debieras invertir en otras ocupaciones, o en el sueño, o en el paseo conveniente, etc.

3. Que no te entregues a la lectura, dejándote absorber por ella y no acertando a separarte del libro hasta saber si la protagonista se casa o se muere.

4. Que no leas mucho, aunque seas desocupada.

5. Que te acuerdes siempre de que la novela es un sueño, y los sueños, sueños son.

Si a estas normas te sometes, conseguirás pasar el rato, conservándote inmune, que es a lo más que puede aspirar una lectora de novelas, que con esta afición jamás conseguirá instruirse, ni desde el punto de vista literario, ni moral; ni científico

VII.- Las amigas.

Hay algo que influye en el individuo humano aún más que las lecturas: las amistades. Un antiguo refrán reza: «Dime con quién andas y te diré quién eres», y una frase aún más vulgar expresa lo mismo diciendo: «El que anda con cojos, al año cojea».

Las lecturas influyen por las doctrinas que difunden, y las amistades mueven con la doctrina, el ejemplo y el afecto, que en la vida práctica es un motor más potente que todos los demás.

Tú necesitas amigas, eso es indudable. Tu mejor amiga —también es cierto— ha de ser tu madre; pero como, por la edad, ocupa en la vida un puesto

muy distinto del tuyo, a pesar de ella —no prescindiendo de ella—, necesitas otras amigas de tu edad, con tus mismos gustos, ilusiones e impetuosidades juveniles; que, como tú, tengan ganas de jugar y de reír.

Una buena amiga es un tesoro; y por eso mismo es difícil encontrarla. San Gregorio Nacianceno encontró un buen amigo en San Basilio, y era tal la intimidad que con él tenía, que llegó a decir que entre ellos sólo había un alma en dos cuerpos. San Agustín llamaba a su íntimo Alipio la mitad de su alma, y SAN FRANCISCO DE SALES[82], que cita éstos y otros ejemplos, recomienda que se tenga un buen amigo, porque esta amistad, además de ser necesaria, llega a constituir, en frase de SANTO TOMÁS DE AQUINO[83], una virtud.

Pero vuelve la hoja y verás lo que puede hacer una mala amiga. Ahí tienes a Teresa de Jesús. A los quince años se apodera de ella la fiebre de la tontería; se hace frívola, presumida, ligera y tontea con un primo suyo, con quien sostiene unas relaciones inocentes en el fondo, pero peligrosas y mantenidas a espaldas de su padre. ¿La causa? La lectura de las novelas de aquel entonces —libros de caballerías— y la amistad con una parienta suya.

Cuando su padre puso remedio al mal llevándola a un colegio, al arrepentirse de su proceder pensó lo que después consignó en su autobiografía: «Si yo hubiera de aconsejar a los padres, les diría que tuviesen gran cuenta con quién tratan sus hijos, ya que nuestro natural se va siempre a lo peor más bien que a lo mejor... Espántame el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer[84]».

Ten, pues, amigas, pero buenas; y entre ellas ten alguna que sea tu confidente, con quien desahogues los sentimientos de tu corazón. Una amiga de tu misma educación, de tu misma edad, de la misma manera de ver las cosas, de tus mismos gustos..., con identidad de espíritu.

Sobre todo, que sea buena, muy buena, pues de lo contrario puede ser tu perdición. Amiga buena es la que con su trato, conversación y convivencia lleva hacia Dios; y la mala, la que de cualquier manera aparta de Dios.

Ten cuidado, mucho cuidado, con tu intima. ¿Disgusta su trato a tu madre? Obedécele y déjala. Más fácil es que te equivoques tú que no tu madre.

---

[82] *Introducción a la vida devota*, parte 3.a, cap. 19.
[83] *Suma Teológica*, 2.a 2ae., q. 23, a. 3, ad. 1um.
[84] *Obras de Santa Teresa de Jesús*, edición citada; Vida, capitulo II, núms. 3 y 4.

Tu amiga ha de ser pura por los cuatro costados, rebosando virtud, sana, alegre y saltarina, en sus conversaciones, en sus miradas, vestidos y acciones, en sus aficiones y diversiones...

La muchacha aficionada a chistes de doble sentido o frases picarescas, a conversaciones que rozan lo impuro, aunque no lleguen a revolverlo, no es buena amiga. Como no lo es la aficionada a hablarte acerca del «misterio de la vida», con relación al cual tu única confidente debe ser tu madre; la que no sabe tener conversación si no es referente a los muchachos; la que inspira o fomenta en ti afectos y relaciones que, no sabes por qué, no te parece bien manifestar en público y envuelves en el misterio y tratas de ocultar en el secreto; la que, sin tener tú edad para ello, trata de aficionarte al trato de los muchachos y acaso hasta meterte por los ojos uno determinado; la que te encubre y apoya en tus relaciones con un chico a espaldas de tus padres; la que con su manera de ser o sus palabras, o de un modo cualquiera, hace que tú seas frívola, ligera, vanidosa, mundana, menos piadosa, o que en tu imaginación se desarrollen con más facilidad malos pensamientos, o en tu pecho se revuelvan deseos torpes...

Ten cuidado con la excesivamente mimosa, con la que siempre te alaba y aplaude, con la que te adula, con la que se muestra incapaz de darte un consejo, de advertirte un defecto, de reprenderte una falta, de sacrificarse por ti...

La amiga verdadera, la que te conviene, es la que comparte contigo tus alegrías y tus tristezas, tus ilusiones y tus desengaños; la que está a tu lado en los momentos de prosperidad y en las épocas de fracaso; la que en tus euforias de ilusión sabe frenarte y encauzarte, y en los desalientos hacer luz y sonreír esperanzas; la que es para ti desahogo y amplitud de alma; la que te aconseja bien, aunque no te guste, y te advierte el peligro, aunque tal advertencia te moleste; la que te corrige aun haciéndote llorar; la que con su actuación y consejos es para ti inspiración de virtud, aliento de nobleza, origen de alegría pura y de ilusiones castas.

La buena amiga es un ángel, y el ángel, en el arte, viste de blanco y tiene alas; tu amiga debe brillar por su blancura y mantenerse elevada. La que está salpicada por el lodo de la tierra, la que se arrastra por el suelo, no puede ser buena amiga.

No había en el montón más que una manzana podrida, y a los pocos días todo él era hervidero de gusanos. Se colocó al pajarito en la misma jaula del jilguero, y a los pocos días cantaba con primor.

Cuidado, mucho cuidado con las amigas

VIII.- Los amigos.

Si es delicado para una chica el problema de las amigas, lo es mucho más el de los amigos.

La experiencia me hace sostener la tesis de que una muchacha buena y que quiere conservarse pura, no debe tener amigos hasta tanto que su formación moral esté completa y su juventud se halle bien asentada. Proceder de otra manera es exponerse a graves peligros.

La adolescencia es una edad muy delicada, que exige cuidados especiales. Enfrentar un corazoncito femenino con otro u otros masculinos, cuando aún está desorientado y no tiene adquirido el freno de la sensatez e ignora aún multitud de realidades de la vida, cuando es un volcán en erupción y la ingenuidad le impulsa en reacciones casi automáticas, y sus íntimos pensamientos, muchas veces descabellados, se transparentan, y la impaciencia le arrastra y no hay prudencia para callar, para ocultar, para esperar..., es desequilibrarle, empujarle hacia el abismo o, como suele decirse en lenguaje vulgar, *ponerle una zancadilla*. Lo natural es que caiga.

Por eso yo he creído siempre, y cada vez me confirmo más, que la muchacha no debe alternar con chicos hasta tener alrededor de veinte años.

No es que señale matemáticamente esta edad, sino el estado moral que corresponde en general a ella, en que puede calcularse que a la chica *le haya entrado el juicio*.

Hasta llegar este momento debe abstenerse de alternar. Para su expansión y formación le bastan las amigas, los hermanos y familiares inmediatos.

Nadie me podrá demostrar que son más alegres, se divierten más y resultan mejor formadas las chicas que a los quince y dieciséis años alternan con chicos; en cambio, yo puedo asegurar que las que se han abstenido de ello hasta afianzar su juventud, se han conservado más puras, más modestas y más sensatas.

No he encontrado a ninguna señora mayor que se arrepintiese de no haber *chicoleado* en su adolescencia; pero sí he encontrado muchas muy satisfechas de no haberlo hecho.

Es más: las jovencitas que no se preocupan de los muchachos viven más alegres, disfrutan más y hasta gozan de más libertad, porque no se atan prematuramente con toda esa serie de convencionalismos sociales que sujetan, y a veces torturan —lo malo es que se van aflojando estas ligaduras—, a las chicas casaderas en sus relaciones con la muchachada.

—Entonces —me dirá alguna—, ¿qué deberé hacer yo si antes de los veinte años, poco más o menos, me gusta un chico?

Pues, sencillamente, decir a tu corazón que tenga paciencia, que no ha llegado la hora de poder amar, y que hay que esperar.

—¿Y si el chico no espera y mientras tanto se me va?

Pues bien ido sea. Lo más probable es que, aun cuando le hubieses hecho caso, y con él hubieses emprendido unas relaciones prematuras, éstas no hubiesen sido definitivas.

Los amores precoces, la mayor parte de las veces no son verdaderos amores, sino simples amoríos, chiquilladas, juegos de niños, llamaradas inconsistentes que se apagan al primer soplo. Lo peor es que dejan siempre quemaduras en el alma.

La muchacha que comienza demasiado pronto a alternar con los muchachos y a jugar a noviazgos, se gasta muy pronto, y a los veinte años se encuentra con una larga cadena de fracasos, muy *aviejada* con respecto a las demás de su edad y con el alma más o menos amargada por la desilusión. ¿Y el pudor? ¿Y la pureza?...

Las que han llegado ya a la edad competente pueden, sin inconveniente alguno, tener amigos, y si se han de casar, es natural que los tengan. Esto no obstante, es necesario adoptar ciertas precauciones y no conceder jamás a los amigos la misma beligerancia e intimidad que a las amigas.

Nunca una muchacha debe consentir a los muchachos que la traten como a una igual. Ella es siempre superior, y, por lo tanto, su trato exige que se le guarde toda clase de consideraciones y delicadezas.

Ciertas bromas, ciertos juegos de manos, apoyarse uno en otro, etc., podrán pasar entre muchachos solos o entre solas chicas; pero entre unas y otros, no.

La camaradería de la muchachada debe estar siempre regulada por los principios austeros de la moral cristiana, que no transige con nada que sea deshonesto, o que fomente la licencia y el libertinaje.

Si todo coqueteo es peligroso, el simultáneo con diversos amigos, convirtiendo la amistad en algo parecido al noviazgo, es sumamente reprobable.

Muy peligroso es también conceder trato de amistad a un desconocido, y una medida de prudencia, que toda amistad se desarrolle siempre de cara a los padres. Cuando se busca su espalda, cuando se anda a escondidas..., ¡por algo será!

¡¡¡PELIGRO!!!

Capítulo quinto

SUMARIO

I.- ¿De qué presumes?
II.- Brilló y se casó.
III.- Contra la virtud de vestir bien.
IV.- A los pies del ídolo.
V.- El lujo.
VI.- ¿Es pecado divertirse?
VII.- Diversiones ilícitas.
VIII.- El baile.
IX.- El cine.
X.- ¡Hay que mejorar la raza!
XI.- La playa.

I.- ¿De qué presumes?

LA soberbia, ese apetito desordenado de ser preferido a otros, que estremeció de maldad y dolor la cuna de la Humanidad y ha ensombrecido todas las páginas de la Historia, es, sin duda alguna, el peor y más funesto de los pecados capitales, toda vez que, como en el árbol del Paraíso, se enrosca en nuestro propio espíritu y se nos infiltra hasta en obras al parecer muy virtuosas.

Este vicio, que como un virus maléfico ha sido inoculado en la masa humana, reviste en la mujer especiales características, que solemos recoger con el nombre de vanidad o presunción femenina.

La mujer parece esencialmente vanidosa. Presume de todo; de su talento, de sus aptitudes, de su simpatía, hasta de sus desgracias e ineptitudes; pero sobre todo presume de su belleza.

Es todavía una niña pequeña; su inteligencia no ha acabado aún de despertarse y, sin embargo, presume de un bonito vestido, gusta contemplarse en un espejo y sonríe llena de regocijo si alguno pondera su hermosura. Es niña y ya presume; dejémosla que crezca, que con ella crecerá su vanidad, y al pisar a los quince años los umbrales del mundo y en la sociedad se le comience a dar una prematura beligerancia, buscará con afán los vestidos que mejor le sienten, combinará los colores que más la favorezcan, cuidará con esmero su cabello, malgastará un tiempo precioso, necesario para su educación, en componer su persona y en coqueteos, en los que tal vez, por desgracia, esté muy adelantada; y cuando ya llega a plena juventud, cuando es una rosa lozana llena de atractivos, abierta a las sonrisas de la vida, su ideal es brillar, deslumbrar, hacer conquistas, sobresalir entre las demás; y si las realidades de la vida le hacen descender a ocupaciones más prosaicas, por encima de los afanes y trabajos de la lucha por la vida, flotan siempre sus pensamientos idealistas de vanidad desmedida, que la arrastrarán a invertir horas robadas al descanso corporal, a la vida de familia o al cumplimiento del deber, primero ante un tocador convertido en laboratorio, y después en los devaneos del flirteo y de la diversión.

¿Eres tú, acaso, una de éstas? ¿De qué presumes? ¿De qué te muestras tan ufana?

¿Te ha acusado tu espejo una hermosura corporal que juzgas superior a las demás? ¿Te crees acaso un modelo de arte divino; que tu cuerpo es

escultural, que tu rostro atesora toda clase de gracias, que en tus ojos posees seducciones capaces de hacer caer rendidos ante ti a todos los hombres?

Suponte que así sea; que entre todas las mujeres no haya otra más bella que tú. Pero, dime: esa gracia, esa belleza, esos atractivos, ¿por qué los posees? ¿Podrá un lienzo alardear del arte que el pintor en él derrochó?

Esa belleza no es tuya; Dios te la dio para que fuese un reflejo de su belleza divina, y al contemplarte los hombres encontrasen en ti un medio de ir hacia Él; y tú, olvidada de Dios, te atribuyes esas bellas cualidades y las utilizas para atraer a los hombres hacia ti apartándoles de Él.

Contémplate una vez más en el espejo; contémplate largamente; admira tu belleza; admírala bien en todo su esplendor; no le mengües valor alguno; no te muestres tacaña contigo Dios! misma. Eres bella, muy bella, ¡cuántas gracias tienes que dar Dios!

Reflexiona... Esa belleza no existía hace veinte, treinta, cuarenta años, y dentro de otros veinte, treinta o cuarenta, ¿dónde estará?

Eres bella, pero tu belleza, con el correr de los tiempos, se irá ajando, se marchitará con la edad, se convertirá un día en un harapo humano, que se arrastrará dificultosamente por la vida, a la que en vano te esforzarás en asirte, porque, no obstante tus esfuerzos, se te irá escapando poco a poco.

Eres bella; pero indefectiblemente tu belleza irá a parar a una sepultura, y allí, cobijada por artístico mausoleo, o bajo leve montoncito de tierra, ese cuerpo que tanto admiras, de cuya belleza se hace lenguas tu espejo, se corromperá, y los gusanos, ministros de la destrucción, se cebarán en él.

Eres bella; pero, a pesar de tu belleza, te ves precisada a observar leyes de higiene que te revelan la miseria de ese cuerpo superficialmente tan bello.

¿Y de esa belleza tan efímera, flor delicada que tan fácilmente se marchita, te enorgulleces y ensoberbeces? ¿Y en esa belleza que tan presto pasa pones tu ilusión y de ella presumes? Muchas veces ni siquiera presumes de tu propia belleza. Es verdad que tu espejo, al fin y al cabo buen amigo, no te convence de fealdad; siempre encuentra en ti alguna gracia que te haga sonreír satisfecha; pero también te muestra la falta de algo que en otras has observado. Y en el laboratorio de tu tocador, a fuerza de maquillaje, entre brochazos de polvos y toques de lápiz, vas plasmando la belleza que quieres aparentar a costa de tu propia salud y de tu propia belleza, que, por menguada que sea, ajas

siempre con la belleza postiza. ¿Y entonces de qué presumes, si no presumes de artista en la pintura?

Esos figurines que se exhiben presuntuosos por las calles completamente maquillados, que más que personas auténticas parecen bocetos recién salidos del estudio de un pintor, me producen el efecto de esas fotografías de barraca de feria, en las que frente al objetivo de la máquina hay diversos telones con variadas figuras sin cabeza, tras de las que se colocan las personas que han de ser fotografiadas asomando por el hueco del lienzo sus rostros. En estos retratos sólo el rostro es auténtico, y lo demás, puro artificio, diferenciándose en eso de la mujer maquillada, cuya cara es precisamente lo más artificial.

Dime: ¿podrá alguno presumir de la figura con que aparezca en esos retratos de barraca? Pues tampoco de la belleza de tocador.

Tal vez el objeto principal del orgullo de una mujer no sea precisamente su belleza corporal, sino la espiritual, y alardee de un talento superior demostrado en estudios realizados con lucidez, en el desempeño de cargos difíciles o en su actuación oportuna en momentos azarosos; de aptitudes extraordinarias para el gobierno de la casa, de un alma de artista derramada en la pintura, en la música, en la poesía o en la estética del adorno; de un espíritu profundo de observación; de un olfato psicológico muy fino, de facilidad de palabra, de grandes conocimientos, de simpatía, de gracejo, de ese magnetismo que poseen algunas mujeres...

Pero esas facultades, esas bellas cualidades, ¿son algo originariamente suyo? ¿No lo ha recibido de Dios? ¿Pues de qué se gloría como si fuese algo propio? ¿Podrá el pobre mendigo vanagloriarse de la limosna recibida? ¿Podrá mostrarse orgulloso porque al implorar la caridad a la puerta del rico recibiera un hermoso traje y despreciar al que tan sólo consiguiera un remendado mandil?

II.- Brilló y se casó.

Es de noche —nos dice una fábula muy significativa—; la luciérnaga ha salido de su escondite; ahora, en medio de las tinieblas, brillarán sus fosforescencias. Le ha llegado la hora de lucirse, y muy satisfecha derrama sobre la oscuridad los tenues resplandores de su menguada lucecita.

¡Ah!, con ello ha llamado la atención de un sapo que entre la hierba se ocultaba, y que ahora, guiado por los resplandores, se acerca a ella y le arroja el mortífero veneno de su baba nauseabunda.

Mírala; apagada su luz, se retuerce entre las convulsiones de la agonía. Ha querido lucir, y su afán de brillo le ha acarreado la muerte.

¡Cuántas jóvenes tienen la misma triste historia de la desgraciada luciérnaga! Se han mirado en el espejo y se han encontrado bellas; que nunca hallaron mejor adulador que su propio espejo. Han querido lucir su belleza, y en su tocador, en largas horas perdidas a ciencia y paciencia de sus mamás, se han maquillado, han completado su toilette, y vestidas muy a la moda, llamativas e inmodestas, han salido a la calle, dispuestas a excitar la atención de cuantos se crucen con ellas. A su paso van levantando polvaredas de sensualidad, encendiendo en los ojos masculinos llamaradas de pasión. Las han contemplado esos sapos morales que tanto abundan en la sociedad, se han acercado a ellas, han iniciado un flirteo peligroso... y les han arrojado su mortífero veneno.

Helas ahí, retorciéndose entre lágrimas tardías, perdida su honra, y si esto no es tan frecuente —aunque, por desgracia, demasiado frecuente—, helas ahí llorando, junto al tálamo nupcial vacío, la viudedad del amor.

Brillaron, lucieron; pero su brillo les ha conducido a la desgracia, sus carcajadas estrepitosas se han convertido en llanto.

Tal vez sus amigas las envidien y comenten con admiración su boda ventajosa, su posición social mejorada, su hogar ricamente alhajado. Uno de tantos engaños del mundo. En ese hogar, donde abunda la plata y los muebles suntuosos, la destinada a ser su reina es una desgraciada que tiene que apelar a los afeites del tocador para ocultar la palidez de sus mejillas y el rojizo escozor del llanto.

Brilló y se casó, dicen sus amigas; pero ella, desgarrada su alma y enfermo su cuerpo, piensa que más le valiera no haber brillado y no haberse casado.

Estos matrimonios desgraciados abundan tanto como abundan esas mariposillas locuelas que sólo piensan en tender al sol las alas de su belleza y libar en todas las flores y revolotear en torno de todos los resplandores, hasta caer, abrasadas sus alas, quebradas sus ilusiones, marchita su hermosura y

aherrojadas con una cadena que aceptaron voluntariamente y ahora no pueden romper.

Si sus madres las hubiesen educado según el Evangelio, si se hubiese frenado su vanidad, si se hubiese puesto tope a su frivolidad y a su lujo, si se hubiese cuidado de encuadrar su *toilette* en el marco de la modestia cristiana, no hubiesen sido luciérnagas de una noche, ni mariposas de un mediodía; hubiesen sido blancas palomas que después de surcar en alegres giros la atmósfera pura del espacio azul, se hubiesen posado sobre un alto alero, siempre cara al cielo, para allí arrullar sus amores y poner su nido.

Mujer que comienzas a vivir, sé blanca paloma. Remonta tu vuelo y elévate sobre la tierra, que tu destino es el cielo. No contemples tanto en el espejo material la belleza de tu cuerpo; contempla en el espejo de la virtud la belleza de tu alma. La hermosura del cuerpo se acaba presto; la hermosura del alma permanece eternamente.

Remonta tu vuelo, muchacha, elévate; no camines al ras del suelo, como la luciérnaga; no vueles bajo entre las flores de la tierra, como la mariposa; eleva tu vuelo como la paloma; revolotea en torno del campanario del templo de tu Dios. No manches la blancura de tus alas con el légamo de la tierra; pósate en las alturas, donde puedas contemplar siempre el cielo, donde no llega la baba repugnante de los sapos humanos, donde sólo pueden llegar los que como tú tengan blancas alas, los que vuelen alto, los que giren en torno del campanario del templo de tu Dios, símbolo de tus creencias y de tu educación; los que sean dignos de compartir tu nido y llamar hijos a tus hijos.

Elévate sin miedo; no temas en tu elevación quedarte sola, que aun cuando así fuese, más vale la soledad que la mala compañía.

Elévate; que, si tú te elevas, indirectamente darás impulso a quien contemplando tu elevación y la blancura sencilla de tu bondad, sabrá sacudir el polvo del suelo y buscar en el trabajo y en la virtud alas para volar, y se elevará porque tú te has elevado, se mostrará digno de ti y te hará feliz.

III.- Contra la virtud de vestir bien.

Vestir bien no es ningún pecado; antes, por el contrario, es una virtud que toda persona cristiana debe practicar.

Vestir mal, con suciedad, con desidia, puede llegar a ser hasta un vicio. Por eso yo no repruebo que la mujer vista bien, sino que lo aplaudo. No he podido hallar un solo documento divino o eclesiástico que prohíba vestir bien Es más, las Sagradas Escrituras aprueban la distinción y elegancia de algunas mujeres, como Judit.

Vestir bien es una aspiración legítima y virtuosa; lo difícil es comprender en qué consiste. Como todas las virtudes, ha de mantenerse en el justo medio, y en el momento mismo que se aparta de él y se inclina a cualquiera de los dos extremos, deja de ser virtud para comenzar a ser vicio.

Contra la virtud de vestir bien puede pecarse por exceso de tres maneras, que, en general, suelen ir unidas: por poner en el vestido exagerado esmero, por deshonestidad y por lujo.

Cuando la mujer se convierte a sí misma en ídolo al que todo lo sacrifica, el uso del tiempo para su arreglo personal lo convierte en abuso. Todo cuanto se ordene a este fin le parece poco; horas enteras delante de un espejo, al que no dejará de su compañía, y lo llevará en el bolsillo, y lo encontrará en las cristaleras de escaparates y puertas. Elegir un vestido, combinar su forma, constituye un problema de capital importancia, que antepone muchas veces a sus estudios, a sus labores domésticas y obligaciones de oficina, taller, comercio...

¡Cuánto tiempo perdido inútilmente! Tiempo que debería haber sido aprovechado en el cumplimiento de las obligaciones propias y en las atenciones del hogar, donde hay unos padres y unos hermanos a quienes atender, donde ninguna labor se ha de considerar impropia de una mujer, por elevada que sea su posición social. Y si cumplido todo lo a ella pertinente aún le queda tiempo libre, éste no debe nunca malgastarse en los devaneos de la vanidad, mientras haya en la población, en su misma calle, tal vez en su casa, niños inocentes que carecen de enseñanza religiosa, porque no hay quien se la dé o les conduzca a quien pueda dársela.

¿Podrá acostarse tranquila de haber cumplido con sus deberes para con Dios y para con la sociedad la muchacha que ha empleado varias horas en su tocador, del que ha sido preciso arrancarle a fuerza de toques de atención y de reprensiones maternas, y no ha podido dedicar cinco minutos a enseñar el catecismo a los hijos de sus obreros y a los niños que en el mayor abandono espiritual juegan por el arroyo, a instruir en religión a las chicas de su servicio?

La justicia y la caridad obligan a la señorita a algo más que a alimentar y a dar el sueldo convenido a la servidumbre. La sirvienta no es una máquina de trabajo que atiende al mecanismo de la casa; tiene un alma espiritual regenerada por la sangre preciosa de Cristo, y a esa alma debe dedicar especiales cuidados la señorita.

De su misma edad, aproximadamente, pero mucho más instruida, puede llegarse con facilidad a ella, y, en vez de hacerla cómplice de sus devaneos, encauzándola con su mal ejemplo por rutas perniciosas que las —faltas de las señoritas producen otras mayores en las criadas—, debe constituirse en su maestra y protectora, fomentando en su espíritu la piedad, formándola en un conocimiento sólido de la religión, despertando en ella sentimientos delicados y sublimes.

Pero no hay tiempo para eso; la señorita lo necesita todo para el ornato de su persona. ¿Cómo ha de poder descender a estas ocupaciones, si para estrenar un vestido en un festejo mundano exige que la modista trabaje en día de fiesta y que otras muchachas ajen su juventud en un trasnocho impuesto por su capricho?

IV.- A los pies del ídolo.

El vestido, que nació en el Paraíso como fruto del pecado original, para salvaguarda de la castidad, la mujer lo ha convertido en instrumento de su vanidad y en arma para atacar a la misma pureza.

En su afán de exhibirse y brillar, ha llegado a perder su criterio cristiano, ha olvidado la doctrina de la Iglesia relativa a la modestia, y ha emprendido ese proceder insensato por el que ha venido, en frase de Pio XI, a hacer avergonzar a Cristo[85].

La mujer, a partir de los tiempos de Cristo, en que un grupo de santas mujeres, capitaneadas por María, rodeara continuamente su persona sagrada, ha constituido siempre en la Iglesia una selección de espiritualismo y piedad, y en el lenguaje litúrgico se le ha llamado el devoto sexo. Ella se ha distinguido a través de los tiempos por su adhesión inquebrantable a la jerarquía eclesiástica, por su celo santo respecto a la casa de Dios, a cuyo ornato ha contribuido tan

[85] Discurso a los predicadores cuaresmales en 1929.

eficazmente; por la práctica de las virtudes, sobre todo de la castidad, en la que la mujer católica ha brillado pura en la virginidad y casta en el matrimonio; por su sentido cristiano, que le ha llevado constantemente a lo que, según San Ignacio, constituye la norma del católico: sentir con la Iglesia. Sólo hay una cosa que la aleja de Cristo, que la separa del espíritu de la Iglesia, que la enrola en las filas de los enemigos de Dios: *la moda*.

La moda es la barrera contra la que se estrellan infructuosas las predicaciones de los sacerdotes, las exhortaciones de los Obispos, las palabras augustas del Vicario de Cristo en la tierra. ¿Es moda? Pues nada digan en contra los predicadores y moralistas; cállese el Papa y hable el modisto.

Pero es que esa moda es inmoral, y está vedada en el sexto mandamiento, y se opone al nono precepto de la Ley de Dios, y acarrea graves males, y origina grandes pecados, y arrastra al infierno a infinidad de almas.

No importa; ¿es moda? Pues hay que seguirla.

Es que esa moda es pagana y a las mujeres católicas les está prohibido el paganismo; es que Cristo se opone a esa moda, y Él ha dicho que no puede servirse a dos señores opuestos entre sí.

No importa; ¿ésa es la moda? Pues fuera Cristo y venga la moda.

¡Blasfemia horrible que un día resonara en el Pretorio Romano de Jerusalén, pronunciada por un pueblo insensato que, extraviado por sus dirigentes, prefería Barrabás a Cristo! ¿No es esa misma blasfemia la que profieren irreflexivas y ligeras las jóvenes católicas esclavas de la moda?

Al exhibirse en paseos, bares, etc., como figurines vivientes, escasas de ropa, marcando las formas que debieran permanecer ocultas, su desnudez anticristiana, sus exhibiciones inmorales, sus desenvolturas frívolas, pero muy *chic*, están diciendo con lenguaje mudo: fuera Cristo y venga la moda.

Los daños que de aquí se siguen son enormes. Por conservar la línea, las mismas que creen poder eximirse de la observancia de los ayunos, se sujetan a regímenes alimenticios durísimos; y por aparecer bellas, soportan molestias más torturadoras que las de un cilicio, por ellas calificado de inhumano, perjudicando a veces gravemente a su salud.

En el Congreso Antituberculoso celebrado en 1928 en Nueva York se presentaron unas curiosas y sensacionales estadísticas de los avances de esta enfermedad a impulsos de la moda femenina. Como víctimas principales, aparecían las jóvenes de dieciséis a veintiséis años, y el doctor Dearoholt

demostró que la causa principal era la desnudez con que los vestidos modernos dejan al cuerpo sin la necesaria protección contra las inclemencias atmosféricas[86].

Si el daño se redujese tan sólo al cuerpo, aún sería tolerable; lo peor es que redunda en el alma.

La moda deshonesta mata en la mujer el pudor; ese bello sentimiento que le obliga a ruborizarse cuando ante ella aparece algo que puede empañar la blancura de su alma; que impone el respeto al hombre, que con el pudor ve acrecida la dignidad de la mujer, más débil que él en cuanto al cuerpo, pero más fuerte con la fortaleza de la virtud; le mantiene a raya y le refrena cuando la pasión quiere desbordarse; y se la presenta como un ser superior, ante el que hay que descubrirse, cederle el paso, y si se pretende conquistarla, rendirse ante ella como vasallo por el amor, porque ella es reina por la virtud.

Pero cuando la mujer, mal cubierta por un ligero vestido, que más que realzar el arte de las formas corporales las hace provocativas, y acostumbrada a la frivolidad y a la desenvoltura, no sabe concebir lo que es el pudor cristiano, y se ríe cuando alguna se ruboriza ante lo grosero e inmoral, entonces su apreciación se cotiza muy baja en el criterio del hombre, que no ve en ella nada que le frene, si no son los convencionalismos sociales, tan fáciles de burlar, y la considera como un bello juguete que hoy se coge porque divierte y mañana se deja porque causa fastidio.

El vestido deshonesto es la ruina de la moral pública. Cubierta con él, la mujer se constituye en sacerdotisa del culto de la carne, y a su paso por la calle va encendiendo en los que la admiran la llama de la sensualidad, desatando las repugnantes pasiones que bullen en los más bajos fondos de lo humano, despertando pensamientos impuros, excitando deseos deshonestos y lanzando a muchos por la pendiente de la impureza, por la que se precipitan rápidamente en el sucio abismo de la vida de reptil.

Reflexiona, mujer. CRISTO ha dicho: «*En el mundo siempre habrá escándalos; pero desgraciado del que escandalice*[87]»; y tú, con tus vestidos, eres ocasión de escándalos.

CRISTO ha dicho: «*No imitéis a los fariseos hipócritas; todo lo hacen por ser vistos de los hombres; ensanchan las cintas de sus filacterias y*

---

[86] REMIGIO PAPIOL: *La joven cristiana en la escuela de Santa Teresita del Niño Jesús*, parte II, cap. 3.0

[87] SAN MATEO, XVIII, 7,

enriquecen las orlas de sus mantos»[88]; y vosotras, seguidoras de las imposiciones de la moda, os constituís discípulas de los fariseos, y no buscáis sino agradar a los hombres.

Cristo nos ha legado su doctrina acerca del vestido femenino en los escritos de los Apóstoles. SAN PEDRO, primer Papa de la Iglesia, escribía en su primera epístola[89]: «*No con el cabello rizado, ni con atavíos de oro, ni con vestidos fastuosos, sino con un corazón adornado de virtudes, agradarán a Dios*». «*Quiero,* decía SAN PABLO a su discípulo Timoteo, *que las mujeres vistan honestamente, con pudor y sobriedad, adornándose, no con cabellos rizados, ni con oro, perlas o vestidos suntuosos, sino con buenas obras, como conviene a mujeres que profesan piedad*[90]».

En el siglo actual, la voz de Cristo ha resonado continuamente flagelando lo moda inmoral por medio de su Vicario en la tierra, el Pontífice Romano: «*No podemos menos de lamentar bastante*, decía Benedicto XV, *la ceguera de tantas mujeres de toda edad y condición que, infatuadas por el afán de agradar, no ven que con la locura de sus vestidos no sólo desagradan a las personas decentes, sino que ofenden a Dios*[91]».

El lenguaje de Pío XI es aún más enérgico: «*La indecencia en el vestir es una verdadera vergüenza para la dignidad, no sólo cristiana, sino aun humana, y, sin embargo, hay mujeres que pretenden concordarla con la profesión de fe cristiana. He aquí una lamentable inconsecuencia, por la que los cuerpos cristianos se convierten en cuerpos de meretrices, como decía SAN PABLO*[92]».

Pio XII hace un llamamiento a la conciencia de la mujer y dice: «*Si algunas cristianas sospechasen las caídas y las tentaciones que causan en otros con los vestidos, se espantarían de su responsabilidad*[93]».

V.- El lujo.

El tercer modo de pecar contra la virtud de vestir bien es el lujo.

---

[88] SAN MATEO, XXIII, 3 y 5.
[89] Primera epístola de San Pedro, III, 2-4.
[90] Epístola primera a Timoteo, II, 9 y 10.
[91] Encíclica con motivo del VII centenario de la fundación de la V. O. T. Franciscana, 6 de enero de 1921.
[92] Discurso a los predicadores cuaresmales y párrocos de Roma en 1926.
[93] Discurso a las jóvenes de la Acción Católica Italiana, el 22 de mayo de 1941.

Por desgracia, se ha apoderado de todos el afán de aparecer cada uno más de lo que es, y este afán, llevado al vestido, ha venido a agudizar el ya grave mal causado por la moda.

Hoy, muchas veces, si nos fijamos tan sólo en los vestidos, nos será muy difícil poder distinguir las clases sociales. Se ha democratizado el vestido, y las jóvenes de todas las posiciones usan los mismos figurines, las mismas formas, los mismos adornos y muchas veces las mismas telas. La obrera quiere vestir como la hija del propietario; la muchacha de servicio, como su señorita; la dependienta, como la empresaria; la de la clase media, como las aristócratas de la sangre y del dinero; éstas rivalizan entre sí para desplegar más lujo, y las de todas las categorías sociales sueñan con el fausto de relumbrón, con el boato de oropel de las artistas de la pantalla.

¿Qué sucede? Que para sostener un lujo superior a las posibilidades económicas de la familia se sacrifica la alimentación, las interioridades domésticas, lo que no se ve; se adquieren deudas humillantes, y como aun así y todo no se llega al derroche que supone vestir siempre a la última, se acude a veces a medios innobles e inconfesables, en los que el sexto y el séptimo precepto de la ley de Dios salen malparados.

Cuántas veces, al revolver el légamo acumulado de una vida rota, se viene, como punto de partida, al lujo en el vestido femenino; cuántas veces, al investigar la causa de la quiebra de un negocio, de la ruina de una empresa, se encuentra no ser otra, en su origen, que el lujo desbordado de una mujer; cuántas veces la anarquía de un hogar convertido en un infierno ha comenzado por la frivolidad de la que debió ser reina de él y no fue sino esclava de la moda.

Y no creas que encuentro reprobable el lujo solamente en aquellas que, con él, sobrepasan su posición económica; lo encuentro también reprensible en las que nadan en la abundancia y disfrutan de rentas e ingresos superiores a sus gastos.

En éstas me parece legítimo cierto lujo moderado, que fomenta las artes suntuarias, pone en la vida la nota de lo grandioso y aumenta el número de industrias, aumentando a la par el número de obreros que en ellas encuentran medios de subvenir a las necesidades de la vida.

Admito en los ricos este lujo moderado, siempre que se mantenga dentro de los límites de la justicia, no se oponga a la caridad y no dé pie a la inmoralidad. Lo que no puede admitirse en estos tiempos modernos, en que el

problema del pauperismo se ha agudizado por la horrible crisis económica por que atraviesa el mundo, que una muchacha se gaste en un perfume, que se ha de consumir en una fiesta, una buena cantidad de dinero, y en prendas secundarias y de las de menos duración unos centenares de pesetas, mientras haya obreros sin pan para sus hijos, niños hambrientos y chamizos infectos.

¿Te parece bien que en un vestido o en un abrigo, que no te hace falta, porque tienes otros, derroches una fortuna —lo que podría constituir una fortuna para un pobre—, y mientras la Iglesia, tu madre, no pueda desarrollar dignamente el culto divino por falta de templos destrozados en la guerra, de ornamentos desaparecidos, de vasos sagrados, de los que ha sido despojada, ni pueda tampoco atender a las obras sociales y benéficas, por carecer de tu cooperación?

Suelen quejarse algunas señoras y señoritas de que la Iglesia está siempre pidiendo para sus diversas organizaciones y no es posible atenderla. Yo aconsejo a las que de esto se quejan que apunten las cantidades dadas a obras religiosas, sociales o benéficas, y, por otro lado, las invertidas en un vestido y arreglo personal; que sumen ambas columnas y comparen. Me explico que, al contemplar estas dos sumas, el que no es cristiano se sienta comunista.

Según los periódicos ingleses, en 1933, en Londres gastaron las mujeres para embellecerse cien millones de libras esterlinas. Solamente el lápiz rojo para los labios vendido en la capital del Imperio británico en este año sumaba cuarenta kilómetros de largo[94].

Medita un poco: cien millones de libras malgastados en la misma población en la que había, según datos fidedignos, cuatrocientos cincuenta mil obreros parados que no tenían qué comer[95].

Otro dato: en Estados Unidos gastan las mujeres en cosméticos treinta millones de dólares diarios. Por término medio, cada mujer gasta en afeites el triple de lo que ha de gastar para la comida[96].

¿Te parece que en esto hay equilibrio, orden y equidad?

VI.- ¿Es pecado divertirse?

[94] *El Debate*, 10 de enero de 1934
[95] LEÓN DE PONCINS: *Tempête sur le monde*, pág. 46.
[96] TIHAMÉR TÓTH: *Cristo Rey*, cap. XIV, pág. 156.

Hay en la moral cristiana conceptos que, no obstante ser elementales y encontrarse expuestos con claridad meridiana en las páginas del Evangelio, en los documentos de la jerarquía eclesiástica y en los escritos de teólogos y moralistas, el mundo ha conseguido derramar sobre ellos tal cúmulo de tinieblas, que aún muchos católicos, que de tales alardean y como tales desean vivir y sentir, no saben qué opinar. Uno de estos conceptos es la moralidad en las diversiones. ¿Es pecado divertirse?

De las diversas contestaciones erróneas que a esta pregunta se dan, resultan muchas veces conductas también erróneas, pecaminosas y semilleros de pecados.

De suyo, la diversión no es pecado, ni puede serlo, puesto que es la consecuencia de nuestra naturaleza.

Dios ha colocado en nuestro pecho un corazón que, por natural impulso, se lanza hacia lo bueno, y, cuando lo ha alcanzado, experimenta una sensación más o menos intensa, según la atracción y percepción de lo bueno, que se llama alegría; y como por naturaleza es social, tiende a manifestar a los demás esta alegría, a hacerles partícipes de ella, a enlazar la suya con la de los otros, a aumentarla en mutuo influjo, y así surge la diversión.

Esta tendencia natural hacia la diversión es más fuerte en la juventud. En ella la alegría es más fácil y más intensa. Aún la ambición no ha revuelto los sedimentos que en los bajos fondos de su ser depositara el pecado original; aún la malicia del vivir no ha manchado sus almas blancas o, por lo menos, no ha llegado muy adentro en sus salpicaduras; aún los dobleces del corazón humano no se han hecho patentes a sus ojos inexpertos; aún las preocupaciones de la existencia no han contraído sus frentes tersas; aún los abrojos del sendero no han jironado su sensibilidad... El horizonte se muestra sonriente; la vida aparece con claridades de aurora, flores de ilusiones, luces de ideales, brisas de amores...

La alegría del vivir embriaga su espíritu, el optimismo resplandece en sus pensamientos y construye planes, la sonrisa cabrillea en sus labios, ávida de desatarse en carcajadas; la plétora de vida electriza sus miembros en sacudidas nerviosas; lo que supone regocijo les atrae; la alegría de los demás es un imán para la suya, y la suya para la de los demás; la diversión es un abrazo de estas alegrías, su explosión, su desarrollo.

Necesitan los jóvenes divertirse, y si la naturaleza no es un absurdo, que redundaría en defecto de su Autor, de suyo la diversión no es pecado.

¿Cómo ha de serlo, si en el Evangelio se nos presenta Jesús sentándose a la mesa de sus amigos, que le agasajan con banquetes, y asistiendo en Caná de Galilea a los festejos de una boda, en los que él mismo, a instancia de María, su Madre, les proporciona milagrosamente el vino?

Cuando, con bellísimas pinceladas, en sus magníficas parábolas, quiso dibujarnos su misericordia infinita, nos describió la figura del Buen Pastor, que, encontrada la oveja perdida, convida a sus amigos; la del padre, que, al regreso del hijo pródigo, celebra un espléndido banquete, en el que no faltan las músicas y las danzas

La Iglesia, consecuente con las doctrinas de su fundador, que son las suyas propias, no es partidaria, como algunos han supuesto, de una religiosidad tétrica y melancólica, rodeada de amenazas y preñada de castigos, no; la Iglesia es partidaria de la alegría y de la sana diversión.

¿No eran antiguamente las Cofradías las que, en las fiestas de sus Patronos, organizaban, a la par de los actos de culto, festejos profanos? Fuegos artificiales, pasacalles, jiras campestres, capeas, toros, figuraron en los presupuestos de muchas Cofradías. Algunas hasta organizaron bailes públicos; claro que bailes esencialmente distintos de los de ahora; los bailes clásicos, regionales, inocentes o, por lo menos, mucho menos maliciosos que los modernos: y, sobre todo, con menos peligro para la pureza; bailes que no tenían inconveniente en ser presididos por el cura entre las autoridades, y que se verificaban en la plaza pública, a la luz del día y con respetuosa separación.

Y las romerías, hoy tan profanadas, ¿no fueron en su origen esencialmente religiosas?

¿No celebraban muchas organizaciones de carácter piadoso un banquete anual, a cuyos postres tenían verdaderas juntas, de las que se levantaba acta?

El teatro español, ¿no tiene su cuna en los autos sacramentales, cuyo primer escenario fueron los presbiterios, claustros y pórticos de los templos?

Entonces, dirás tú, la Iglesia ha cambiado de manera de pensar. Hoy anatematiza las diversiones y arremete sin piedad contra los que se divierten, amenazándoles con la pérdida de su alma.

No; la Iglesia es indefectible; sin la más pequeña variante, en cuanto a su doctrina, ha permanecido y permanecerá hasta la consumación de los siglos. Ni ahora, ni nunca, ha proscrito la diversión, que ella es la primera en aceptar; sin

embargo, levanta su látigo contra ciertas diversiones. Su doctrina en esta materia está admirablemente expuesta en las siguientes frases de Pio XI:

«La diversión es necesaria, especialmente para los pequeños. Más aún: es oportuna, no sólo para los pequeños, sino también para los mayores. La diversión es justa, precisamente porque es necesaria, y es necesaria porque no se puede trabajar continuamente y continuamente ejercitar el discurso...

»Es una ley de la naturaleza, una justicia de la naturaleza. Por eso todos los pedagogos han reconocido esta necesidad y esta justicia, y han sentido la precisión de introducirla en la vida y en la educación, no sólo para alegrar a la juventud, sino también para que la fatiga alterne con el descanso, evitando que la ocupación degenere en penosa fatiga y en opresión para el cuerpo y para el alma...»

La diversión <ha de entenderse en el justo medio; modera- da, para que no perjudique al cumplimiento del deber y no ocupe demasiado tiempo, porque la vida no nos ha sido dada para divertirnos continuamente. La vida es una cosa demasiado seria, y por eso ha de darse a la diversión sólo la parte modera- da que requieres[97].

De aquí se infiere que, según la Iglesia, no es pecado divertirse.

Pero queda todavía otro problema por resolver: ¿todas las diversiones son licitas?

VII.- Diversiones ilícitas.

No procedas con ligereza en materia tan delicada, en la que tan fácil es el apasionamiento. Toma en tus manos las Sagradas Escrituras y lee en el Eclesiastés[98]: «*Todas las cosas tienen su tiempo...; hay tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de dolerse y tiempo de danzar*».

Como ves, muchas diversiones son malas, porque se realizan fuera de tiempo, absorbiendo el que debiera dedicarse al cumplimiento de deberes, a veces sagrados.

El ser humano necesita divertirse, pero no vive exclusivamente para la diversión; tiene un destino mucho más sublime, al cual ha de ordenar sus actos; tiene que rendir tributo al Hacedor, que atender al cultivo de su espíritu por

[97] Discurso a los aspirantes de la Juventud Católica de Roma, de 4 de marzo de 1928
[98] Eclesiastés, III, 14.

medio de las prácticas religiosas y de los conocimientos instructivos convenientes, y que cuidar de su vida material social por medio de ocupaciones y menesteres, a los que tiene obligación de conciencia de consagrar largas horas.

La diversión que a esto se opone, la que roba el tiempo para ello necesario, es ilícita. Ahí tienes la primera clase de diversiones prohibidas.

Conforme, me dirás: ésa es mi opinión. Debe haber tiempo para todo; tiempo para rezar: la primera mitad de la mañana, en que se va a misa; tiempo para trabajar: las horas de costura, de arreglo de la casa, de taller, de fábrica, etc.; tiempo para la vida de familia: las comidas y ocasiones parecidas, y tiempo para divertirse. Y entonces..., ancha es Castilla. A divertirse tocan; toda diversión es lícita.

Atiéndeme un poco; lee lo que el Espíritu Santo ha escrito en el Eclesiástico[99]: «*Infamado sea el que se divierte en la iniquidad*». ¿Qué es esto?

Hay diversiones que, por tener como objeto la iniquidad, hacen infame al que en ellas se recrea. Recuerda lo que se ha dicho hablando de la pureza, y verás que no todas las diversiones pueden ser lícitas. Las que excitan la sensualidad, las que son impuras o a la impureza conducen, las que fomentan y estimulan los apetitos de la carne y debilitan las aspiraciones del espíritu y entibian el fervor religioso, fomentando ese estado espiritual llamado vulgarmente de *manga ancha*, que no es sino la predisposición para positivas y concretas faltas de impureza, ésas no son permitidas, y los que a ellas se entregan, como dice SAN PABLO[100], no alcanzarán el reino de los Cielos; es decir, pecan.

No es necesario ir enumerando una a una estas diversiones, que tan buena acogida hallan en muchos católicos de comunión frecuente, que creen militar bajo las banderas del espíritu de Cristo, y no tienen en cuenta que, según el Apóstol[101], «*los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con sus vicios y pasiones*», y en sus diversiones buscan principalmente el gozo y esparcimiento del espíritu, que es el que corresponde a un ser racional,

No es necesario enumerarlas. ¿Fomentan las tendencias carnales? Son ilícitas. ¿No las fomentan? Pues por esta razón pueden ser buenas, y ésta es la segunda clase de diversiones prohibidas. Hay una tercera.

---

[99] Eclesiástico, XIX, 5.
[100] Epístola a los de Galacia, V, 19-21.
[101] Epístola a los de Galacia, V, 24.

Una parábola evangélica[102] nos muestra a un rico rodeado de toda clase de comodidades: viste lujosamente, banquetea con esplendidez y se divierte a sus anchas; pero muere, y la fortuna se le trueca en desgracia, y cambia el magnífico palacio por los antros infernales, el *confort* delicado por las llamas torturantes, y la alegría por la amargura.

El pecado que se le echa en cara más expresamente es el de haberse divertido sin atender a la miseria del pobre Lázaro, que, derribado junto al umbral de la portalada de su casona, enfermo y hambriento, demandaba las migajas de su mesa y no las lograba.

Comprende que no hay derecho a derrochar en diversiones cuando hay quienes carecen de lo necesario; a malgastar en ellas lo que debía darse en limosnas.

No hay derecho a que una muchacha se gaste en una tarde de día de fiesta lo que le está haciendo falta a su vecino, acaso a su pariente, para poder comer.

Esos bailes burgueses, en los que hay competencia de costosas *toilettes* femeninas, en los que abunda el *champagne*, y se pagan las cenas caras, y todos alardean de ricos, aunque con su alarde desequilibren su hogar de modesto empleado, o se comprometa un pequeño negocio, son un mitin comunista predicado por los mismos burgueses.

Esos festivales benéficos, en los que se baila y divierte a cuenta de los menesterosos, y para enjugar lágrimas se ríe a carcajadas, y para dar limosna se derrocha, y para acercarse al pobre se aleja de su buhardilla, son un insulto y una bofetada para los que sufren, y una burla y caricatura grotesca de la verdadera caridad cristiana.

Hay una cuarta clase de diversiones ilícitas. Otra parábola evangélica nos las indica[103]. Un propietario obtiene una gran cosecha, y, alegre por ello, no concibe sino este pensamiento: «*Destruiré mis graneros y los edificaré de mayores dimensiones; reuniré en ellos la cosecha los bienes ya ahorrados, y diré a mi alma: Alma mía, ahí tienes riquezas para largos años; descansa, come, bebe, diviértete*». Al instante resonó en el fondo de su espíritu la voz de Dios, que le decía: *«¡Necio! Esta noche te pedirán el alma; y tus riquezas, ¿de quién serán?*»

---

[102] SAN LUCAS, XVI, 19-31.

[103] SAN LUCAS, XII, 16-21.

Aquí se reprueba directamente el mal uso de las riquezas; pero indirectamente se reprueban las diversiones a que se destinan, y no solamente por lo que podría haber en ellas de excesivo y carnal, sino principalmente porque se han constituido en fin, siendo únicamente medios.

No es el hombre para divertirse, sino que la diversión es para el hombre, que, según la lógica doctrina ignaciana, en tanto podrá usar de ella en cuanto le conduzca al fin sublime para que ha sido creado, y en tarto deberá abstenerse en cuanto de él le aparte.

Tocante a diversiones, los españoles no podemos olvidar una frase pontificia, que exige detenida meditación.

Cuando el 15 de septiembre de 1936 recibió Pio XI en audiencia a quinientos refugiados españoles que habían escapado de la zona roja, pronunció ante ellos un discurso, en el que hizo análisis de los factores originadores de la revolución roja española.

Entre otros, señaló la excesiva diversión, y exclamó: *«¡Cuánto se impide y se paraliza la influencia y la obra benéfica de la Religión y de la Iglesia católica... por esa diversión incesante y vertiginosa, que en nuestros tiempos entretiene y trastorna a la juventud, y no a ella sola, en cosas exteriores y materiales!»*

VIII.- El baile.

«Padre, ¿puedo bailar?», preguntan continuamente las jóvenes a los sacerdotes, y al recibir la respuesta negativa, suelen replicar, aduciendo en su favor a SAN FRANCISCO DE SALES. Este Santo, en la *Introducción a la vida devota*[104], dice que se puede bailar cuando se toma el baile por recreo y no por pasión, cuando es de corta duración, y aun así y todo, raras veces.

Es cierto; así lo dice San Francisco de Sales; pero atiéndeme, lectora, si tú eres de las que esgrimes el testimonio del santo obispo de Ginebra: ¿estás tú dispuesta a adoptar las precauciones que él exige para que el baile no perjudique?

SAN FRANCISCO comienza por decirte que los bailes son como las setas, «que las mejores no valen nada»; y añade: «Lo mismo digo de los bailes,

[104] *Introducción a la vida devota*, parte 3., cap. XXXIV

que los mejores no son absolutamente buenos», y si tú eres buena cristiana, esta afirmación debería bastarte para no bailar.

Además, de los tiempos del Santo de Sales a los de ahora los bailes han empeorado muchísimo. En su época había mucha liviandad, pero no se había llegado a la manera vergonzosa de bailar que se estila en nuestros días.

En la época moderna se ha viciado el baile, se ha manchado de tal manera, tanta inmundicia se ha acumulado sobre él, que no se le puede utilizar sin mancharse.

Según el capítulo anterior, es ilícita toda diversión impura o que a la impureza conduzca; ¿y podrá conservar incólume su pureza una joven que se divierte, desenvuelta, en uno de esos bailes de buen tono, de la buena sociedad; uno de esos «bailoteos de hotel —son palabras de Benavente[105]—, que han puesto a las señoritas de hoy al nivel de las antiguas criadas»; uno de esos bailes cuyos salones, según el P. VILARIÑO, «*están alfombrados de pecados, de jirones de inocencias allí desgarradas*»; en los que, en expresión de JACOBO SCHMIT, «*la joven que penetra inocente, sale con la inocencia perdida*»; que han sido llamados por PILAR DE CAVIA «*sentinas de vicio oculto y amable*»; de los que dice el novelista PEREDA que son «*un circulo, cuyo centro es el diablo*», y la condesa STAEL, que son «*una inmolación voluntaria y funesta del pudor*»?

Escucha las frases duras del vizconde de BRIEUX SAINT-LAURENT: «*El baile de etiqueta, tal como lo exige la sociedad, es el vestíbulo de las casas públicas*[106]».

Y, por encima de todos estos testimonios, escucha la voz de la Iglesia: BENEDICTO XV[107] llama a los bailes modernos exóticos y bárbaros, y dice de ellos que «*no podría darse medio más adecuado para acabar con todos los restos de pudor*».

Pio XI escribió en su primera encíclica: «*Ha pasado los límites del pudor la ligereza de las mujeres y de las jóvenes, especialmente en el vestir y en el danzar*[108]».

---

[105] JACINTO BENAVENTE: *De muy buena familia*, acto II, escena II.

[106] Voz de alarma a los sacerdotes y a los padre de familia sobre los males físicos y morales de los bailes modernos (1858)

[107] Encíclica *Sacra prope diem*, 6 enero 1921.

[108] Encíclica *Ubi arcano Dei*. AZPIAZU: Ob. cit., pág. 299.

No me digas que los bailes a que tú acudes son decentes y asiste un concurso selecto. Todos los bailes son lo mismo, y no admito entre ellos otra diferencia que ésta: en los unos, se peca con educación y elegancia, y en los otros, con modos zafios y rústicos; en los unos, la grosería y los instintos brutales visten de seda y *smoking*, y en los otros se cubren de percal, y también de seda y de americana.

Todos son lo mismo; y no me insistas en que no has observado nada en los bailes a que has concurrido. Eso se lo puedes decir a tu mamá, que, por ceguera maternal o por egoísmo, te creerá; pero nunca a un sacerdote, porque nosotros, por nuestro ministerio, somos los encargados de recoger las barreduras morales de los bailes.

La experiencia que me da el ejercicio del ministerio sacerdotal me ha convencido de que ninguna persona que frecuenta los bailes puede ser pura, y que es muy difícil participar en un baile y no pecar. Sabiendo esto, la muchacha que penetra en un salón de baile, con sólo cruzar su dintel se mancha.

Aún más: la que participa en el baile es responsable de los pecados que otros, con ocasión de ella, cometan, pues sabe que va a dar lugar a ellos. No exagero: allí se produce un corto circuito, y es lógico que salte la chispa y prenda la llama.

No me insistas aún, diciendo que tú bailas por bailar, por recreo, por pasatiempo y nada más. Acaso, por irreflexión, hayas llegado a creer que es así; obsérvate y te convencerás de lo contrario.

¿Por qué no bailas sola o con otra chica? ¿Por qué buscas siempre bailar con un chico? ¿Por qué no te es indiferente bailar con cualquier muchacho formal, sino que te hace ilusión y buscas al que posee tipo, simpatía, etc.? Convéncete: no bailas por bailar; bailas...

IX.- El «cine».

¿Te gusta el «cine»? No me extraña; es uno de los inventos más portentosos de los tiempos modernos. Bien orientado, puede recrear elevando, y producir en la sociedad grandes ventajas. *«Puede* —dice Pio XI[109]— *ejercer influencia profundamente moralizadora sobre aquellos que lo ven. Además de*

[109] Encíclica dirigida al Episcopado de los Estados Unidos, 29 de junio de 1936

recrear, puede suscitar nobles ideales de vida, difundir preciosas nociones, proveer mayores conocimientos de la Historia y de las bellezas del país propio y del ajeno; presentar la verdad y la virtud bajo una forma atrayente; crear o, por lo menos, favorecer una comprensión entre las naciones y las clases sociales y las razas; promover la causa de la justicia, despertar la llamada de la virtud y contribuir como ayuda positiva al mejoramiento moral y social del mundo».

No es extraño que te guste el «cine», del que tantas cosas dice el Papa; ni, por lo tanto, hay mal alguno en este gusto tuyo. Lo malo está en que el «*cine*», que debería ser «*un precioso instrumento de educación y elevación de la humanidad*», es «*escuela de corrupción*».

Así lo dice Pío XI, y añade, apelando al testimonio universal: «*Todos saben cuánto daño producen las películas malas en las almas. Son ocasión de pecado, inducen a los jóvenes al camino del mal, porque son la glorificación de las pasiones; exponen la vida bajo una falsa luz, ofuscan los ideales, destruyen el puro amor, el respeto al matrimonio y el afecto para la familia*».

Este clamor del Papa, además del valor que le da su suprema autoridad, tiene el de estar acompañado por el de toda la Iglesia docente. «*Desde hace mucho tiempo* —decía el mismo Pontífice a los representantes de la Federación Internacional de Prensa Cinematográfica[110]— *recibo de misioneros, obispos, arzobispos y cardenales, esparcidos por el mundo entero, noticias sobre el cinematógrafo, y todas ellas coinciden en deplorar de la manera más desgarradora y angustiosa sus tristes y terribles consecuencias*».

Esto no puede ser para nosotros ninguna sorpresa, si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de las empresas productoras cinematográficas están en manos de no católicos. Es natural, por tanto, que, por lo menos, no se conformen con la fe y la moral católicas. Según LUIS DE ZULUETA, la característica del «cine» anglosajón es ser principalmente una empresa judía, y en cuanto al francés, de cuatrocientas películas examinadas a principios del año 1947, ha resultado que el 60 por 100, están basadas en el adulterio o en inmoralidades aún más graves[111].

---

[110] Alocución a los representantes de la Federación Internacional de Prensa Cinematográfica, 18 de febrero de 1935.

[111] Conferencia pronunciada en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (A. C. N. de P.), 15 abril 1947.

Sabiendo esto, ¿cómo ha de extrañarnos la triste realidad, que, según Filmor[112], llega hasta tal extremo, que solamente existan un 1 por 100 de películas completamente limpias?

El obispo de Siracusa iba más lejos, y afirmaba que de cien películas, veinticinco son deliberadamente inmorales y setenta y cinco paganas[113].

No puede admirarte que el norteamericano P. DANIEL LORD, paladín del «Código cinematográfico», se estremeciese pensando que «cada semana pasan por los *cines* americanos veintiocho millones de jóvenes, en los que se apacienta la lujuria y pasiones desordenadas, de costumbres ligeras y emociones malsanas, de homicidios, rapiñas y toda suerte de delitos[114]».

Pero a estos males generales se suman para ti otros derivados de la índole particular de tu sexo, pues la mujer, según el P. SUBIELA, «*llega a habituarse a la vida sensorial del cine pierde insensiblemente el hábito del raciocinio* —que es el que le hace ecuánime, reposada y práctica—; *la que va diariamente al «cine» siente más que piensa; falsea los conceptos de las cosas, embota su conciencia, pierde la delicadeza de su espíritu*».

«El *cine* excita morbosamente la imaginación exaltada de las mujeres, incapacita la inteligencia, la atrofia, anula la voluntad y crea el tipo de mujer inútil, irritable e histérica[115]».

De toda esta síntesis documental se sigue que el «cine», de suyo, es indiferente y puede ser excelente; pero en la práctica se ha convertido en nocivo, por el abuso que de él se hace y por haberlo esclavizado al servicio de las pasiones.

De aquí:

1.° Que debes tener mucho cuidado en no dejarte absorber por la afición cinematográfica, de manera que no sepas abstenerte de ir a sus representaciones. Ir de cuando en cuando está dicará bien. Ir todos los días o con demasiada frecuencia, te perjudicará.

2.° Antes de acudir a una sesión de «cine», infórmate de la moralidad del programa y de la sala, y si ésta es nada más que deficiente, no vayas. Boicot a

---

[112] Filmor, núm. 44, 16 abril 1936.

[113] Discurso de don Ramón Molina Nieto en la Semana por la Moralidad del Cine, El Debate, 25 de abril de 1935.

[114] JULIO G. DE LA PUENTE: *El cine,* pág. 16

[115] JULIO G, DE LA PUENTE: *El cine*, pág. 30.

las películas inmorales[116]. Exige que en la sala se guarde la decencia debida. La asistencia al «cine» malo tiene tres consecuencias: contribuyes económicamente a su sostenimiento, lo aplaudes con tu presencia, escandalizando a otros, y perjudicas a tu alma.

3.° Medita estas palabras del Obispo de Vitoria en una pastoral escrita el 18 de febrero de 1935[117]: «*A las personas que quieran juntar y unir polos tan opuestos como la piedad y el* cine, *y no tienen reparo en comulgar por la mañana y asisten por la noche al* cine *inmoral, hemos de decirles que tal conducta es un insulto a Dios; es impío empeño de desmentir a Jesucristo, que dice: "Nadie puede servir a dos señores"; es pretender imposibilidad tan marcada como la convivencia de Dios y Belial en el alma y en el corazón*».

X.- ¡Hay que mejorar la raza!

He aquí una frase de doble sentido, que puede encerrar una verdad o un dislate, según el punto de vista a través del cual se mire.

Contemplada por su lado derecho, es una aspiración legítima de todo buen católico; pero mirada del revés, como muchos la miran, sirve para amparar teorías sensualistas, materializar la educación de la juventud e igualar a los hombres con los animales.

La clave de la cuestión está en convenir acerca del concepto de raza. Si por raza se entiende el *cadáver humano*, es decir, el cuerpo, sin relación alguna con el alma, se explica el error de los que pretenden que se ha de atender al desarrollo del hombre lo mismo que al de una mula o un toro.

---

[116] El señor Arzobispo de Valencia, siendo Obispo de Pamplona, publicó en Misión, número 55, correspondiente a la primera quincena de septiembre de 1939, un interesante artículo, al que pertenece este párrafo: «¡Cuántos públicos ingenuos aplauden como buenas las (películas) de fondo arteramente inmoral, pero diestramente desarrolladas, bellas, finas y limpias en los detalles!, y cuántos otros —y es lo más corriente— se tragan como buenas las de fondo burdamente moral, pero cuyos detalles y perfiles, morosamente trazados, rezuman inmoralidad por todas sus partes!

»Son los cines tan grandes destructores de la virilidad moral de los pueblos, que no dudamos que sería un gran bien para la humanidad el que se incendiaran todos los de la tierra cada dos días por semana (Dejemos los intermedios para el trabajo febril de la reconstrucción y damos por descontado la ausencia de desgracias personales).

«En tanto que llegue este fuego bienhechor, feliz el pueblo a cuya entrada rece con verdad un cartel: ¡No hay cine!».

[117] *Boletín Oficial del Obispado de Vitoria*, 1935, pág. 169.

Pero eso no puede entenderse por raza. La raza tiene que comprender al hombre como es en sí, compuesto de un cuerpo orgánico y de un alma espiritual, y entonces, para mejorarla, sería preciso trabajar por formar almas lo más perfectas posibles, que gobiernen cuerpos bien organizados.

En este caso, no serán los cuerpos mejor organizados los que tengan mejores músculos o desarrollen más fuerza, como la yegua o el caballo, sino los que sean más dóciles, más flexibles y más aptos a las directrices del alma.

Se dice que en España la educación física está muy abandonada; y aunque es una triste realidad este abandono, se ha exagerado mucho. Sin duda, en escuelas y colegios no se ha dado a la gimnasia y al deporte la importancia que tienen; pero no es menos cierto que maestras y profesoras se han preocupado de que las niñas y jóvenes ejercitasen sus fuerzas físicas en juegos tan sanos y tan tradicionales como la comba, la rueda, etc.

En las nuevas rutas que ha emprendido nuestra Patria, con plausible acierto, se ha dispuesto por la Dirección Nacional de Primera Enseñanza que en las escuelas y colegios se intensifique la educación física a base de estos juegos tradicionales, combinados con la gimnasia rítmica[118]. Así se subsana la deficiencia de épocas anteriores y se imprime a esta sección de la labor formativa un espíritu netamente nacional.

Entre las muchachas se está desarrollando también mucho la afición a la gimnasia y al deporte.

No se debe mirar con recelo esta afición, sino, por el contrario, prodigarle copiosos aplausos, mientras se mantenga encuadrada dentro de los dictados de la fe y de la recta razón.

Toda educación femenina ha de ordenarse a la misión que la mujer ha traído a la vida: la maternidad, que ha de ser considerada en el terreno de la especie humana, sin rebajarla jamás a la categoría de la hembra del animal. Por eso, en lo físico, a la madre le hace falta un estado general de salud y desarrollo corporal bueno, sin que le sea preciso poseer mucho músculo ni fuertes bíceps.

La mujer atleta, la campeón, la que desarrolla una fuerza muscular extraordinaria, la que alardea de buenos puños, etcétera, no puede ser el ideal de esposa para ningún hombre, e, indudablemente, en general, nunca será la mejor madre. La que se entrega con frenesí a los, deportes y participa

[118] Circular del 5 de marzo de 1938.

apasionadamente en los campeonatos, difícilmente conservará la delicadeza de sentimientos y la belleza moral del pudor femenino, indispensables en la maternidad cristiana.

Bueno es el deporte moderado, un ejercicio físico prudencial, siempre que no se oponga, antes bien, contribuya a la formación maternal de la mujer. Así, en la gimnasia, por ejemplo, no deberá la muchacha entregarse a los mismos ejercicios que el muchacho, sino que sus movimientos deberán ser menos violentos, más delicados, más conformes con su psicología y siempre rimados con la modestia cristiana, que tan graves perjuicios suele recibir en esa clase de educación cuando no se cuida de que los vestidos sean honestos, habida relación a los movimientos que se han de ejecutar; de evitar toda coeducación que, nefasta en otros sectores de la educación, en éste sería enormemente fatal, e impedir a todo trance las exhibiciones y hasta la publicidad, que sólo pueden contribuir a hacer perder a la mujer el pudor y al hombre el freno del respeto.

Pio XI lo ha dicho desde su puesto de autoridad suprema en la Encíclica *Divini illius Magistri*. Habla de la separación de sexos y de la distinta educación que a cada uno de ellos ha de darse, y dice: «Principios que han de ser aplicados... en los ejercicios gimnásticos y de deporte, con particular atención a la modestia cristiana en la juventud femenina, de la que gravemente desdice cualquier exhibición y publicidad[119]».

No olvidemos la frase de CRISTO, ya citada en estas páginas: «*Más vale entrar mutilado en el reino de los Cielos, que con un cuerpo muy perfecto ser sepultado en el infierno*».

¡Mejoremos la raza! Pero mejorémosla íntegramente, en el cuerpo y en el alma; ordenadamente, subordinando aquél a ésta[120]; sobrenaturalmente, buscando sobre la felicidad de aquí la de la otra vida, que es la definitiva.

Gimnasia física, sí, pero con gimnasia espiritual; higiene corporal, pero con higiene moral; aire libre para el cuerpo, pero aire libre para el alma.

Hablar en otro sentido de mejorar la raza es ocultar tras de una bella frase segundas intenciones.

---

[119] JOAQUÍN AZPIAZU: *Direcciones pontificias*, tercera edición, página 399.

[120] «Mucho mejor es que te duela el estómago que no el alma, y vale más que mandes al cuerpo que no que le sirvas, y es más provechoso que te tiemblen las piernas que no la castidad». (San Jerónimo a Salvina: Epístola 79.)

XI. La playa.

¿Tiene tu casa jardín o has vivido algún verano en el campo? ¿No has observado cómo junto al cauce del agua se desarrollan las babosas, esos sapos negros y viscosos que se comen las flores y las plantas, y van señalando su camino con una estela de repugnantes babas? Necesitan sol y humedad, y cuando estos dos elementos se unen, las babosas hacen su aparición.

Así sucede también con la impureza, esa babosa moral, que mancha cuanto toca y devora las flores y las plantas de los Jardines del espíritu. También la impureza se multiplica en contacto con el sol y el agua; un terreno muy a propósito es la playa.

En la arena tostada por el sol y humedecida por el agua, el alma se desnuda de la vergüenza, a la vez que el cuerpo se desnuda del vestido.

¡Cuánto crimen se comete en nombre de la higiene y de la salud! Se les pone a ambas cosas como pantalla para atacar a fondo a la higiene y a la salud del alma, que suelen sufrir profundo quebranto en playas y piscinas.

No es que el baño de mar esté prohibido, o de suyo se oponga a la moral cristiana; se trata de una cosa en sí indiferente, que puede resultar buena o mala, según el fin o el modo como se realice.

La asistencia a la playa en plan alegre, pero formal, con los padres o personas que con su presencia frenen, y con trajes de baño que cubran las partes del cuerpo que la modestia cristiana no tolera exhibir a una mujer decente, no solamente es tolerable, sino que puede aconsejarse sin miedo alguno.

Sin embargo, habrás oído multitud de veces en la sociedad que este plan es una antigualla y una ridiculez.

Mira, los que así te hablan o son gente amorfa y sin criterio, que se dejan influir por otros y manosean tópicos como si fuesen verdades, o son esos otros que tras de esta campaña ocultan intenciones inconfesables. Esos otros buscan en toda desnudez femenina algo que no se te dice, pero contra lo cual es necesario que estés prevenida para que no seas su víctima; porque hay muchas chicas sencillas que, llenas de frivolidad, caen en la red y hacen juego a esos sapos morales, que, como todos los sapos, no buscan otra cosa que la «corrupción de la carne».

El impudor de las playas ha llegado a un extremo alarmante. El vestido ha quedado reducido a su más mínima expresión. Mejor dicho, el vestido de

playa amplio y completo que la mujer española ha usado siempre ha sido desterrado y sustituido por una ridícula caricatura de *desvestido* impuesta por el extranjero, y que carece de nombre en el idioma español: el *maillot*.

Con ese desvestido —*deshabillé* es su nombre propio, que tampoco es español—, la mujer no sólo se baña, sino pasea, forma tertulias, juega, bromea y baila.

¿Es posible conservar en este ambiente la virtud de la pureza? ¿Podrás tú asegurarme que en esas cabecitas irreflexivas y vacías no surgirán necesariamente pensamientos impuros?

No es extraño que sean muchas las chicas que durante el verano, en una playa, se desorientan, se desequilibran y se llenan de tontería.

La playa, tal como hoy se vive, viene a ser un inmenso pudridero moral, donde entre montones de carnaza se revuelven los sapos de la sociedad.

La playa es una demostración de la razón que asistía al Santo Padre Pio XI cuando se lamentaba del desnudismo, y fustigándolo decía que la vida moderna es una «vida paganamente impúdica, y de una impudicia que supera incluso a la de la antigüedad, y que se resume en una palabra horriblemente blasfema: culto al desnudismo».

Muchacha cristiana: sé sensible a la voz del Papa y muéstrate siempre digna de tu profesión de fe. Evita el desnudismo. No visites jamás las piscinas mixtas, donde los males de las playas se agravan, sin que existan las razones de higiene que pueden disculpar la playa.

Cuando debas tomar baños de sol, tómalos a solas, sin compañía de personas de otro sexo. Debes considerarlo como una medicina o un tónico del que puede usarse; pero no debe abusarse, para que no sufra quebranto la salud corporal y principalmente la espiritual. Si cuando te aplican la electroterapia no lo hacen delante de todo el mundo, ¿por qué buscas la publicidad cuando se trata de la helioterapia?

Si quieres bañarte en el mar, cuida que sea sin que sufra mengua alguna la virtud de la pureza. Busca la playa que se distinga por su moralidad.

Me dirás que la inmoralidad reinante es tan grande, que mi consejo es difícil de realizar.

Desengáñate; no será tan difícil si para conseguirlo te unes con otras chicas de tu edad, y a vuestro esfuerzo se suma el de vuestros padres, también unidos.

Tu traje de baño ha de ser modesto, y sólo lo has de usar mientras permaneces en el agua, procurando el resto del tiempo que pases en la playa estar aún más cubierta.

Demuestra, tanto en el traje de baño como en el de playa, que es posible concertar las conveniencias de la higiene más exigente, la moral cristiana y la gracia femenina.

HACIA EL MATRIMONIO

Capítulo sexto

SUMARIO

I.- El hogar.
II.- ¡Si hubiera noviciado!
III.- Un frenazo al corazón.
IV.- Principio y fundamento.
V.- ¿…?
VI.- El noviazgo.
VIII.- El matrimonio.
IX «!Sursum corda!»

I.- El hogar.

¿QUÉ entiendes tú por hogar? ¿Una casa confortable, con muebles cómodos, abundante plata y servidumbre bien aleccionada, donde los familiares son atendidos con esmero y encuentran la satisfacción de todas sus necesidades? Pues eso no es un hogar, eso es un hospicio de categoría.

¿Un domicilio donde los padres y los hijos duermen bajo el mismo techo y comen en un mismo comedor? Eso no pasa de ser un hotel o una casa de huéspedes.

El hogar es más, mucho más: es algo esencialmente espiritual. Es un nido de amores, donde el idilio se teje a través de realidades, que, prosaicas de suyo, el cariño hace amables.

> Yo aprendí en el hogar en que se funda
> la dicha más perfecta,
> y para hacerla mía
> quise ser como mi padre era,
> y busqué una mujer como mi madre
> entre las hijas de mi hidalga tierra.

Así canta el poeta castellano[121], que siente en su corazón el fuego del hogar, cuya llama caldea las almas al acariciar con sus rojizos resplandores los rostros queridos a su amor congregados.

Su espíritu se esponja, los ideales más sublimes le absorben, la dicha rebosa y canta la entraña de su vida hogareña:

> Compartían mis únicos amores
> la amante compañera,
> la Patria idolatrada,
> la casa solariega
> con la heredada historia,
> con la heredada hacienda...

[121] GABRIEL Y GALÁN: *Obras completas*. Editorial Madrid, 1928; tomo I, pág. 36, *El ama*.

¿La base de toda esta dicha?

Una sencilla labradora, humilde
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

La madre es la base del hogar, la llama que ha de tener caliente el llar, y en torno de él ha de congregar a la familia; ella es la que ha de fundir los corazones, y con la sonrisa de su alma ha de besar las almas de los suyos.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa!...

Exclama el poeta, entusiasmado bajo la sugestión dulce de la esposa amada.

El ideal del hogar le obsesiona; en su dicha se deleita; regusta sus delicadezas y las describe a través de otra bella composición, cargada de suaves sentires[122]. Es un nido de cigüeñas colgado en un viejo torreón derruído...

Por el borde del nido de mi cuento,
donde reina una paz que es un portento,
asoman el pescuezo noche y día
los zancudos cigüeños de la cría.
Cuando los deja la cigüeña madre,
les trae alimentos el cigüeño padre,
y cuando con su presa ella regresa,
vuela el padre a buscarles otra presa.

[122] GABRIEL Y GALÁN: *Obras completas*. Editorial Madrid, 1928; tomo I, pág. 261, *Dos nidos*.

La delicadeza instintiva de la madre, toda amor y sacrificio, aparece de relieve:

> … reventaba la madre de contenta
> mirándolos comer... ¡y estaba hambrienta!
> Y ¡cómo demostraba su alegría
> viendo el festín de su zancuda cría!
> ¡Qué graznidos, qué dulces aletazos
> y qué cariñosicos picotazos
> les daba a aquellos hijos comilones,
> que estaban devorando sus raciones!...

El poeta se exalta; pero...

> Cerca del viejo torreón derruido,
> en donde está de la cigüeña el nido,
> hay otro nido, pero nido *humano*,
> que habita la familia de un cristiano.
> El mismo día y a la misma hora
> en que la escena aquella encantadora
> del nido de la torre yo admiraba,
> y un beso con los ojos le enviaba,
> del otro nido humano un rapazuelo
> salía llorando sin consuelo.
> Una mujer de innoble catadura
> salió tras la harapienta criatura,
> cruzóle el rostro, la empujó hacia fuera
> metióse en casa y la dejó en la acera.
> —¿Por qué te echan de casa, rapazuelo?
> le dije al verlo. y contestó el chicuelo:
> —Porque a pedir limosna había salido
> y un poco de pan *na* más hoy he traído,
> y dinero me dice que la traiga,
> y que vaya a buscarlo *ande lo haiga*.

Alcé los ojos, sin querer, al nido
del solitario torreón derruído,
y dije, contemplando aquella escena
y aquella madre cuidadosa y buena:
—Si este niño pensara, ¿no querría
convertirse en cigüeño de la cría?

Comentario acertado el del poeta. Déjame que te lo diga de otra forma: hogar feliz, donde hay una mujer buena, que ama y se sacrifica; hogar desgraciado, el constituido a base de una mujer egoísta.

II.- ¡Si hubiera noviciado!

Habrás oído decir más de una vez, cuando alguna chica ha ingresado en un convento: «¿Pero esa mujer ya sabe lo que hace? ¿Qué sabe del mundo, ni de lo que la espera el día de mañana?» Y continúan los comentarios de lo que la sociedad frívola llama el crimen de entrar una muchacha en el claustro sin haber gustado los halagos del mundo y haber visto si éstos le agradaban más que las austeridades de la vida conventual.

¿No te parece que el argumento se podía volver por pasiva y lanzarlo contra sus propios autores? Ellos, antes de contraer matrimonio, tampoco se han internado en las soledades del claustro a experimentar los atractivos de la vida religiosa y ver si les agradaban más que los afanes de la paternidad o las trepidaciones del mundo.

Al fin y al cabo, antes de la profesión religiosa hay un noviciado, un tiempo de prueba, en el que a la joven se le alecciona en la vida que va a emprender, mostrándosela en su realidad, con toda la crudeza de sus sacrificios y abnegaciones, sin disimularle los atractivos de la otra vida a que renuncia; y así, cuando de rodillas ante el altar emite sus votos, sabe muy bien lo que hace. ¿Ocurre acaso lo mismo con los casados?

Suele decirse —¡y con cuánta verdad!— que si el matrimonio tuviese noviciado, serían pocos los que profesasen y muchos los que se volverían atrás.

¿Qué saben del matrimonio casi todos los que se casan? La ignorancia más absoluta de la realidad de sus deberes y obligaciones suele ser su equipaje para la boda; con él emprenden el viaje y naufragan.

¡Qué enorme porcentaje de matrimonios desgraciados, porque los contrayentes llegaron a recibir el Sacramento sin saber lo que hacían, como a un juego más de su juventud, como a una nueva aventura de muchachos, con ilusiones demasiado ideales o con cálculos torcidos!

Pudieron ser felices; para ser felices los destinaba Dios; pero ellos, voluntaria, aunque inconscientemente, labraron su infelicidad. Todo por falta de preparación.

La elección de marido. ¡Qué problema tan difícil y tan trascendental! De él depende, muchacha que al matrimonio aspiras, tu porvenir terreno y acaso el eterno. Y con ese problema dificilísimo y trascendental, ¿cómo se enfrentan la mayor parte de las jóvenes?

Con sus cabecitas ligeras, embrolladas de tramas novelescas y argumentos peliculeros, con el sistema nervioso sobreexcitado por toda clase de emociones violentas y con la imaginación desbordada por un mundo ideal, que no existe en la realidad, y que sólo puede vivirse en el papel o en el celuloide. Y sueñan con ser las protagonistas de la novela o de la película; sueñan con un amor..., y, por desgracia, ese amor es meramente ideal. Y en ese sueño de puros idealismos eligen el compañero de su vida; pero no eligen a la persona real, sino a la fantástica, que sobre la real ha fabricado su imaginación, y con esa persona fantástica se casan y emprenden la vida matrimonial, hasta que un acontecimiento imprevisto derrumba el castillo de naipes, mostrando por encima de las ruinas la realidad amarga, que es la que no queda más remedio que vivir; realidad de deberes y obligaciones, para las que ellas están humanamente incapacitadas. Han soñado, y el despertar ha sido fatal.

También fatales resultan otros sueños por el estilo. La misma vida de desbordamiento imaginativo entre el «cine» y la novela. Su fantasía sobreexcitada se ha forjado un tipo de hombre lleno de todas las perfecciones físicas y morales. Ha ido haciendo insensiblemente sus combinaciones entre los protagonistas y héroes más salientes de la pantalla. Luego, entre los muchachos que la acompañan y solicitan su amor, no encuentra su tipo. A todos desdeña; ninguno le llena; no desciende de las nubes, a las que se ha subido... Pasa el tiempo, y con él la edad a propósito para el matrimonio, y un día se encuentra con que sus amigas, más realistas y más sensatas, se han casado, y ella no. La belleza que tuvo se va marchitando, y los pretendientes antiguos han desaparecido, sin que haya llegado el que esperaba. ¿Qué hacer? ¿Resignarse

con la soltería? Hay quien así lo hace, y con ello termina la carrera de sus yerros. Sin embargo, no todas saben resignarse; después de haber soñado tan alto, resulta humillante no ser, por lo menos, como las amigas, y la que tan alto soñó, suele descender muy bajo, para hacer, de prisa y corriendo, uno de esos matrimonios de amor propio, que tan malos resultados dan.

Hay que frenar la imaginación; es un delito sobreexcitarla. Entre los graves perjuicios que producen las novelas y el «cine», indudablemente no es de los inferiores lo muchísimo que desorientan con respecto al matrimonio.

III.- Un frenazo al corazón.

Para elegir marido hay que frenar la imaginación, y también el corazón.

La base del matrimonio ha de ser el amor; pero no un amor ciego, como el instinto animal, sino un amor racional, cual corresponde a una criatura humana; un amor que tenga por guía a la inteligencia, un amor reflexivo.

El doctor VALLEJO NÁJERA[123] ha sintetizado el proceso ordinario del amor en esta frase: «El trato engendra simpatía, la simpatía amistad, la amistad amor y el amor matrimonio».

Era el amigo de tu hermano o el hermano de tu amiga; pertenecía a tu oficina, o visitaba tu comercio, o hacía tus mismos estudios; lo encontrabas en el tranvía, o en el Metro, o en el autobús; acudía al campo de deportes, o al bar que tú frecuentas. Comenzaste a tratarlo acaso con indiferencia; después sentiste por él simpatía; sin darte cuenta, te has ido preocupando; una irradiación misteriosa de su persona influye en tu corazón;... ya no es simpatía, es algo más... Ansías su compañía, buscas su mirada, su conversación te entusiasma, sus oficiosidades y galanteos te han llegado a lo hondo, sus indiferencias y actitudes esquivas irritan tu sensibilidad. ¿Qué es eso? ¿Amor?

Cuidado, mucho cuidado con el corazón. Sujétalo fuertemente, no sea que se te escape del pecho demasiado pronto. Reflexiona un poco. ¿Qué es lo que en ti influye? ¿Cuál es el hechizo que te atrae con su magnetismo? ¿Un buen tipo, unos ojos seductores, un trato señoril, una palabra fácil, una conversación atrayente, una alegría cascabelera?

---

[123] DR. VALLEJO NAJERA: *Eugamia. Selección de novios*, cap, XII, página 65.

No te entusiasmes del marco que le encuadra: de la casa ricamente alhajada, del automóvil magnífico, de un traje bien hecho... Cuidado; que ha habido quien se ha enamorado de una corbata. ¿Puede caber mayor absurdo?

Frena; frena el corazón. No respondas inmediatamente a los aldabonazos de sus fuertes latidos, que llenan tu cabecita de deliciosos vapores de rosados sueños. Concéntrate en tu interior, llama a examen a ese amor, y antes de decidirte, antes de decirle «adelante», antes de darle pábulo que pueda convertirle en llamas, antes de dar un paso que luego tengas que desandar con lágrimas..., reflexiona, medita, busca una luz que alumbre tu destino...

Eres cristiana; acude a Dios en este trance tan decisivo de tu vida. Dios es la luz indeficiente que ilumina los destinos de los hombres y los gobierna misteriosa, pero paternalmente, buscando siempre nuestro bien. Recuerda el viejo refrán castellano: «Casamiento y mortaja, del cielo baja». Arrodíllate ante el Sagrario, y, poniendo el alma en los labios, haz tu oración: «Señor, ¿es éste el que Tú me destinas?»

Invoca la mediación de tu Madre María, y espera... Espera; pero pon cuanto esté de tu parte; consulta. ¿Con quién? Con tu director espiritual; él conoce tu alma mejor que tú misma; él ha podido observar en ti impresiones, emociones y reacciones, que para ti han pasado inadvertidas; él puede estudiar el asunto con una objetividad que a ti te es imposible.

Consulta con tu madre. Nadie mejor que ella te podrá aconsejar. Ha pasado por ese mismo trance tuyo; a través de su vida ha podido observar infinidad de casos análogos; tiene experiencia de la vida y conocimiento de los dobleces del corazón humano. Además, nadie se ha de interesar por tu felicidad como tu madre; nadie te ha de amar con cariño tan sacrificado como ella. Si ella te contraría, sé cierta que esa contrariedad le hiere más a ella que a ti.

Sin embargo, qué corriente es que en estos casos no se consulte ni al director espiritual ni a la madre. Del primero, muchas veces se huye ante la certeza de que se está dando cuenta del desarrollo del amor. A la segunda se le oculta cuidadosamente, y hasta, si es necesario, se le miente para que sea la última que se entere. Así se pierden los mejores consejos y se disminuyen las garantías de acierto.

Hay que frenar el corazón y encauzar el amor entre los diques que dicta la razón iluminada por la fe.

IV.- Principio y fundamento.

El fin ha de ser siempre la razón suprema de los medios. ¿Cuál es tu fin al pensar en casarte? No puede ni dudarse, pues con ello se te haría una injuria; tú aspiras a ser madre.

Quédense para otras chicas alocadas e irreflexivas, o degradadas y ruines, otros planes y otros pensamientos. Tú, sensata y cristiana, aspiras a realizar el ideal de la mujer, a cumplir la misión que te ha traído a la vida: ser madre.

Recuerda lo que en este libro se te viene diciendo: la madre es lo más grande que existe en la naturaleza. Para sus hijos es lo más dulce y amable, lo más puro y santo de cuanto florece en la tierra.

Tú tiendes a ese fin noble y grande, y a él tienes que subordinar cuantos medios pongas.

De aquí, en sana lógica, se siguen dos consecuencias, que frecuentemente suelen olvidarse o pasarse por alto.

1.° *Tienes que ser muy mujer*.—La maternidad encierra la esencia de la feminidad: Todo cuanto perjudica a la psicología femenina, todo cuanto bastardea su sexo, lo hombruno, lo amuchachado, desvía de la maternidad o la mancha con imperfecciones y lacras.

Me dan pena esas desgraciadas que ponen todo su afán en ser un chico más y adoptan sus costumbres, sus modales, sus posturas... ¡Pobres! No se dan cuenta de que con ello se hacen ineptas para la maternidad.

Cuanto más mujer seas, cuanto más acumules en tu persona las esencias femeninas, mejor te preparas para ser madre.

2.° *No puedes ser novia para divertirte*.—Preguntaban a una muchacha por sus nuevas relaciones, y ella, con la mayor tranquilidad, respondió:

—He *alquilado* a X para este verano.

¡No hay derecho! Este lenguaje supone una ligereza o una degradación intolerables.

La muchacha que alquila el novio para una temporada, obra o por egoísmo o por liviandad, y ambos vicios son feos e indignos.

Una muchacha cristiana, digna, honesta, no puede jugar con el corazón de un hombre, ni aun con la disculpa de que él está jugando con el de ella. El amor es fuego, y la que juega con él, ¡qué difícil es que no se queme! ¿Y si se quema cuando y como no debe?

Siempre, al terminar ese juego, una de las dos partes se llama a engaño y muestra en el corazón una herida más o menos grande. Es decir, que allí ha habido un delito y un crimen. No es lícito.

Todo amorío —llamemos así al amor falso, que es por sola diversión—, cuando pasa, deja en la sensibilidad un rasguño o una sobreexcitación, en el alma un sedimento de desengaño o de maldad, y en la pureza una sombra más o menos intensa que la empaña.

El noviazgo, por la intimidad que desarrolla, por la hipertensión afectiva que excita y por la dificultad de controlar en todo momento las reacciones por esos mismos afectos determinadas, es un peligro que solamente puede ser conjurado por la religión y la educación.

A nadie le es permitido ponerse en peligro sin una razón suficiente y grave. Para el noviazgo no puede haber otra que la aspiración al matrimonio, a la maternidad.

No admitas jamás un noviazgo que no tienda hacia la unión sacramental; no te manches jamás con amoríos, que en ellos la que más pierde es la mujer.

V.- ¿…?

Vas a proceder a la elección del que juzgas destinado por Dios a compartir contigo los afanes, las satisfacciones y las responsabilidades de la maternidad: el compañero de tu vida. ¿Quieres escuchar antes el consejo de un sacerdote, ministro de Cristo, que te habla en nombre de Dios y te expone lo que le ha enseñado su experiencia ministerial, en la que ha podido unir muchas veces el cascabeleo alegre de risas llenas de amor e ilusión y las lágrimas amargas del desengaño y del dolor?

Cuatro condiciones debes exigir a tu futuro marido: bondad, amor, capacidad económica y carácter en armonía con el tuyo.

1.ª *Bondad religiosa y moral.* —Mucho cuidado con el que te brinda amor y no tiene tus creencias religiosas, con el que alardea de ateo, de espíritu fuerte, de escéptico, de indiferente.

A veces, todo eso del ateísmo, de la superhombría, de la indiferencia, no es más que una capa artificial, elaborada por el amor propio, para aparecer de talla superior a la que realmente se tiene, y bajo esa capa se conserva una conciencia recta, formada en la infancia por una mujer santa.

Si es así, hazle desenmascararse; pero si no es así, si religiosamente está a gran distancia de ti, ¡qué difícil es que, pasados los primeros momentos del amor, no surjan entre vosotros problemas de muy difícil solución?

¿Podrás prever si un día, llevado de su criterio antirreligioso, impedirá tus prácticas religiosas? ¿No te obligará a educar a tus hijos en un ambiente poco conforme con tu religión? ¿No influirá poco a poco en ti misma, y te irá apartando de Dios? ¿No creará en tu conciencia problemas morales en cuanto al fin más sagrado del matrimonio, manchándote con crímenes entre los no religiosos muy corrientes y que, si no son un verdadero homicidio, tienen mucho parecido con él?

Y si es inmoral, ¿quién te garantiza que será fiel? ¿Quién te asegura que no se dejará arrastrar por el mal hábito contraído? ¿Quién estará libre de que tal marido no introduzca en la casa una de esas taras adquiridas con la disipación, que llevan al hogar la tristeza y la muerte?

—Mi novio —dirá alguna— no es religioso, y moralmente ha sido una *bala rasa*; pero... no importa; yo le amo, y porque le amo, quiero llevarlo a Dios. Ya le convertiré.

Alabo tu generosidad; demuestras tener un corazón grande; pero escucha: no basta tener corazón grande: es necesario tener juntamente grande la inteligencia; es decir, que el cerebro y el corazón sean proporcionados.

Ya le convertiré, han dicho algunas; y se han casado; y le han convertido. Es verdad.

Ya le convertiré, han dicho muchas; y se han casado, y no le han convertido. Esas son las más.

Pregunta a muchas desgraciadas por qué se casaron con quien sabían no era bueno; y se verán precisadas a responderte: «Porque creía que le iba a convertir, y no le he convertido». Se pasó el primer deslumbramiento del amor y ha quedado la realidad con todas sus consecuencias.

A veces la realidad es más amarga aún. A veces se escucha lo que yo he escuchado: «Yo creía poder convertirle, y me ha convertido él a mí. No tengo fe, ni espero en nadie ni en la tierra ni en el cielo. Esto es horrible; estoy desesperada».

Hay quien a todo esto sonríe ilusionada. ¿Quién no sonríe ilusionada a los veinte años?

—Mi novio —dice— antes no era religioso; pero desde que va conmigo oye misa los domingos y hasta me acompaña en alguna ocasión a la iglesia.

—El mío —dice otra— ha sido un calavera; pero ahora es muy formal y promete ser bueno. Por otro lado, ¿qué chico hay que no tenga lo suyo?

Estos son sofismas amorosos que han engañado a muchas.

El mundo está lleno de maridos que durante el tiempo de relaciones fueron muy buenas personas y después volvieron a ser los de antes, corregidos y aumentados.

Es verdad que entre los chicos hay muchos que en los ardores de la edad, en circunstancias especiales, arrastrados por malas compañías, por las pasiones en ebullición, por la inexperiencia, cayeron; pero se levantaron y supieron regenerarse. Estos no pueden ser confundidos con las orugas humanas que tanto abundan.

Para evitar confusiones y peligros de equivocaciones dolorosas, sirven mucho, muchísimo, los consejos del confesor y de los padres, que tienen experiencia y más frialdad en sus juicios, y, por tanto, mayor clarividencia en el examen del asunto.

2.ª *Amor*. —Al pensar en un hombre, no mires primeramente a su bolsillo; fíjate en su corazón. No te cases con un automóvil o con unas alhajas o con un vistoso uniforme; cásate con un hombre que te entregue su corazón.

El amor es esencial al matrimonio; sin él la convivencia íntima, la tolerancia mutua de las impertinencias y miserias inevitables es imposible.

Ama al hombre que te amé con verdadero amor; y amor verdadero es solamente aquel que se sacrifica. El que te dice que te ama y cuando le pides algo que le cuesta no lo hace, no te ama a ti; por lo menos, es un egoísta.

Una prueba que ha de darte de su amor es el respeto a tu persona. Si no la respeta, no busca tu amor, sino la satisfacción de sus pasiones. El novio bueno es el que nunca exige, sino que siempre está dispuesto a dar... respeto, cortesía, galantería; el novio celoso de la pureza de la que ama.

3.ª *Capacidad económica.* — En el concepto cristiano del hogar, la mujer es esencialmente la esposa y la madre que gobierna la casa, atiende al marido y educa a los hijos; el hombre es el obrero de la familia, el que le ha de proporcionar lo necesario para su sustento y desarrollo, dentro de las exigencias de su clase social.

Busca un marido bueno y que te quiera, pero a la vez capaz de atender económicamente a ti y a los hijos con que Dios os bendiga. Aquello de «contigo pan y cebolla» es muy bonito para soñarlo a través de las páginas de una novela, o contemplarlo en una película, pero no para vivirlo en la realidad.

Ese concepto no supone generosidad, sino temeridad e irreflexión.

Podrá la mujer aportar al matrimonio un buen capital o una fuente de ingresos apetecibles, y, sin embargo, el marido deberá ser el que sostenga la familia. Si no lo hace así, o es un vividor o un malvado, y en ambos casos indigno de compartir la vida de una mujer buena.

¿Deberá sostener la casa —me preguntas— con su trabajo o con las riquezas heredadas de sus antepasados?

De cualquiera de las dos maneras que lo haga, cumple con su deber; esto no obstante, prefiere siempre el trabajador al rico solamente; porque si éste no trabaja, es, en lenguaje claro, un holgazán, y un antiguo refrán dice que «la holgazanería es la madre de todos los vicios».

4.ª *Carácter en armonía con el tuyo.* —Es, indudablemente, esta condición la de menos importancia de las cuatro que aquí estudiamos, y, sin embargo, tiene la suya...

Los que se aman de veras saben comprenderse, compenetrarse, sobrellevarse mutuamente los defectos y plegarse el uno al otro; pero el matrimonio es para toda la vida; sus cargas resultan en algunos momentos agobiadoras; multitud de circunstancias agudizan las aristas del carácter y reconcentran amarguras. ¡Qué difícil suele resultar entonces vencerse, doblegarse y ceder!

Procura acudir al matrimonio con toda clase de garantías, y si no estás dispuesta a adoptar éstas, debes saber que tú serás la que tendrás que cargar con la cruz del carácter opuesto, y que muchas veces tendrás que inmolar el tuyo propio en el calvario del deber, que, como eres cristiana, será el del amor.

Un factor importante para congeniar es la educación. Cuando el marido y la mujer proceden de distintos estratos de educación, fácilmente surgen diversas maneras de ver las cosas y de obrar, que producen choques desagradables, contribuyendo a hacer antagónicos los caracteres.

La mujer casada con un hombre de educación más esmerada, habitualmente se siente en situación de inferioridad, no sólo con respecto de él, sino también con relación al ambiente social en el que tiene que vivir.

No te ilusione casarte con un hombre de mejor posición social si no estás educada en el ambiente de su clase, porque tendrás que vivir hurgada por un constante cilicio. Cásate con tu igual, con el que tuvo una madre como la tuya y se educó en escuelas o colegios paralelos al tuyo, con el que sabe mirar las cosas a través de tu mismo prisma, y emocionarse con los mismos acontecimientos que a ti te impresionan[124].

VI.- El noviazgo.

El noviazgo ha de ser completamente blanco, transparente y puro. Que no se deslice en él nada que pueda avergonzar después del matrimonio, nada que haya de ser ocultado a los hijos.

Sin embargo, ¡es tan fácil manchar la blancura del alma, durante el noviazgo, si no se tiene cuidado!

«Era una gota de rocío —dice una poetisa italiana citada por AZPIAZU[125]—; una gota de rocío transparente y limpia. El sol, desde el oriente, le arrancaba destellos de rubí. ¡Qué bella era! Pero pasó un pajarito, rozó la rama en que estaba, cayó la gota, mezclóse con el polvo del camino y se hizo barro».

Esta es la historia de muchas novias. Su alma era pura, transparente, limpia; pero un día, en el sendero de la vida, con ella se cruzó quien la entonó un trino de amor, y otro día, en el arrullo de ese amor..., la gota de rocío cayó al suelo y se convirtió en barro.

Adopta precauciones, muchas precauciones. Más vale prevenir que no lamentar.

Con tu novio te has de mostrar simpática, atrayente y cariñosa. ¿Por qué no, si tú le quieres y él te quiere? Ríe alegre, charla agradable y sugestiva, bromea con animación; pero cuidado, que las pasiones están sobreexcitadas y son ciegas. No toleres nada que no esté bien; lo que manche tu noviazgo, lo que empañe tu pureza.

---

[124] Además de estas condiciones, hay otra de inferior categoría, que también debe tenerse en cuenta en la elección de marido: la salud. Puede tener una importancia grande en la felicidad conyugal. Sin embargo, siempre ha de subordinarse a las anteriores y mantenerse por debajo de ellas.

[125] JOAQUÍN AZPIAZU: *Tú y él*, cuarta edición, cap. VI, 82

Bromas picarescas, frases de doble sentido, conversaciones de color un poco subido, jamás. Con nadie debes permitirte tales desahogos de la concupiscencia, pero con el novio menos que con nadie.

En los lugares donde se guardan explosivos hay rótulos que dicen: «Se prohíbe fumar». Los novios sois explosivos pasionales; no enciendas una cerilla, que es peligroso.

Guarda tu cuerpo como algo sagrado. Es intangible. Ir del brazo del novio podrá ser muy de moda; pero no es decoroso ni digno de una mujer que sabe estimarse a sí misma. Es una moda pagana que indica ligereza de juicio y degradación de costumbres. La mujer cristiana no enlaza con un hombre su brazo hasta que el sacerdote, en nombre de Dios, les une las manos al bendecir el contrato sacramental.

¿Por qué esta intransigencia? Porque cuando a la pasión se le da la mano, se toma el brazo, y si le das el brazo...

Por eso mismo no se debe transigir con otras manifestaciones de cariño, para las que suele buscarse la complicidad de la soledad o la de las tinieblas...

porque es el beso, en la corola blanca
de las flores más puras de la vida,
la hoja primera que al pudor se arranca[126].

¿Para qué ocultarse cuando no se obra mal? Siempre se ha dicho que el pecado busca las tinieblas. No te ocultes a las miradas de las gentes, no busques la soledad del campo, lo escondido del parque, la oscuridad del cine..., donde muchas desgraciadas pretenden amparar esas vergonzosas expansiones.

Pero tú, gracias a Dios, no eres así; tú no te pareces en nada a ellas; tú eres buena, y la pureza es tu mejor tesoro. Guárdalo bien. En tu tocador tienes perfumes que fácilmente se volatilizan; por eso los conservas en frascos bien cerrados. Cuidado, no se volatilice tu virtud. Guárdala bien cerrada. Evita los peligros. Ten siempre testigos de vista. Ellos no serán obstáculo para tu alegría, ni para tus bromas, ni para tus intimidades, siempre que se deslicen dentro de lo legitimo; no impedirán lo más mínimo el desarrollo del amor; pero serán freno para la pasión y preventivo para el mal.

---

[126] JOAQUÍN AZPIAZU: *Tú y ella*, primera edición, pág. 79.

Hay momentos en el noviazgo en que es fácil infligir a la pureza una grave herida, si la mujer no está prevenida y no conserva el dominio sobre sí misma. No transijas jamás, aun cuando el novio se enfade, aun cuando rompa contigo. Si así obra, es prueba de que no te ama; no busca tu corazón, sino su sensualidad.

El hombre honrado y sensato, cuando en un arrebato de pasión tropieza con la austeridad de su novia, siente crecer la estima hacia ella; y si cegado por los ardores concupiscentes se disgusta y se agita furioso, al no poder satisfacer el capricho del instinto, luego, al volver la serenidad y la calma, y con éstas la reflexión, sabrá apreciar la virtud y rendirse ante ella. Por el contrario, cuando la novia cede, después, en la hora de la reflexión, desmerecerá necesariamente aquella mujer, que no supo mantenerse en su puesto.

El noviazgo tiene influencia decisiva en el matrimonio; la que de novia fue señora, señora continuará siendo después de casada; la que sólo fue un bello juguete, juguete continuará siendo mientras conserve su belleza. ¿Y cuando ésta se haya perdido? Entonces..., probablemente, una desgraciada.

VII.- Escuela de novias.

Se tiene, por lo común, un concepto muy raquítico del noviazgo. Se le considera como una época de la vida en la que dos corazones van tejiendo una tupida red de amor, hasta quedar completamente aprisionados entre sus mallas.

Durante este tiempo, la muchacha no tiene otra preocupación que gustar a su novio y tenerlo cada vez más enamorado. A ello endereza sus *toilettes*, sus maquillajes, sus bromas, sus diversiones, su conducta; todo.

Cuando las relaciones van avanzando y el matrimonio se acerca, a esta preocupación une otra: preparar su *trousseau*.

¿Cuántas son las que además de esto se preocupan de preparar el alma y capacitarse para la misión maternal con los conocimientos y aptitudes necesarios a fin de hacer del hogar un nido de amor y un remanso de felicidad?

No basta haber tenido acierto en la elección de marido, quererle mucho, sentirse amada y contar con los medios materiales para hacer frente al porvenir. Hace falta saber gobernar la casa y llevar cristianamente la vida matrimonial: lo cual supone saber convivir con el marido, haciéndole feliz, y educar a los hijos, haciéndoles aptos para esta vida y para la otra.

Hasta hace poco, la vida de la mujer era más lógica y natural que ahora, y, por lo tanto, más hogareña. En ella, a la sombra y calor de la madre, la hija se disponía, poco a poco, casi insensiblemente, para la maternidad. En la vida vertiginosa, artificial y disparatada de la mujer moderna, esa educación ha fallado y se ha producido un vacío.

A llenarlo han venido diversas instituciones nacidas unas al amparo del apostolado de la Iglesia, y organizadas otras por el Estado. Todas ellas aspiran a ayudar a la mujer en su preparación para la vida matrimonial. Su afán, altamente cristino, merece aplauso y apoyo.

Pero no hemos de olvidar que la mejor manera de educar a la novia es volver a centrar su vida juvenil en su puesto: el hogar. En él la hija es un fruto del árbol materno, del que no será arrancado hasta que, maduro, se halle en disposición de ser depositado en el surco para producir un nuevo árbol.

Esa es la escuela legítima y más eficaz de las novias. Podrá, haber luego otras organizaciones que la completen y perfeccionen; pero que la sustituyan, no. Hay cosas que no se aprenden en ninguna escuela, sino en el rodar diario de la vida de la propia casa.

La novia debe dominar lo que podríamos llamar la ciencia del hogar, de la que extensamente hemos ya hablado. Debe imponerse en higiene y puericultura; sin olvidar jamás que hay higiene corporal e higiene espiritual y que la puericultura ha de capacitar a la madre para atender al cuerpo y al alma del niño.

La novia ha de adquirir, además, una serie de cualidades morales que le son indispensables para su vida matrimonial, y que exigen largo entrenamiento, sólo posible en el solar paterno.

La primera de ellas es espíritu de sacrificio. Ha de acostumbrarse a soportar las mil ruindades y pequeñeces anejas al vivir... Mientras estemos en este mundo, necesariamente hemos de experimentar contrariedades. ¿Por parte de quién? En general, de aquellas personas que están más cerca de nosotros. Nadie más cerca de la mujer que su marido. En esa vida íntima que ambos han de hacer, no puede evitarse que haya roces y esos roces hieran. La mujer debe saberlos soportar, porque en ello estriba la paz de la familia.

La mujer susceptible, la que con facilidad se hiere, la que no soporta un mal genio o una cara hosca, o una contestación desabrida, la tenaz en sostener su punto de vista, está condenada a sufrir mucho. Ignora que la mujer convence

al hombre callando y le vence cediendo; que no influye en él atacándole de frente, sino de costado, por medio del corazón.

Pero eso no se improvisa; hay que prepararse para ello y la novia ha de procurar aprender de antemano esta difícil asignatura conyugal.

«Eduquémoslos (a los novios) —dice TIHAMÉR TÓTH[127]— de suerte que no se acostumbren a decir siempre: ha sido él el que ha empezado, él es el que tiene la culpa; sino que sepan confesar: «Mea culpa, mea culpa», «La culpa es mía». Eduquémoslos para que en este mundo egoísta no esperen siempre la enmienda del otro, sino que procuren enmendarse ellos. Eduquémoslos para que sepan buscar, no lo que les gusta a ellos, sino lo que gusta a los demás».

Ha de aprender también la novia a pensar, a reflexionar. En el mundo hay muchas mujeres que no piensan, sino que proceden como autómatas a impulso de las reacciones que excita en ellas lo que les rodea. Obran porque todos lo hacen así, porque es moda, porque en aquel momento se les ha ocurrido, porque les ha venido bien...

En la vida se pueden evitar muchas molestias pensando, reflexionando; en cambio, por proceder sin detenerse a ponderar lo que se debe hacer, vienen muchas veces amarguras y sinsabores.

La sensatez, la ponderación, la madurez de juicio es muy necesaria al ama de casa; y, por tanto, la novia debe adquirir esta bella cualidad.

Todo esto y otros muchos elementos que quedan ya expuestos en este libro —sobre todo los referentes a piedad y pureza— se precisa para formar bien a la novia; la cual, además, deberá tener un conocimiento claro de lo que es el matrimonio. Ayudarle a adquirir este conocimiento pretende el siguiente capítulo, síntesis abreviada de las ideas capitales en esta materia.

VIII. -El matrimonio.

Te supongo ya informada de lo referente a la transmisión de la vida. Tienes derecho a conocerlo. Tu misma naturaleza te lo revela, aunque de una manera un tanto vaga.

[127] *Cristo Rey*, cap. XIV, pág. 153,

Sin embargo, como se trata de un asunto muy delicado, no hables de él con nadie, ni preguntes a nadie fuera de tu madre. A ésta, sí, pregúntale cuanto quieras, y ella te informará de cuanto debas saber.

«Dios ha dispuesto que haya en el género humano un sexo masculino y un sexo femenino. Y ha querido que se estableciese entre ellos una mutua atracción. Y ha creado esa realidad misteriosa que se llama amor. El amor tiende a la unión: es el matrimonio. La unión trae como consecuencia al hijo[128]». Así comienza el sabio jesuita francés RAÚL PLUS su obra *Hacia el matrimonio*.

El matrimonio, como unión del hombre y la mujer, en orden a la procreación y a la mutua ayuda, existe desde el principio del género humano, pero Jesucristo lo elevó a la categoría de Sacramento, por el cual los esposos se casan y reciben gracias sobrenaturales, «con las que vivan entre si pacíficamente y críen hijos para el cielo[129]».

Para los cristianos, no hay más matrimonio válido que el Sacramento; el otro, el llamado civil, no pasa de ser un concubinato.

En España, en tiempos de la República, la autoridad gubernativa obligaba a todos los españoles que quisieran casarse a contraer matrimonio civil. La Iglesia, para evitar a sus hijos mayores molestias, consentía que se contrajese este matrimonio, pero no lo consideraba como tal, sino como una mera fórmula que había de ser realizada ante la autoridad civil. Por eso, a pesar de él, era necesario recibir el Sacramento; y mientras éste no se recibiese, los esposos debían vivir como solteros. La esencia del Sacramento del Matrimonio está en las palabras que los contrayentes pronuncian para entregarse el uno al otro y aceptar mutuamente el derecho sobre sus cuerpos en orden a engendrar hijos. De aquí que en este Sacramento el ministro no sea el sacerdote, sino los mismos esposos. Esto no obstante, para que el matrimonio sea válido, excepto en los casos extremos previstos por el Derecho Canónico, es necesaria la presencia del sacerdote.

Las características del matrimonio son la unidad e indisolubilidad, encerradas en la frase vulgar: «Uno con una y para siempre». De aquí que repugnen no solamente la poligamia (muchas mujeres) o la poliandria (muchos maridos), sino también el amor libre y el divorcio, que se oponen a la ley divina,

---

[128] RAÚL PLUS: *Habla el matrimonio*, libro I, cap. I, pág. 11.

[129] *Catecismo de la Doctrina Cristiana de la Diócesis de Vitoria*, 4.ª parte, lección 50, núm. 485.

quebrantan la naturaleza humana y conducen siempre en línea recta a la degradación de la mujer.

Los fines del Sacramento son tres: los hijos, la fidelidad y la santificación de los esposos.

1.° *Los hijos.* —Es el fin primario y principal, y es a la vez el más atacado por las fuerzas satánicas de la sociedad moderna. Los padres se casan para criar hijos para el cielo; y los que a esto se oponen, cometen un gravísimo pecado, que corroe los fundamentos mismos de la sociedad humana.

Pueden los padres, por una razón justa, abstenerse de mutuo acuerdo de su acción procreadora, siempre que ambos guarden continencia; lo que no les está permitido es buscar el placer por sí mismo, con exclusión de su fin providencial; como tampoco les está permitido impedir o destruir la acción de la naturaleza en esta materia.

Y es tan importante este punto, y es tanto lo que se falta en él entre los mismos católicos, que hay novias que antes de formalizar definitivamente sus relaciones con su novio, le piden juramento de que jamás se opondrá a las normas de la Iglesia en asunto tan delicado.

2.° *La fidelidad de los esposos.*—Los hijos son el fin primordial, pero no el único. Es también este Sacramento para remedio de la concupiscencia y para que la inclinación sexual que Dios depositó en la naturaleza humana no se desborde ni desvíe, sino que vaya encauzada dentro de los límites de lo legítimo con relación al fin principal.

Para este encauzamiento de la tendencia sexual se necesita una unión íntima de los esposos, una fusión, aún más que corporal, afectiva. «Si la amistad —dice el P. VILARIÑO[130]— es tal vez el don más perfecto que Dios ha concedido al hombre, el matrimonio es de las amistades la más perfecta, plena y absoluta». Pues bien: este amor, por encima de todo otro amor, lo fomenta el Sacramento.

3.° *La santificación de los esposos.* —Por voluntad de Dios, el bien supremo al cual se han de ordenar todos los demás bienes, es la santificación propia. A ésta se han de ordenar todas las acciones humanas, y, por lo tanto, el matrimonio. De ahí que el Sacramento dé las gracias suficientes para que los casados, en la procreación de los hijos y en la fidelidad mutua, se santifiquen.

---

[130] REMIGIO VILARIÑO: *Puntos del Catecismo*, tomo III, capítulo XXXI, pág. 323.

Aquí tienes, muchacha que aspiras al matrimonio, en reducida síntesis, cuanto te conviene saber relativo a él.

Acaso algunas de cuantas cosas te he dicho te parezcan un tanto crudas; lee lo que Pío XI escribía en su Encíclica *Casti Connubii*[131]: «y porque, para evitar los engaños del enemigo, es menester antes descubrirlos, y ayuda mucho mostrar a los incautos sus argucias, aun cuando más quisiéramos no mencionar tales iniquidades, «como conviene a los santos[132]»; sin embargo, por el bien y salvación de las almas, no podemos pasarlas en silencio».

Una advertencia final: Cuanto tienda a fomentar y mantener el amor conyugal, que debe estar por encima de todo otro amor, es lícito, «con tal de que quede salvaguardada la naturaleza intrínseca de estos actos y salvaguardada igualmente su subordinación al fin primordial[133]».

IX. -«Sursum corda!»

Este es el grito que lanza la Iglesia en el prefacio de la Misa, y este mismo grito lanzo yo en el prefacio de tu vida matrimonial.

No somos de la tierra; nuestra patria es el cielo, nuestro fin está en Dios. *Sursum corda!* ¡Arriba los corazones!

No desarrolles tu noviazgo como un asunto meramente terreno y mundano; es un asunto trascendente. Fuiste creada por Dios para servirle en esta vida y después gozarle en la eterna. Tienes que servirle en todo, hasta en tu noviazgo. Eres cristiana, tienes que vivir a Cristo en todo momento; tu noviazgo tiene que estar saturado de espíritu cristiano.

MAURICIO RETOUR[134] escribía a su novia: «Que siempre esté Dios por encima y que sea siempre Él nuestro supremo fin, aun en la plenitud de nuestro amor».

¿Qué te parece este pensamiento? ¿Concibes tú así el amor? ¿Dios sobre todo, Dios último fin del amor humano? ¡Qué cristiano es esto! ¡Así debes pensar tú!

---

[131] AZPIAZU: *Direcciones pontificias*, pág. 433

[132] Epístola de San Pablo a los de Éfeso, V, 3.

[133] Encíclica *Casti Connubii*., AZPIAZU: Ob. cit., pág. 436.

[134] PLUS: Ob. cit., lib. III, cap. I, pág. 157.

¡Y cómo crece la solidez y reciedumbre del amor humano, cuando se subordina al divino, y en él se enciende y se inflama!

Lee este otro pensamiento de otro novio, ESTEBAN SZÉCHENYI, que el día 26 de diciembre de 1820 escribía en su diario la siguiente oración[135]: «Concédeme, Señor, que pueda compartir con Celina los días de mi vida, y que por ella pueda encontrar el consuelo y la paz, que por mí mismo nunca podría hallar, y juntamente con ella pueda consagrar mi vida a Ti, a tu mayor gloria. Y si yo no he de ser mejor por ella, ni ella ha de serlo por mí, entonces, lejos de juntarnos, sepáranos y permítenos que por caminos diferentes logremos un día encontrarnos de nuevo en la eternidad».

¡Qué sublime es esto! ¡Cómo rezuma espíritu de Cristo! «¡*Ser mejor por ella y ella por él*!» Este es el verdadero afán de superación. *Sursum corda!* ¡Arriba los corazones!

[135] TIHAMÉR TÓTH: *Cristo Rey*, cap. XII, pág. 132.

ORIENTACIONES COMPLEMENTARIAS

Capítulo séptimo.

SUMARIO

I.- Mira hacia fuera.
II.- Sé apóstol.
III.- La parroquia.
IV.- Haciendo patria.
V.- El orgullo de ser española.
VI.- «*Plus ultra*!»

I.- Mira hacia fuera.

¿No te parece que la vida no te ha sido dada exclusivamente para ti, sino que tienes obligaciones y deberes para con los demás?

La muchacha que se preocupa tan sólo de sí misma y no atiende a los otros, no llena su misión en la vida. La mujer, sin dejar de mirar hacia adentro, debe mirar constantemente hacia fuera.

Y en torno de ti, ¿qué es lo que hay? Miseria moral y material: pobreza, enfermedad, dolor, error, ignorancia, pasión, malicia, pecado...

¿Y tú crees que no tienes deber alguno con respecto a todo esto? ¿Tú crees que puedes atender a tu riqueza, mayor o menor, sin preocuparte del pobre? ¿Qué puedes cuidar tu salud y labrar tu felicidad sin pensar en el enfermo y en el desgraciado? ¿Qué puedes cultivar tu inteligencia y tu corazón y adquirir una instrucción nada vulgar y una educación esmerada sin hacer el mínimo esfuerzo por mejorar el nivel intelectual y moral de multitud de equivocados, ignorantes, pasionales y delincuentes que se revuelven junto a ti?

Creyeron los antiguos que la tierra era el centro en torno del cual giraban todos los astros; pero la ciencia se ha encargado de demostrarnos que es la tierra la que con la comparsa de planetas gira en torno del sol. Hay muchas chicas que se han creído el centro de la vida, en torno del cual todo ha de girar; ellas han de preocuparse de sí mismas y deberá ceder todo lo demás ante ellas; pero la religión nos enseña que esas chicas sólo son individuos de comparsa que han de girar en torno a Dios.

A cada uno de los planetas no le es indiferente la actuación de los demás, sino que mutuamente se influencian y hasta arrastran a los satélites en su movimiento, determinando el suyo. Tampoco a cada chica le es indiferente la actuación de las demás. La sociedad está constituida de tal forma, que todos los individuos nos engranamos en mutuas influencias.

No te empeñes en encerrarte en tu castillo de oro, dejando a la sociedad que camine a la deriva, porque cuando te encuentres más a gusto, en tu bienestar y dicha, el mal social explotará en revoluciones, cuyas salpicaduras te alcanzarán de lleno.

¡Cuántas muchachas, víctimas de la revolución roja española, creyeron haber hecho lo suficiente, siendo ellas buenas y felices, sin preocuparse de los

demás! Pero los demás se preocuparon de ellas, y las consecuencias fueron espantosas. ¡Si se hubiesen acercado más al pobre, al doliente, al miserable; si hubiesen trabajado para disipar tinieblas y fortalecer espíritus anémicos; si hubiesen tendido la mano al caído para levantarle y empujarle por el camino de la regeneración!...

Es tu conciencia la que te lo dice: En tu misma población hay multitud de chicas que, por carecer de medios para ello, no han podido adquirir la educación esmerada que tú tienes.

Muchas no tienen tu formación religiosa porque han carecido de padres tan virtuosos y conscientes como los tuyos, no pudieron frecuentar los colegios en que tú te educaste, no han desarrollado su vida en el ambiente de selección en que tú lo has hecho... Si ellas hubiesen nacido y crecido en tus condiciones, acaso hubiesen respondido aún mejor que tú y hubiesen llegado más allá de donde tú has llegado. Sin embargo, no pudo ser así; carecían de tus medios y tus circunstancias.

Dime, ¿no hay aquí a tu favor un privilegio que tienes que agradecer a Dios?

¿Y qué mejor manera de agradecérselo que haciendo participantes a los demás de las ventajas de tu educación? Transmite a los otros los conocimientos culturales, la formación religiosa, y moral que en tu situación privilegiada has podido lograr; extiende hasta ellos el bienestar de tu posición. Que entre ellos y tú haya hermandad.

Hermandad: ésta es precisamente la clave. Eres hermana de los que en la sociedad te rodean, y en una familia bien equilibrada y bien centrada en el Evangelio, los hermanos de mejor posición no pueden desentenderse, sino, al contrario, deben favorecer a los que en cualquier sentido sean necesitados.

Hermandad en Cristo: ésta es la ley que te obliga por encima de toda otra ley.

Todos los católicos formamos un cuerpo social, cuya cabeza invisible es Cristo y la visible el Papa, y como entre los miembros de un mismo cuerpo hay una instintiva simpatía que obliga a los unos a atender al bien de los otros, porque solamente gozando de salud todos los miembros, cada uno de ellos puede disfrutar de bienestar, así también en la comunidad católica existe una hermandad intima entre todos sus componentes, que a los que tienen conciencia de sus deberes les obliga a preocuparse los unos de los otros, ayudarse

mutuamente y fundirse en aquel amor que a la Roma pagana le obligaba a exclamar admirada: *¡Mira cómo se aman los cristianos!*

II.- Sé apóstol.

¿Quieres ser buena? Sé apóstol. La experiencia me ha enseñado que mantenerse a la defensiva lleva frecuentemente al fracaso. Para triunfar es preciso ponerse en plan de conquista.

Hay quien, convencida de que el mundo está lleno de malicia, para no contaminarse, se aísla de él con un muro preservativo y, bien abroquelada tras de multitud de precauciones y cuidados defensivos, se preocupa tan sólo de ser ella buena, sin parar mientes en los demás. ¿Y qué sucede? Que cuando está más descuidada, a través de las resquebrajaduras abiertas por la tibieza o por el abandono, el virus del mundo se le infiltra y le contamina; o en época de crisis espiritual un golpe de mar le arrebata y le hace naufragar en pleno piélago pasional.

¿Quieres no ser vencida? Ataca tú. El mundo es malo, perverso; su contagio es muy fácil; son muchos los náufragos de la vida; son muchos los esclavos de la mundanidad. Ante ese peligro no puedes ser egoísta. Procura no caer; pero procura a la vez salvar a los demás.

El mundo te ataca; ataca tú al mundo y así vencerás. Él te ataca con sus vanidades, sus atractivos, sus espejismos rientes y sugeridores; tú ármate con una buena formación religiosa y lánzate a destruir sus vanidades, a quebrantar sus atractivos, a desenmascarar sus espejismos, que, sonrientes y sugeridores al exterior, son dolorosos y repugnantes en sus consecuencias.

Cada vez que consigues conservar la pureza de una amiga, echas una llave más a la puerta del sagrario de tu pureza; cada vez que logras que una chica practique la virtud, te afianzas tú más en la misma virtud.

Sé apóstol: es el mismo Jesús quien te lo dice.

En un monte de Galilea, siguiendo las indicaciones del Maestro, se han reunido más de quinientos discípulos. Ante ellos se aparece Jesús resucitado, y, después de aleccionarles, les dice: «*Me ha sido dado todo el poder en el cielo y*

en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizadlas..., instruidlas en la práctica de cuanto os he mandado[136]».

Ahí tienes la misión de Cristo, engendradora del apostolado católico.

¿A quién va dirigida? ¿A sólo la Jerarquía eclesiástica? ¿A sólo los sacerdotes?

No; a los quinientos allí congregados y que constituían la primitiva Iglesia. De ellos, la inmensa mayoría eran seglares, y en el estado seglar habían de continuar. Y, sin embargo, a todos les dice: «*Id, enseñad, instruid...*»

¡Qué bien lo entendieron ellos! Junto al apostolado jerárquico, exclusivo de los Apóstoles y sus sucesores, se desarrolló el apostolado seglar, obediente, subordinado a la Jerarquía.

Esta ejercía el llamado apostolado vertical, realizado de arriba abajo por los constituidos para ello en una sagrada categoría superior de ministros de Dios. Los seglares, a su vez, desarrollaron el apostolado horizontal entre sus iguales, en los cuales podían influir muchas veces más eficazmente que los presbíteros, por el mayor roce y la mayor intimidad que con ellos tenían.

Su actuación era como la de la mancha de aceite, que en un principio es un puntito, pero poco a poco se va agrandando hasta adquirir enormes proporciones. Cada cristiano es un centro dinámico de proselitismo: actúa en su familia, en su esfera social, y el individuo se convierte en comunidad.

Sé tú también apóstol de Cristo. Responde a la misión de Él recibida, puesto que eres cristiana,

En el puesto que te haya correspondido en la vida influyes, aun sin quererlo, en cuantos te rodean; en tu roce diario vas dejando en torno de ti, con tu ejemplo y con tus palabras, sedimentos de virtud o de vicio, y a poco que te lo propongas, en esas innumerables ocasiones que el rodar constante por la vida ordinaria te proporciona, puedes imprimir un fuerte impulso hacia arriba o hacia abajo.

¡Muchacha, impulsa siempre hacia arriba, lleva a la Humanidad hacia Dios! Sé su ángel bueno.

Este es precisamente tu papel: *Ser ángel bueno*... de tu padre, a quien con tus caricias y muestras de amor has de hacer desarrugar la frente contraída por las preocupaciones de la vida, a la vez que le inyectas espiritualismo, de que

[136] SAN MATEO, XXVIII, 16-20,

tanta necesidad tendrá en medio de las ocupaciones terrenas a que por tu bienestar se entrega.

De tu hermano, que, por ser de edad aproximada a la tuya, será más transparente y asequible a ti que a tus padres, a quienes acaso procurará ocultar algo.

De tus amistades, en las que insensiblemente puedes ejercer una influencia benéfica.

De tus criadas... ¿Utilizarás sus servicios sin preocuparte de su educación, de su formación en la virtud, de su mejora moral y material?

En el centro docente donde estudias, en la oficina o taller donde trabajas, en el círculo social en que te mueves, en las mismas diversiones honestas y lícitas en que te recreas, estás en contacto con multitud de personas. ¿Pasarás junto a ellas sin imprimir en su alma una huella, sin impulsarlas hacia Dios?

Contágialas de tu espíritu cristiano, de tu ideal evangélico, de tu amor a Dios.

Tu apostolado debe ser de contagio. Los que están en contacto íntimo con un tuberculoso, o un varioloso, a la corta o a la larga se contagian y contraen la enfermedad. Que cuantos estén en contacto contigo, tarde o temprano contraigan el bacilo de tu espíritu evangélico, se contagien de tu vida cristiana.

III.- La Parroquia.

Es muy lamentable el olvido en que muchas chicas tienen a su Parroquia, y este olvido nace generalmente del falso concepto que de ella se han formado.

Algunas la confunden con el templo parroquial, y hablan de ella como de un edificio sagrado cualquiera. Para otras no pasa de ser una entidad eclesiástica encargada de bautizar, casar y enterrar.

Unos y otras están en un error. La Parroquia es algo de una categoría muy superior a todo esto. Tu Parroquia es para ti tu familia religiosa.

Atiéndeme. Tú eres cristiana, y para practicar tu religión, perteneces a la Iglesia Católica fundada por el mismo Cristo, y que, según el Catecismo, «es la congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa».

La Iglesia Católica tiene su organización propia, por la que se divide en diócesis, a cuyo frente hay un Obispo, y las diócesis en parroquias, bajo la

jefatura de un párroco. De donde resulta que la Parroquia está formada por un grupo de fieles cristianos, cuya cabeza inmediata es el párroco.

El Bautismo te constituyó miembro de la Iglesia Católica, pero no de un modo vago e impreciso, sino constituyéndote miembro de una Parroquia, en cuyo registro quedó inscrito tu nombre como el de un nuevo familiar. Desde ese momento, siempre que la Iglesia quiere influir en ti de una manera oficial, lo hace a través de tu Parroquia; por eso ésta te comunica las disposiciones de aquélla, controla el cumplimiento del precepto pascual, bendice tu matrimonio o registra tu profesión religiosa, te ofrece cuanto te hace falta para la vida del alma, y después de haberte proporcionado los últimos consuelos espirituales, conducirá tus restos corporales al cementerio y encomendará tu alma en sufragios funerales.

Luego la Parroquia es, en el terreno religioso, lo que la familia en el natural.

De aquí se siguen diversos deberes en los que acaso no hayas reparado.

1.° *Debes vivir la vida religiosa de tu Parroquia*, asistiendo para ello con frecuencia a tu templo parroquial, que es tu casa solariega y domicilio social como católica[137]. Allí te pondrás en contacto con tus hermanos de feligresía y, sobre todo, con tu párroco, que es para ti tu padre espiritual, encargado por Dios de cuidar tu vida religiosa.

Si él tiene obligación de atenderte, tú tienes la correlativa de no huir de él, sino, por el contrario, ponerte a tiro para que pueda influenciarte.

Antiguamente había la buena costumbre de asistir todos los domingos a la misa parroquial; así, la familia religiosa rendía colectivamente culto a Dios, participaba en el sacrificio eucarístico que por ella, como tal colectividad, se ofrecía, y escuchaba la predicación evangélica de su párroco, que en estas homilías dominicales iba marcando las directrices de su Parroquia, corrigiendo defectos e impulsando virtudes. Por desgracia, esta buena costumbre se ha perdido, y hoy son muchos los feligreses que jamás escuchan a su párroco y tal vez ni le conocen, perdiendo con ello la influencia benéfica de quien ha sido diputado por Dios para desarrollar en ellos una misión pastoral.

---

[137] El Código de Derecho Canónico, en el canon 467 establece: «Ha de advertirse a los fieles que acudan con frecuencia, donde esto pueda hacerse cómodamente, a sus iglesias parroquiales, y allí asistan a los divinos oficios y oigan la palabra de Dios».

2.° *Debes cooperar al esplendor del culto y al ornato de tu templo parroquial*. «Parroquias pobres hay en las que los feligreses han de encargarse de todo, pero aun en las Parroquias que gozan de cierta holgura y tienen personal dependiente que se ocupe del mecanismo ordinario y del trabajo grueso, deben ser las señoras y señoritas feligresas las que se encarguen de ciertos menesteres que suponen delicadeza, distinción y buen gusto. Ellas deben encargarse de lo relacionado con el Sagrario, el ornato de los altares, etc., sobre todo en las grandes solemnidades parroquiales[138]».

3.° *Debes tomar parte activa en las organizaciones parroquiales*. No serías buena hija de familia si te desentendieses de la educación de tus hermanos y de lo concerniente a la buena marcha de tu casa. Tampoco serás buena feligresa de tu Parroquia si te desentiendes de sus organizaciones, no quieres colaborar en ellas y huyes de sus cargas.

Sobre todo, hay una empresa que reclama tu atención: el Catecismo. Tu párroco y su clero no son suficientes; necesitan corazones maternales que, a su lado y bajo su dirección, vayan instruyendo y educando en cristiano a los niños de la feligresía. ¿No te parece que aquí hay un puesto reservado para ti? Piénsalo.

IV.- Haciendo Patria.

«Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios, es uno de los preceptos establecidos por Jesucristo[139] . Luego, además de nuestros deberes religiosos, tenemos otros patrióticos, que, según el Divino Maestro, hemos de cumplir.

Más aún: Según El, todos los mandamientos divinos se reducen a dos: amor a Dios y amor al prójimo. ¿Y quién más prójimo nuestro que aquellos que con nosotros están unidos por haber recibido de Dios un destino común en la Historia? Porque la Patria no la hace la sangre, ni la raza, ni el idioma, ni la Geografía. La Patria la hace el destino que Dios da a los pueblos para que lo realicen en unidad común. Por eso, España, aunque producto de mezcla de sangres diversas y de cruzamientos múltiples de raza, aunque habló durante largas centurias distintos idiomas hermanos y ha tenido tan variada composición

[138] ENCISO: *Tu Parroquia*, pág. 21.
[139] SAN MATEO, XXII, 21.

geográfica, es una Patria, la tuya; porque a todos los pueblos españoles les ha unido Dios con un destino común, que les enlaza en unidad de ideales, impulsos y amores sagrados[140].

A tu Patria, a España, te debes con obligación natural y religiosa. Tú tienes que hacer Patria, engrandecer a España. ¿Cómo?

¿Te parece a ti que cumples con este deber solamente por tener a todas horas en tus labios su nombre, vitoreándola hasta enronquecer, cantando con entusiasmo los himnos patrióticos?

¿Acaso basta que acudas a todos los actos organizados en su honor y saludes reverente el paso de la bandera, y te rompas las manos aplaudiendo a los héroes, y lleves prendidas en tu vestido las insignias de la Patria?

No; todo esto está muy bien, pero no basta.

Para hacer Patria hace falta más, mucho más. Es necesario dotarle de una vida propia, pujante, espléndida, que se abra paso entre los demás países, no por trato de benévola condescendencia, sino por su propio valer; que se imponga a los demás obligándoles a que le respeten y le amen, o por lo menos le teman.

Hacer Patria es conseguir que la nuestra no camine al dictado de otra, sino que, por el contrario, dicte a las demás y las influya.

Para ello precisa elevar el nivel cultural del pueblo, dotándole de una instrucción y educación excelente, con creencias firmes y moral pura; hacerle independiente económicamente a base de un espléndido desarrollo industrial y comercial; proveerle de un ejército invencible, capaz de todos los heroísmos.

Y esto no se consigue sólo con aplausos, vitores y discursos entusiastas; esto se logra únicamente sacrificándose todos en el cumplimiento del deber y laborando cada uno con tenacidad y entusiasmo en el puesto que le corresponda.

El tuyo, ya lo hemos dicho muchas veces, es esencialísimo.

Tú eres la encargada de formar a los futuros ciudadanos, que serán como tú los formes.

Tú serás la clave de un hogar cuyo equilibrio, solidez y elevación dependerán de ti. El hogar es la célula de la Patria. Como sean los hogares, será la nación; del ambiente casero resultará el ambiente social.

¿Te das cuenta de cuál es tu primer deber para con la Patria?

---

[140] Tampoco la Historia hace la Patria. La Historia propia no es otra cosa que la vida de la Patria a través del tiempo. Sin embargo, Dios, para determinar y concretar la Patria, se sirve de los acontecimientos de la Historia.

Además, puedes tener otros deberes, que, aunque secundarios con respecto a éste, al que nunca deberán perjudicar, sin embargo, en momentos determinados reclamarán tu atención y tu educación.

Precisamente en los tiempos presentes, cuando la reconstrucción de España exige de todos grandes sacrificios, y la consolidación de su triunfo reclama una compleja y fuerte organización, donde a la mujer le está reservado un puesto importante, será solicitada tu colaboración para multitud de obras de asistencia social, cultura, etc.

Si no hay un motivo razonable, no debes negar tu ayuda. Te debes a la Patria, debes servirla.

Pero sírvela con espíritu cristiano. Cada vez estoy más convencido del enlace esencial que existe entre Religión y Patria, entre católico y español, entre apóstata de la fe y traidor a la bandera.

No te extrañe esto. Sin espíritu cristiano se sirve fácilmente a la Patria en los momentos de bonanza, de euforia, de exaltación, o cuando al que le sirve todo le resulta bien; sin creencias religiosas se sirve fácilmente a la Patria en un puesto de relumbrón, donde se oyen aplausos, y el halago regala los oídos; sin fe en Dios se sirve fácilmente a la Patria en un momento determinado y breve, en que se realiza a plena luz una hazaña que será recogida por la Historia.

Pero el que carece de espíritu cristiano se cansa fácilmente, y abandona su puesto cuando tiene que servir a la Patria envuelto en la adversidad, entre marejadas de intrigas y antipatías, cuando la frialdad y la soledad son sus únicas compañeras.

El que no tiene creencias religiosas difícilmente se resigna a servir a la Patria en la oscuridad, de donde nadie le sacará, sin que a él llegue una sola voz de aprobación ni cuelgue jamás de su pecho una condecoración.

El que no está sostenido por la fe en Dios, ¡qué difícil que se conforme a estarse sacrificando constantemente en el anónimo día tras día, mientras otros brillan y figuran a la luz del sol!

Y, sin embargo, esos sacrificios callados, oscuros, anónimos, constantes, en lenta tragedia de abnegación, son necesarios para la grandeza de la Patria. Sin ellos, los heroísmos del momento se esterilizarían; sin su respaldo, las grandes figuras de la Historia fracasarían:

Y, por otro lado, esos actos heroicos extraordinarios que se perpetúan en mármoles y bronces los exige la Patria a muy pocos; estos otros anónimos y oscuros nos los pide a todos.

Pues bien; esta ignorada abnegación constante, este lento heroísmo sacrificado, es posible, llevadero, fácil, cuando se sabe que para Dios no hay héroe anónimo; que el mismo Dios que ha de premiar nuestras acciones ha mandado: *Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*.

V.- El orgullo de ser española.

De tejas abajo, ningún otro orgullo podrás tener más legítimo que éste: que ninguna mujer de país alguno ha sido favorecida por Dios con una Patria como la tuya.

Colocada España en un punto vitalmente estratégico, apenas hubo en la Historia pueblo poderoso que no se disputase su posesión. Tras de los primeros pobladores, que se la repartieron en mosaico variado de tribus, visitaron su territorio los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los pueblos germanos y los árabes. Todos ellos fueron dejándonos el influjo de su civilización y su sangre. Con todos ellos se hizo una raza fuerte, sana e indomable.

A los que más debemos es a los romanos. Ellos nos dieron, con su lengua, su filosofía, su cultura y sus costumbres, la unidad hasta entonces perdida en la multiplicidad de tribus acantonadas en su terruño, sin comunidad alguna de intereses con las inmediatas; y por encima de todo esto nos dieron la religión cristiana, que, predicada por nuestro Padre Santiago, por San Pablo y por los varones apostólicos, vivificó al pueblo español, capacitándolo para que, después de vencer espiritualmente a sus vencedores materiales, naciese como Patria en el tercer Concilio de Toledo. Allí es donde, por primera vez en la Historia, puede aplicársele a España el lema sagrado de UNA, LIBRE y GRANDE.

La inundación árabe borró este lema, pero la Reconquista volvió a esculpirlo con caracteres más gloriosos aún, hasta conseguir que brillase con todo su esplendor en la toma de Granada y descubrimiento del Nuevo Mundo.

Ninguna nación ha desempeñado en la Historia papeles tan importantes como la tuya, y ninguna ha escrito gestas tan gloriosas.

La Reconquista fue una empresa de almas grandes. La Patria está deshecha; los españoles, abatidos, desconcertado, oprimidos; pero no se rinden. Se encaraman en las montañas y proclaman su decisión firme de morir antes que someterse al invasor. A la sombra de la Cruz se lanzan a la lucha; las generaciones guerreras se suceden entre sí; los azares de la lucha unas veces son prósperos y otras adversos; las pasiones humanas detienen en multitud de ocasiones la obra patriótica. Así ocho siglos, y, al cabo de ellos, una mujer, Isabel, penetra triunfadora en la Alhambra de Granada.

Para contener a los mahometanos en el Oriente fueron menester las Cruzadas, en las que participaron todos los Estados de Europa; para contenerlos en Occidente bastó España.

Otra empresa parecida fue la lucha contra la falsa Reforma, enmascarada revolución religioso-política, que convirtió a Europa en un volcán en constante erupción. Los Estados más fuertes sufrieron sus convulsiones y se desgarraron en sangrientas guerras intestinas. Se hundieron tronos y se alzaron cadalsos; lucharon entre sí los reyes, los magnates, las distintas clases sociales.

En medio de tanta confusión y tanta sangre, España fue el único país que se mantuvo libre del contagio, y con sus ejércitos, mil veces victoriosos, luchó en defensa de la civilización cristiana en Alemania, en Flandes y en Francia; y los mares de Inglaterra se cubrieron con los restos gloriosos de aquella potente escuadra que, invencible para los hombres, hubo de ser vencida por Dios.

Pero la empresa más formidable realizada por tu Patria es el descubrimiento y colonización de América. Un continente extensísimo, separado de Europa por mares desconocidos, habitado por tribus, salvajes unas y de cultura inferior las otras, con climas completamente distintos del español..., y aquellos hombres geniales se lanzan a la aventura noble de conquistarlo, no para explotarlo en servidumbre vil, sino para civilizarlo y crear en él una serie de países iguales al suyo propio.

La colonización de América es uno de los más grandes timbres de gloria para tu Patria. Y eso que España tiene multitud de timbres de gloria. Jamás Estado alguno, ni aun el Imperio Romano, poseyó una extensión territorial tan grande como el Imperio Español, en cuyos dominios no se ponía el sol; jamás hubo pueblo que tuviese Siglo de Oro tan maravilloso, tan fecundo y tan complejo como el nuestro.

Esa es tu Patria: España. ¿No es cierto que tienes motivos sobrados para estar orgullosa de ella?

Sirve a tu Patria como la sirvieron las grandes mujeres españolas, que tanto contribuyeron a abrillantar el esplendor de su grandeza: Egeria, la monja peregrina del siglo IV, cronista de sus propios viajes; María de Agreda, consejera de reyes; reinas tan excelentes como María de Molina e Isabel la Católica; literatas como Juana Inés de la Cruz; humanistas consumadas como Beatriz Galindo, apodada *la Latina*; talentos organizadores de vuelos místicos tan extraordinarios como Teresa de Jesús; valores intrépidos como Agustina de Aragón; espíritus compasivos y emprendedores como Concepción Arenal.

Sírvela con interés y sacrificio en estos momentos en que se revaloriza. Porque tu Patria, grande en sus empresas, no ha sido menos grande en sus desdichas.

Ya te he dicho que, por su situación estratégica, España ha sido siempre víctima de malsanas apetencias extranjeras. Recuerda en los tiempos modernos la invasión francesa. La última tentativa de conquista la ha realizado el comunismo bolchevista. Pero ahora, como en la Reconquista, como en la guerra de la Independencia, el genuino pueblo español se puso en pie, e identificado con su Ejército, lanzó sus juventudes a una lucha titánica y sublime, en la que se disputaba, con la existencia de la Patria, la cultura y la civilización cristiana.

Por Dios y por España se batieron bravamente nuestros muchachos, llevando sobre su pecho las flechas y el yugo de los Reyes Católicos o la cruz de Borgoña de la Infantería; por Dios y por España cayeron los mejores, y por Dios y por España se ha triunfado.

Hoy España, revalorizada, vuelve a presentarse en el campo internacional arrogante y digna. Su escudo es el que confeccionara aquella mujer cien por cien que llevaba en su sangre las esencias todas de la raza española, y sobre él campea el lema sagrado UNA, GRANDE, LIBRE.

Esa es España. Muchacha que te sientes orgullosa de tu Patria, sírvela con lealtad y entusiasmo.

VI.- «*Plus ultra*!»

Un paganismo estéril colocó sobre las columnas de Hércules la leyenda: «Non plus ultra», «No más allá», y al extremo de España se le llamó Finisterre,

fin de la tierra; pero el catolicismo fecundo iluminó a España, y la vieja leyenda cayó de las columnas de Hércules, mientras en las banderas de la Patria aparecía un nuevo mote: *Plus ultra*! ¡Más allá! Ante este nuevo lema, el mar tenebroso se abrió, a través de él cruzaron nuestras carabelas y se descubrió el Nuevo Mundo.

Muchacha, ése ha de ser tu lema: *Plus Ultra*! ¡Más allá! En todos los instantes de tu vida supérate a ti misma, mira hacia adelante y avanza.

No te conformes nunca con la perfección ya adquirida; no digas nunca: «Soy bastante buena, sé bastante, valgo bastante». *Plus Ultra*! ¡Más allá! Debes ser mejor, saber más, valer más.

No te desalientes jamás y digas: «No puedo más; es imposible ser mejor, más perfecta, tener mayor dominio sobre mi misma, evitar las caídas...» *Plus Ultra*! ¡Más allá! Haz un esfuerzo hacia adelante. Tú sola no podrás, pero llama en tu ayuda a Dios y podrás, como pudieron otras.

En el camino de la vida nadie se puede parar; el que no avanza, retrocede. La que dice: «Es penoso ir adelante; voy a descansar; mientras no sea peor, no estoy mal», esa tal retrocede; al poco tiempo es peor, menos virtuosa, más ruin, más víctima de las pasiones. Para no retroceder no hay más que un recurso: avanzar, siempre avanzar.

No pongas tampoco tu vista en cosas demasiado bajas o demasiado fáciles; tiende hacia lo alto y hacia lo arduo, en constante ansia de superación.

No has nacido ni para la riqueza, que el día de la muerte has de dejar; ni para el placer, que, si es ilícito, estraga, y si es ilícito, se pasa sin satisfacer; ni para tu belleza, que se marchita tan fácilmente; ni para el honor, que se disipa como el humo...

Puedes disfrutar, si quieres, de las riquezas, de los placeres honestos, de la belleza, del honor, pero tendiendo siempre *plus ultra*, más allá.

¿Tu destino? *¡Más allá!*

¿El término de tus aspiraciones? *¡Más allá!*

¿Tu perfección? *¡Más allá!*

¿Tu felicidad? *¡Más allá!*

¿Dónde? En Dios, y mientras a Dios no llegues, adelante, siempre adelante. *Plus ultra*! ¡Más allá!

Solamente cuando, desligada de todo, hayas llegado a descansar en Dios, y de sus labios infalibles escuches la sentencia aprobatoria, solamente entonces podrás escribir en el libro de tu vida:

NON PLUS ULTRA!
¡NO MÁS ALLA!

Índice

ORIENTACIONES GENERALES 4
I.- ¿Cuál es la mujer ideal? 5
II.- Los extremos se tocan. 6
III.- La misión de la mujer. 8
IV.- Influencia de la mujer. 10
V.- Para ser madre te hizo Dios. 12
VI.- ¡La madre! 15
VII.- Maternidad sobrenatural. 17
VIII.- Jesús y la mujer. 20
IX.- La Iglesia y la mujer. 23
X.- ¿Solteronas? 26
ALGUNAS NORMAS 30
I.- Cultura intelectual. 31
II.- Un gran error de educación. 33
III.- Las profesiones femeninas. 35
IV.- El criterio. 37
V.- Cruces y veletas. 40
VI.- Una fuente de amargura. 44
VII.- Obediencia. 46
VIII.- Ángel de paz. 49
HACIA DIOS 52
I.- Piedad o frivolidad. 53
II.- La verdadera piedad. 55
III.- ¡Reza! 58
IV.- Organización de las devociones. 61
V.- ¿Qué oración es la mejor? 64
VI.- Marta y María. 66
VII.- ¡Tu madre! 69
VIII.- El guía. 72
IX.- Vacaciones del espíritu. 75
X- Un abuso intolerable. 77
PUREZA 80

I.- Dos páginas de la misma historia. 81
II.- ¡Lucha! 83
III.- El mejor regalo de boda. 85
IV.- Porque lo manda Dios. 87
V.- Una receta. 89
VI.- Lecturas. 92
VII.- Las amigas. 94
VIII.- Los amigos. 97
¡¡¡PELIGRO!!! 100
I.- ¿De qué presumes? 101
II.- Brilló y se casó. 103
III.- Contra la virtud de vestir bien. 105
IV.- A los pies del ídolo. 107
V.- El lujo. 110
VI.- ¿Es pecado divertirse? 112
VII.- Diversiones ilícitas. 115
VIII.- El baile. 118
IX.- El «cine». 120
X.- ¡Hay que mejorar la raza! 123
XI. La playa. 126
HACIA EL MATRIMONIO 129
I.- El hogar. 130
II.- ¡Si hubiera noviciado! 133
III.- Un frenazo al corazón. 135
IV.- Principio y fundamento. 137
V.- ¿…? 138
VI.- El noviazgo. 142
VII.- Escuela de novias. 144
VIII. -El matrimonio. 146
IX. -«Sursum corda!» 149
ORIENTACIONES COMPLEMENTARIAS 151
I.- Mira hacia fuera. 152
II.- Sé apóstol. 154

III.- La Parroquia. 156
IV.- Haciendo Patria 158
V.- El orgullo de ser española. 161
VI.- «*Plus ultra*!» 163